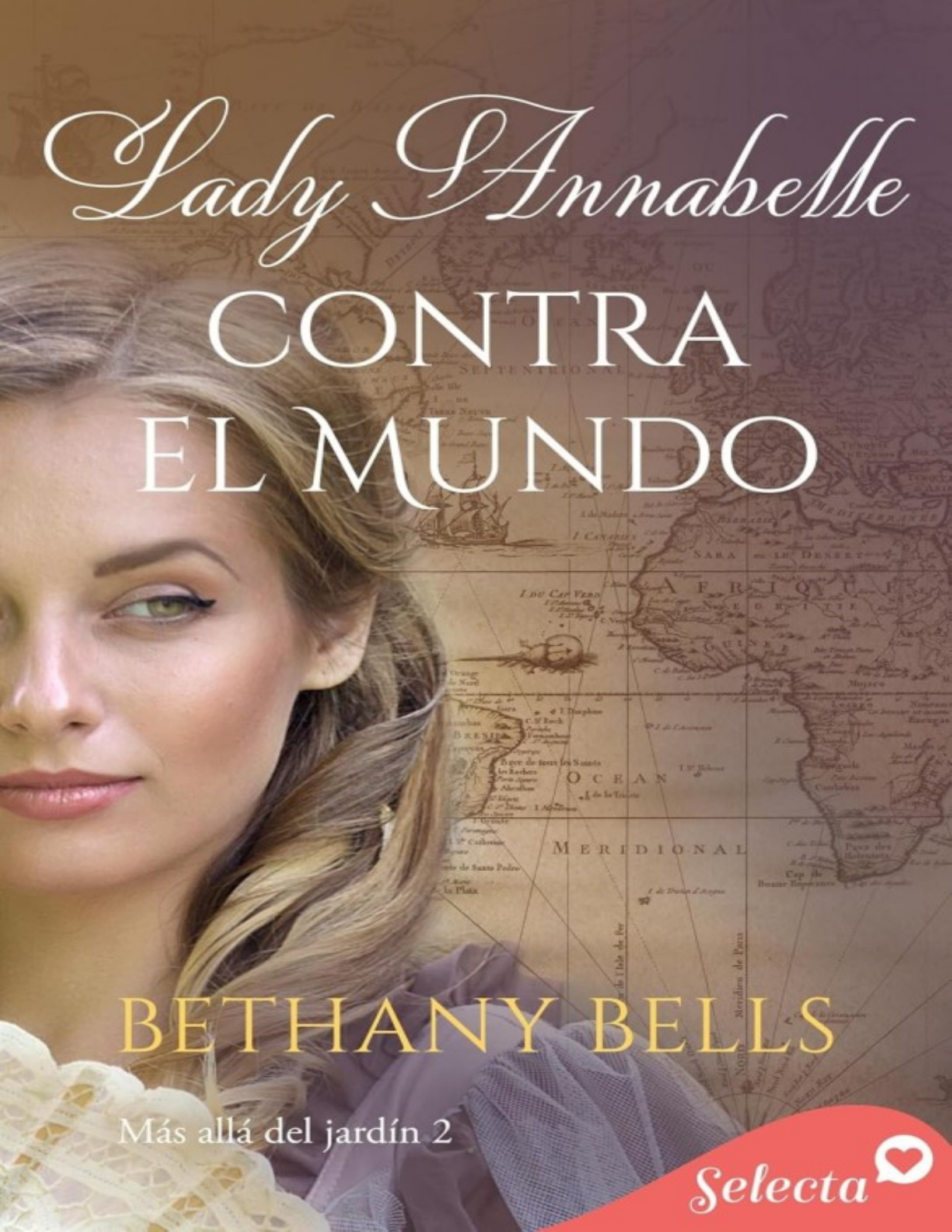




Lady Annabelle CONTRA EL MUNDO

BETHANY BELLS

Más allá del jardín 2

Selecta 

Lady Annabelle contra el mundo

SERIE

Más allá del jardín 2

Bethany Bells

Selecta

*Amar no es mirarse el uno al otro;
es mirar juntos en la misma dirección.*

Antoine de Saint-Exupéry

Capítulo 1

Muchos invitados a una boda y un solo reencuentro

El día de la boda de lady Helen Bowler, primogénita del marqués de Terrace, con lord Peter Swann, barón Hallwoke, hijo único del conde de Deelright, el sol bañaba la piedra clara de la iglesia de Saint Mary Abbots —la elegida para el enlace— y la envolvía en un resplandor casi dorado.

Esa luz parecía condensarse y entraba a raudales por la amplia ventana de una pequeña habitación contigua a la nave principal, una sala sobria y escasamente amueblada en la que las novias podían dar los últimos retoques a sus atuendos antes de dirigirse al altar.

Lady Annabelle Sanders era la mejor amiga de lady Helen, y una de sus dos damas de honor. Por ambas razones, ese día se sentía muy feliz o, al menos, todo lo feliz que era capaz de sentirse en esos tiempos.

Apoyada en el marco de la ventana, escuchaba la charla que mantenían a su espalda Helen y su hermana pequeña, Lorna —en la que intervenía de vez en cuando su madre, lady Beth, la marquesa de Terrace—, mientras contemplaba pensativa el exterior: el jardín con la bonita arboleda, parte del impresionante muro del templo, la

zona usada para los coches de los invitados...

Esa mañana, se apiñaban allí numerosos carruajes de distintos tamaños, pero todos de la mayor elegancia, y podía ver a los lacayos y cocheros vestidos de etiqueta charlando animadamente en grupos.

Sobre todos ellos, como un buen augurio para el enlace, se veía un cielo inmenso y muy azul.

Pero Annabelle casi no era consciente de nada de aquello. Su mente volaba por su cuenta, llena de nostalgia, y se preguntaba si Oliver estaría observando ese mismo cielo, en África. Casi podía verlo, con el mismo aspecto del día en que se despidió para marcharse —salacot, traje cómodo, sencillo pero elegante, y botas adecuadas para recorrer muchas millas por terrenos difíciles—, sentado en alguna jungla densa y rebosante de aventuras, mientras dibujaba uno de sus mapas...

¿Habría visto la nota que le deslizó en el bolsillo de la chaqueta cuando nadie miraba? La tarjeta con aquel escueto:

Si quieres que nos escribamos sin que nadie lo sepa,
manda tu carta a
Box No. 42
Kensington High Street Post Office
London, W.

Pero nada, nunca había recibido carta. ¡Con lo que le había costado alquilar aquel apartado! Había tenido todo el tiempo la sensación de que el hombre de la oficina de correos sabía que era para una correspondencia muy poco apropiada. Pero no pudo evitarlo, se le ocurrió la idea y ya no logró apartarla de su mente. Oliver iba a irse muy lejos, necesitaba crear un vínculo privado entre ellos.

Los primeros meses, vivió el fervor de la esperanza. Iba en tren

a Londres casi cada semana, acompañada de una profesora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, donde estudiaba. No le costó convencer a la señorita Willis de que fuera su cómplice en las excursiones: la pobre mujer tenía en la ciudad una madre mayor y enferma y aprovechaba cualquier ocasión para visitarla. ¡Hasta podía considerarse su trastada un acto de compasión y amabilidad! De ese modo, ambas salían ganando.

Por lo general, la directora de la escuela era muy estricta en cuanto a las salidas del pueblo, aunque se tratara de un trayecto breve y para un recado, pero Annabelle inventaba miles de excusas —«Necesito hilos especiales para un bordado, es un regalo para lady Terrace», «Tengo que ir a una librería de High Street donde reservé un libro que me recomendó lord Deelright»—, y la señorita Willis mostraba de inmediato su predisposición a acompañarla.

Así, entraba en la oficina de correos con el corazón desbocado y esquivaba el ir y venir de las elegantes señoras y los caballeros de la alta sociedad que se movían siempre acompañados de doncellas o criados cargados de paquetes o correspondencia.

Siempre había mucha gente. Todos ellos tenían carta...

Pero Annabelle, no.

Se acercaba llena de emoción al lugar donde estaba el majestuoso mueble empotrado de los apartados de correos, que iba del suelo al techo y había sido fabricado en caoba oscura, y buscaba: estaba dividido en cientos de pequeñas casillas cuadradas y cada portezuela era de bronce pulido con su número grabado en relieve. En el centro de la portezuela había un pequeño cristal biselado.

Annabelle pegaba el rostro para ver el interior.

Siempre estaba vacío. No veía más que el fondo de madera de la caja y, reflejados en el vidrio biselado, sus propios ojos llenos de

ansiedad.

Semana tras semana, la decepción...

Pasó el tiempo y sus visitas se fueron espaciando, aunque era raro que estuviera dos meses seguidos sin comprobar el casillero, así de tonta se sentía. El jefe de correos o los empleados del mostrador, que al principio la habían observado con cautela, como si pensasen que era una jovencita alocada que tenía una aventura — exactamente lo que le hubiera gustado ser—, empezaron a mirarla con una mezcla de lástima y sospecha...

—Annabelle, ¿nos echas una mano? —la llamó Lorna, sacándola bruscamente de sus ensoñaciones. Mejor. No le gustaba pensar en todo aquello.

—Claro —replicó, y se apresuró a ayudarlas, a ella y a su madre, a extender la larga cola del vestido de novia de Helen. El velo era todavía más largo, alcanzaba casi los tres metros y estaba exquisitamente bordado.

—Te veo muy ensimismada, querida —dijo lady Beth.

—Solo miraba el cielo —se excusó, con la sensación de que nadie la creía, porque todas sabían la verdad—. Hace un día muy bonito.

Helen rio con un eco nervioso.

—Pues yo estoy deseando salir corriendo, coger mi bicicleta y pedalear lo más lejos posible.

—¡Por Dios! —protestó su madre—. Ese escándalo con ruedas lleva un año dando de qué hablar en todo Kensington. Dejemos que descanse una temporada.

—Además, Peter no se merecería algo así —le recordó Lorna.

—Ya...

Helen suspiró, resignada. Parecía una mosca atrapada en una telaraña. A su alrededor todo era una sucesión de manos que

colocaban y recolocaban el velo, enderezaban un guante o comprobaban que la diadema de diamantes no hubiese decidido desobedecer otra vez, porque tenía la fea costumbre de torcerse hacia la izquierda.

Bien podrían haberla dejado tranquila, porque lo cierto era que nadie necesitaba ya corregir nada.

Lady Helen Bowler estaba preciosa. Radiante.

Annabelle sonrió para sí, llena de amor por ella. Resultaba increíble pensar que, en apenas unos minutos, su mejor amiga, su hermana realmente, dejaría atrás una etapa entera de su vida. Ya no sería más lady Helen Bowler y pasaría a ser lady Helen Swann, baronesa Hallwoke, a la espera de convertirse algún día en la condesa de Deelright. Una mujer que, pese a su estatus social, estaba trabajando con entusiasmo en un despacho de abogados, además de ser muy activa en la causa feminista.

Ella jamás tendría opción a tal felicidad...

—Si sigues mirándome así —dijo Helen sin apartar la vista del espejo—, terminaré por creer que se ha vuelto a torcer la maldita diadema.

Annabelle se echó a reír y negó con la cabeza.

—Hay que vigilarla de cerca. No podemos permitir semejante tragedia.

Lorna, que ajustaba el broche de su cinturón frente a otro espejo, dejó escapar una risa.

—No habléis de tragedias el día de una boda. Bastante ha sufrido mamá intentando convencer a papá de que no discutiera con el párroco por la elección de las músicas.

Las tres rieron al mismo tiempo, con la complicidad de siempre. ¡Cómo las quería! Eran, ciertamente, sus hermanas.

La condesa de Deelright —de soltera la Honorable señorita Juliet

Hobbs, madrastra del novio desde hacía varios años y antigua institutriz de ellas tres—, que había estado ocupada con su esposo asegurándose de que todos los invitados importantes recibían un saludo personal, apareció entonces por la puerta. Tras ella iba el padre de Helen, el marqués de Terrace, encargado de llevar a su hija al altar, y también lady Eve Sanders, condesa de Caltrey, la madre de Annabelle.

Lady Eve sonrió a su hija y ella respondió igual. Adoraba a su madre, siempre había lamentado las largas temporadas en las que había viajado con su padre por el mundo, por sus tareas diplomáticas. Había sido siempre muy feliz con Helen y Lorna, pero echaba de menos a su madre.

Físicamente se parecía mucho a ella, algo que iba más allá del puro aspecto —compartían el mismo cabello castaño claro con reflejos dorados, los mismos ojos grandes del color de la miel; el mismo corte elegante del rostro—, y que estaba relacionado más que nada con una misma elegancia innata.

De su padre, lord Horatio Sanders, el conde de Caltrey —o el coronel Sanders, como le conocían en entornos militares—, tenía menos. Quizá su determinación por hacer siempre lo que creía correcto, poco más. El conde, más de diez años mayor que su esposa, era un hombre cariñoso y muy afable, pero también de carácter demasiado dominante, con el que no siempre resultaba fácil convivir. Annabelle lo quería también, pero menos, a su pesar. Sobre todo sentía por él un profundo respeto reverencial.

—Todo está preparado —anunció lady Deelright con entusiasmo—. Peter ya espera en el altar y el vicario comienza a impacientarse. Será mejor que estés lista, Helen, o terminará por darle un soponcio y tendremos que cambiar de planes y usar la iglesia para su funeral.

—¡Juliet! —exclamó lady Beth con cara de escándalo, pero

riendo.

—¡Tiene razón! —la apoyó lady Eve—. Juro que se está poniendo rojo por momentos.

Las tres rieron juntas y Annabelle pensó que estaba viendo una versión más madura de Helen, Lorna y ella misma. Sus madres y la madrastra de Peter también habían sido amigas desde muy jovencitas y sentían gran afecto entre ellas.

—Pues el vicario tendrá que esperar un poco más —dijo lord Terrace, a quien Annabelle siempre había considerado el hombre más guapo de Londres—, porque yo tengo que admirar a mis damas, que están bellísimas.

El marqués las contempló con una satisfacción imposible de disimular. Besó primero a Lorna y luego a Annabelle, que prácticamente había crecido bajo su techo; después tomó las manos de su esposa y también las besó; y, por último, se detuvo frente a Helen con una expresión que mezclaba el orgullo y una leve melancolía.

—Estás preciosa, niña mía.

Helen rio con suavidad.

—Gracias, papá. Aunque confieso que siento unas ganas terribles de salir corriendo.

—Con su bicicleta —añadió Lorna. El marqués arqueó ambas cejas.

—Si quieres irte, dilo ahora. Todavía estamos a tiempo.

—¡Walter! —protestó lady Beth, aunque la sonrisa la traicionaba. Miró a sus amigas y se encogió de hombros con ecuanimidad—. Lo peor es que lo dice en serio.

El marqués ni siquiera volvió la cabeza hacia ella.

—¿Qué? Por supuesto que lo digo en serio. Si mi hija cambia de idea, yo la acompaño.

—Vaya. —Lorna carraspeó con fingida gravedad—. ¿Y nosotras? ¿Nos dejarías aquí abandonadas?

Lord Terrace la miró con expresión escandalizada.

—Jamás. Tu madre y tú vendrías también, por supuesto. Y Annabelle, si quisiera. Y sus padres. Alquilaríamos un carruaje más grande.

Lorna soltó una carcajada.

—Pobre cochero.

—Y pobre Peter —añadió lady Deelright—. Está hecho un nudo de nervios esperando a la novia y resulta que están organizando su fuga.

—No te preocupes, Juliet, él también puede venirse. Y Max y tú. Cabemos todos en el coche. —Cuando las risas comenzaron a apagarse, añadió con un sentimiento imposible de ocultar en la mirada—. Además, sé que Helen no se iría a ninguna parte, en realidad no desea hacerlo. Yo me limito a recordarle que siempre tiene elección. Que siempre tendrá elección. —Alzó una mano y le acarició la mejilla—. Que Terrace House siempre será su casa, ese hogar donde sus padres, en todo momento, estarán deseando recibirla.

Helen dejó escapar una risa temblorosa. Durante un instante intentó responder, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta. En lugar de hacerlo, se puso de puntillas y rodeó el cuello de su padre con los brazos, ciñéndolo con tanta fuerza que la delicada diadema se fue de lado y el velo dio un peligroso tirón. Se oyó un leve crujido de tela y, antes incluso de comprobar si había ocurrido una desgracia, media docena de mujeres se abalanzaron sobre ella con la rapidez de un cuerpo de bomberos.

—¡Helen, por el amor de Dios! —exclamó lady Beth mientras sujetaba el velo con ambas manos—. ¡Todavía no estás casada y ya

quieres arruinar el vestido!

—Odio esta diadema —dijo ella.

—Pues yo estoy deseando usarla. —Lorna suspiró mirándola—. Me parece lo más bonito del mundo.

—¿Más que los pendientes que heredarás de lady Gormlaith? —preguntó Helen, refiriéndose a su tía abuela, que les había dejado un buen número de joyas a repartir cuando cumplieran lo estipulado en el testamento.

Lorna se lo pensó un segundo.

—Casi. Los usaré también en la boda.

—No harás tal cosa —dijo su madre, mientras terminaban de reparar el desastre del tocado—. Son demasiado ostentosos para una novia.

—Además, para conseguirlos tienes que ir a Escocia —se burló su hermana—, a lavarte los pies en un arroyo. ¡Con lo fría que estará el agua!

Lorna se estremeció.

—¡Oh! ¡Odio el agua fría! No pienso ir. Vete tú, solo tiene que ir una de las dos y a ti siempre te ha gustado bañarte en el río o el mar, y aunque lloviera, como una loca.

—¡Ya, pero a mí me dan igual los pendientes y el resto de las joyas!

—¡Claro, pero esperas que vaya yo para repartirlas!

—Niñas... —suspiró su madre.

—¿A lavarse los pies? —preguntó lady Eve, sorprendida.

Lady Beth agitó la cabeza.

—Me temo que nuestra tía abuela, lady Gormlaith...

—¡La Gorgona del Tartán! —exclamaron a la vez Helen, Annabelle y Lorna, y luego estallaron en risas. Lady Beth suspiró.

—Niñas... En fin, que nuestra tía era muy peculiar. Dejó escrito

en su testamento que, si mis hijas querían heredar sus joyas, una colección de piezas realmente valiosas, una de ellas debía ir a Escocia al menos una vez antes de los veinticinco años y meter los pies en el agua de un arroyo que al parecer corre cerca de la casa de verano de su abuela. —Agitó una mano en el aire—. No sé, en el documento están las indicaciones. También señala que, de no hacerlo, Helen y Lorna recibirán la fortuna, pero no las joyas, que irán para la beneficencia.

Lady Eve parpadeó.

—¿Dejó unas joyas vinculadas a eso?

—Consideraba muy importante el arroyo —la defendió Helen—. Nos lo contó muchas veces, ¿verdad?

Lorna y Annabelle asintieron.

—Era una mujer bastante peculiar, mamá —explicó esta última—. De niña se escapaba de la institutriz para ir allí, se quitaba los zapatos y metía los pies en el agua. Dijo que, para ella, aquello era sinónimo de felicidad.

—Lo recordaba con mucho cariño, amaba aquel sitio —convino Lorna.

—Sí —prosiguió Annabelle—. Pero, en cierta ocasión, se cayó al arroyo, regresó a casa empapada y tuvo una pulmonía. Su madre le prohibió volver, y al parecer eso fue una de las grandes tragedias de su infancia. Y, cuando era muy ancianita, recordó todo aquello.

—Y ahora pretende que sus descendientes repitan la hazaña —bufó Lorna—. Me veo cayéndome al arroyo. Si me muero de una pulmonía, será culpa de Helen.

—No te preocupes, iremos en cuanto tu padre tenga unos días, y yo personalmente me ocuparé de que no te caigas al agua.

—Gracias, mamá. Así usaré todas las joyas mientras Helen está de viaje de novios. —Helen y Lorna volvieron a sacarse la lengua y a

reír—. ¿Tardaremos mucho, papá? Me encantan esos pendientes.

El marqués sonrió.

—Quizá incluso antes de que acabe el mes. O quizá el que viene. Tengo que solucionar unas cosas y luego debo ir a Edimburgo. Cuando ocurra, podríamos aprovechar el viaje.

—¡Eso sería estupendo! ¿Verdad, mamá?

—Ya veremos. Eve, ¿te sucede algo? —preguntó lady Beth a la madre de Annabelle. Esta también la miró. Lady Eve se había quedado mirando por la ventana frente a la que había estado ella poco antes y se había llevado una mano al pecho.

—Eh... No. Es solo que Caltrey —así solía llamar su madre a su padre— había ido a buscar a ese amigo francés que te pidió que invitaras. Temí que les hubiera pasado algo. Pero ya están ahí.

—¡A ver! —dijeron a la vez Lorna y Helen, que bajó de la banqueta de un salto. Annabelle se unió a ellas, aunque más reacia. Las tres miraron por la ventana.

El padre de Annabelle, el conde de Caltrey, un hombre de más de cincuenta años, cabello canoso y apariencia más que elegante, caminaba cojeando con su bastón por el sendero de tierra blanca que unía la zona de los carruajes con las grandes puertas de entrada. El coronel Sanders, como lo llamaban todavía muchos, tenía la rodilla derecha casi rígida; arrastraba aquella lesión desde la guerra de los bóeres, en la que había caído del caballo durante una acción en Sudáfrica. Los médicos consiguieron salvarle la pierna, pero nunca volvió a recuperar del todo la movilidad.

Años después, siempre usaba bastón, no por elegancia, sino por necesidad, y evitaba permanecer demasiado tiempo de pie. Incluso, algunos días le dolía tanto que debía tomar unas gotas de láudano diluido, aunque procuraba aguantar, porque había visto a muchos compañeros quedar destruidos por la adicción a aquella sustancia.

Una condición difícil para alguien que, tras dejar el ejército, llevaba mucho tiempo trabajando como consejero para asuntos militares y coloniales del Foreign Office, donde sus conocimientos y su experiencia lo habían convertido en hombre de confianza para determinadas misiones diplomáticas. Desde que Annabelle tenía memoria, había estado viajando de un lado a otro, traqueteando con su bastón, y con su madre siempre de esposa atenta y fiel a su lado. Todas esas veces, ella se había quedado con Helen y Lorna. Prácticamente, había crecido con ellas.

El hombre que lo acompañaba ese día por el camino de la iglesia era alto, elegante y extraordinariamente atractivo. Su cabello oscuro, cuidadosamente peinado, contrastaba con unos ojos de un verde intenso que parecían divertirse por el simple hecho de contemplar el mundo que se extendía a su alrededor. Una sonrisa que Annabelle solo pudo describir como seductora terminaba de iluminar su rostro.

—¡Oh! —exclamó Lorna, llevándose una mano al corazón—. ¡Creo que me he enamorado!

—Sí que es atractivo —convino Helen, con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo dijiste que se llama, Annabelle?

—Es *le comte* de Noailles —replicó ella, usando el título en francés, tal como se lo habían dicho a ella. Observó al hombre pensativa, y un tanto cautelosa. Su padre lo había llevado a cenar un par de veces a Caltrey House en las últimas semanas y no podía negar que era encantador, aunque le gustaría más si no sospechase que sus padres estaban intentando organizar un acuerdo matrimonial entre ellos. Un vistazo de reojo a su madre confirmó sus sospechas. La miraba expectante—. Armand de Villeneuve. Suele moverse mucho en los círculos diplomáticos de París. Mis padres y él se conocieron en París hace algunos años.

—Nos ayudó mucho, sí —explicó lady Eve—. Hubo un robo en el

hotel en el que nos alojábamos y a Caltrey le desaparecieron unos documentos de gran importancia. Monsieur *le comte* era nuestro contacto diplomático, colaboraba con el Quai d'Orsay y no paró hasta conseguir recuperarlos. Fue sumamente amable.

—¿Qué es el Quai d'Orsay? —preguntó Lorna.

—El Ministère des Affaires étrangères —respondió su padre—. Está situado precisamente en el muelle del Quai d'Orsay, de ahí que se use ese nombre para el ministerio. Es un caso semejante al de Scotland Yard, que recibió el nombre del punto en el que está situado.

—Eso es —convino lady Eve—. Ahora, monsieur de Noailles ha venido a conocer Londres en un viaje por Inglaterra y hemos tenido la fortuna de convencerlo para que alargue su estancia un tiempo. Es un caballero encantador. ¿Verdad, Annabelle?

—Eh... sí, mamá. Sin duda es muy agradable.

—Y muy rico —añadió lady Eve.

—Y muy guapo —aportó Lorna con un suspiro.

—Y muy francés —dijo Helen, y le lanzó una sonrisa de entendimiento—. Como *Le Spectre*...

—Oh, por Dios. —Annabelle rio—. Pobre Noailles. No creo que sea lo bastante listo como para ser un espía.

—¡Annabelle! —protestó lady Eve, enfadada.

—¿Qué? Es cierto —insistió, a ver si lograba desalentarla antes de que el asunto se complicase demasiado—. No me pareció listo y, desde luego, tampoco lo encontré muy culto.

—No digas más tonterías. —El tono de su madre fue como un filo de acero: cortó por completo aquel tema. Al darse cuenta de que todos la miraban sorprendidos, lady Eve carraspeó y añadió, en tono ligero—: Juliet, por favor, comprueba si vamos a asistir a una boda o a un funeral.

Lady Deelright lanzó una risa de compromiso y se asomó a la puerta.

—Boda. Pero está más rojo todavía.

—¿A ver...? —Lady Beth se asomó también—. Oh, Dios mío. Casi roza el escarlata.

—Será mejor que nos apresuremos, entonces —dijo lord Terrace, ofreciendo el brazo a Helen. Ella lo tomó, cogió en la otra mano el ramo de azahar y rosas blancas que le ofrecía Lorna y todos fueron hacia la salida.

Nada más abandonar la estancia, lady Deelright se adelantó para llegar por uno de los laterales hasta el altar, donde iba a ser la madrina del novio. Los demás se dispusieron a recorrer ceremoniosamente el pasillo que conducía hasta la nave principal.

En cuanto los divisó el párroco, hizo un gesto y el sonido del órgano empezó a reverberar en los muros de piedra, interrumpiendo el murmullo de los invitados —que atestaban la gran nave de la iglesia, ocupando por completo los bancos o llenando los pasillos laterales de pie— con los primeros acordes de la marcha nupcial.

Annabelle se colocó junto a Lorna y un poco por delante de Helen y su padre. Las dos damas de honor sostenían pequeñas cestas de mimbre dorado llenas de pétalos de rosa de distintos tonos que debían ir esparciendo a su paso. Se miraron con una sonrisa nerviosa y estaban a punto de comenzar, cuando el ruido de la gran puerta principal llamó su atención.

Annabelle también miró hacia allí casi sin pensarlo, movida por la misma curiosidad que el resto de los presentes, y durante un instante sintió que el mundo perdía consistencia a su alrededor.

Oliver Cartwright estaba en el umbral.

Durante un segundo, la realidad se volvió difusa y Annabelle creyó estar soñando, pero no. Oliver estaba allí, no lo imaginaba.

¿Había crecido en altura? Diría que sí, aunque no podría jurarlo. La vida al aire libre bajo el sol africano había aclarado su cabello rubio pajizo; por el contrario, había oscurecido ligeramente su piel, lo que volvía más luminoso el azul translúcido de sus ojos, y el tiempo parecía haber endurecido unas facciones que ella recordaba más juveniles. Se lo veía cambiado, más adulto, más hombre, pero lo hubiera reconocido en cualquier lugar.

Annabelle llevaba años imaginando aquel momento. Al principio, había esperado cada día una carta anunciando su regreso, tras comprender que no podía vivir sin ella. Más tarde, terminó por convencerse de que, en realidad, le daba lo mismo, pero eso se desmintió cuando Peter y Helen anunciaron su boda. Entonces se dijo que Oliver tenía que ir. Pero no quería hacerse ya ilusiones...

Sin embargo, allí estaba, respirando el mismo aire que ella, separados apenas por unos metros y por un silencio que de pronto le pareció mucho más difícil de atravesar que un océano entero.

Entonces, él recorrió el lugar con la vista y la vio.

Sus ojos se encontraron con los de Annabelle sin vacilación alguna. No sonrió enseguida. Incluso pareció sorprendido, quizá la encontraba tan cambiada como ella a él; después, muy despacio, la comisura de sus labios dibujó un gesto apenas perceptible, suficiente para que ella sintiera cómo el corazón se le aceleraba en el pecho.

—Si quieres, te presto la iglesia, mi ramo y esta maldita diadema —bromeó entre susurros Helen inclinada sobre su oído. Annabelle se ruborizó y fue a contestar, pero el órgano retomó entonces los primeros compases de la marcha nupcial, y cualquier asunto ajeno a la ceremonia quedó relegado a un lado.

El cortejo empezó a avanzar hacia el altar; Lorna y Annabelle, arrojando los pétalos de rosa al aire un par de pasos por delante de Helen y su padre. Al fondo, Peter esperaba frente al altar —lady

Deelright ya estaba a su lado—, guapo como nunca, emocionado y con una gran sonrisa. Annabelle procuró concentrarse en el recorrido, en el eco de la música bajo las altas bóvedas y en la ceremonia que habían organizado para la ocasión. Intentó disfrutarla, compartir aquel momento con su amiga.

Pero no pudo evitarlo: se le hizo eterna.

Y, por fin, terminó.

Capítulo 2

La inesperada simpatía del francés

Por suerte, el ambiente cambió en cuanto abandonaron la iglesia.

La solemnidad de la ceremonia dio paso al murmullo alegre de las felicitaciones, al roce de las sedas y la mezcla de aromas y, casi de inmediato, al tintineo de las copas. En el gran salón reservado en el Savoy para la ocasión, todo estaba dispuesto para un convite de lujo, como no podía ser menos: era el enlace de un futuro conde y la hija de un marqués.

Annabelle pensó que había cierto aire internacional en las mesas: habían sido vestidas con manteles blancos de hilo italiano, la vajilla era de porcelana francesa y la cristalería de Bohemia, tallada con delicadeza; los cubiertos de plata, artísticamente labrados, relucían bajo la luz de las lámparas, y los centros de flores se repartían entre las mesas con una elegancia impecable. Un ejército de criados se movió en todo momento con discreción, sirviendo el champán y retirando los platos sin interrumpir las conversaciones.

El banquete comenzó con un consomé claro seguido de una crema de cangrejo y, a continuación, de salmón con salsa *mousseline* y lenguado servido con mantequilla. Después llegaron las entradas de carne: filetes de ternera con salsa madeira, *vol-au-vent*

de pollo y jamón y hermosas piezas de cordero acompañadas de patatas nuevas, guisantes y zanahorias glaseadas. Había también espárragos con salsa holandesa, mariscos variados y ensaladas de temporada.

El servicio de carnes continuó con pollo asado y pato, además de un gran lomo de ternera trinchado delante de los invitados, que fue sustituido por otro, tal como tenían previsto, cuando fue evidente que no alcanzaba para el gran número de comensales. Después aparecieron los platos fríos, entre ellos jamón glaseado y lengua de ternera, antes de dar paso a los postres: fresas y otras frutas frescas, helado de vainilla, frutas en almíbar, tartaletas, *petits fours* y una elaborada tarta nupcial de varios pisos, decorada con flores y filigranas de azúcar.

Cada uno de los platos fue muy celebrado por los invitados, aunque Annabelle apenas prestó atención a lo que le servían. Había pasado demasiado tiempo esperando aquel momento como para preocuparse ahora por la comida.

Y eso que, para su sorpresa, la habían sentado justo al lado de monsieur de Noailles, en la mesa contigua a la presidencial. El francés ocupaba el puesto que Helen, Lorna y ella habían reservado en su momento para Oliver, por si asistía. Se hubiera preguntado qué podría haber ocurrido, de no ser porque lo imaginaba. Sus padres habrían maniobrado para conseguir una distribución más de su gusto.

Por más que lo intentó, no logró localizar a Oliver. ¿Dónde lo habrían ubicado? ¿Y de qué iba a poder hablar con monsieur de Noailles, por mucho que la hubieran educado en el arte de ofrecer conversación amena a cualquier comensal con el que pudieran sentarla? No tenía mayor interés en tratar ningún tema con aquel hombre que intentaban imponerle, por atractivo que le resultase. Y

ese día, ni siquiera quería pensar en él. Que le dieran charla sus padres.

Hubiera podido solventar el asunto conversando con Lorna, pero resultaba difícil porque su amiga estaba al otro lado, sentada entre los nietos del antiguo reverendo de Christ Church Kensington, los gemelos Edward y Frederick Fletcher, conocidos desde niños como «los vikingos» por su más que elevada estatura, sus anchos hombros, sus cabellos de un rubio casi platino y sus ojos de un azul tan claro y frío que podían parecer grises bajo cierta luz.

Annabelle los conocía desde hacía años y los apreciaba mucho, aunque seguía sin estar del todo segura de cuál era cuál. Por lo general, era algo que no importaba, porque los dos eran jóvenes agradables y de excelente educación. Edward, el mayor por apenas unos minutos, trabajaba como secretario del marqués de Terrace; Frederick, en cambio, había estudiado Derecho y llevaba ya unos meses en el despacho de abogados de la señora Thompson, en el que era uno de los colaboradores de confianza de Helen.

Aquello hacía que los Fletcher estuvieran siempre cerca de la familia Bowler, aunque Annabelle sospechaba que ni siquiera ellos mismos eran capaces de recordar cuántas veces habían sido confundidos entre sí a lo largo de los años.

Precisamente por eso, las bromas a su costa eran casi inevitables. Los dos tenían la misma sonrisa franca, la misma voz grave y una desconcertante facilidad para aparecer vestidos de manera prácticamente idéntica, aunque juraban que aquello era pura casualidad. Lorna aseguraba que podía distinguirlos perfectamente; los Fletcher sostenían que mentía. Annabelle había aprendido que lo más prudente era no apostar nunca por cuál de los dos tenía delante.

En el banquete, como no podía ser de otro modo, jugaron a

despistar a todos, provocando desconcierto. Una de las jóvenes invitadas, sobrina de una amiga de lady Beth, los miró alternativamente y con un claro interés. No era de extrañar, los vikingos se habían convertido en hombres muy atractivos.

—¿Cuál de ustedes es el que trabaja con lady Helen? —preguntó la muchacha.

—Yo, milady —dijo al pronto uno de ellos. Annabelle no supo qué pensar, aunque tuvo poco margen para la duda, porque Lorna replicó de inmediato.

—Mentiroso —dijo—. Tú eres el que trabaja con papá.

Los dos gemelos sonrieron, sin conceder ni negar. Annabelle arqueó una ceja.

—¿Seguro, Lorna? —preguntó.

—Por supuesto —replicó su amiga, toda ufana.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Porque el otro tiene todo el aspecto de estar muy arrepentido de trabajar con Helen.

Todos se echaron a reír. Y Annabelle tuvo la sensación de que Lorna se había equivocado, pero que los vikingos no pensaban sacarla de su error. O quizá era ella la que se equivocaba.

—Creo que su amiga se ha confundido —susurró monsieur de Noailles cuando la conversación se dividió por grupos. Annabelle lo miró sorprendida.

—¿Por qué lo dice?

—Por el modo en que se han mirado los hermanos Fletcher al escucharla. Fíjese bien la próxima vez. Son sutiles, pero sus miradas se buscan entre sí al menos un instante. No creo equivocarme al decir que la broma les ha supuesto una pequeña victoria, y la han compartido.

Annabelle vaciló. Esa mañana, cuando habló con su madre,

había mentido: monsieur de Noailles no le parecía ni tonto ni inculto, al contrario. Pero tampoco había imaginado que fuera tan detallista.

Quizá sí que podría ser un buen espía. Su *Le Spectre*.

Rio para sí. Ojalá pudiera volver a aquellos años, a aquellos juegos...

—Le agradezco la información, entonces —le dijo.

—*Je vous en prie* —replicó el conde, inclinando ligeramente la cabeza con su elegancia natural.

Comieron un par de bocados en silencio mientras ella recapacitaba sobre que, quizá, había sido injusta con él, pero sin desear concederle más tiempo del que ya le había dado. Con disimulo, intentó de nuevo localizar a Oliver. Nada, no estaba por ningún lado. Quizá no había querido quedarse al banquete, lo creía muy capaz de hacer algo así, ir a la iglesia y marcharse luego para no tener que verse obligado a nadar entre dos aguas: la marea profunda de los criados a los que pertenecía por origen y las olas cristalinas de los nobles entre los que había hecho buenos amigos.

Daba igual. Ahora que sabía que Oliver Cartwright estaba en Londres, no iba a permitir que se fuera sin haber aclarado las cosas con él.

—Una libra por sus pensamientos, milady —dijo monsieur de Noailles de pronto, y rio—. Aunque, *ma foi*, mi patriotismo francés me impulsa a ofrecerle la misma cantidad en francos de oro. De hecho, creo que sería más apropiado —añadió, inclinándose hacia ella para mirarla de cerca—. ¿Nadie le ha dicho que brillan chispas doradas en sus ojos?

—No sea absurdo, monsieur *le comte* —replicó Annabelle, retrocediendo con algo de apuro, pero halagada a su pesar—. Mis ojos son castaños, y de lo más comunes.

—*Mon Dieu*, milady, eso es injusto. Sus ojos son del color de la

miel y por eso guardan destellos de luz del sol. Pero no esquivé mi propuesta. ¿Me dirá en qué pensaba? Tenía una expresión muy... interesante.

Annabelle sonrió con cortesía mientras buscaba rápidamente una excusa.

—Solo reflexionaba sobre su deducción, y en que tendré que fijarme más en el futuro en las señales que se pasen los vikingos.

—¿Los vikingos?

—Así llamamos a los gemelos Fletcher. —Sonrió volviéndose hacia ellos. Peleaban entre risas por trocear el contenido del plato de Lorna y por rellenar sus copas de vino y agua—. Reconozca que lo parecen.

El conde francés evaluó a los gemelos con mirada inteligente.

—Sin duda. Aunque parecen demasiado... civilizados para el título.

—Sí, eso sí. Por suerte, son gente de lo más amable. Su única pequeña maldad es jugar a confundir y usted ha sabido de inmediato cómo descubrir sus tretas. —Le dedicó una sonrisa, la primera realmente auténtica desde que se conocieron. Él no era el culpable de todo aquel lío—. Tendré que agradecer a papá que haya conseguido convencerlo de venir hoy.

Él entrecerró los ojos y rio.

—*J'en suis ravi*. Aunque eso último no ha sido difícil. Lord Caltrey me prometió una auténtica boda inglesa y sospecho que todavía no se me ha mostrado la parte más interesante.

—¿Y qué esperaba encontrar?

Monsieur de Noailles inclinó la cabeza a un lado, como cavilando el asunto con gran seriedad.

—Si le digo la verdad, no lo sé. No estoy seguro. —La miró de reojo—. Quizá lo que he encontrado, en definitiva. —¿Había captado

alguna insinuación en su mirada? Annabelle se removió incómoda y él debió darse cuenta, porque añadió, quitando hierro al momento —: Aunque reconozco que, tras lo que había oído decir por ahí, esperaba que la novia llegara en bicicleta.

Tomada por sorpresa, Annabelle dejó escapar una risa.

—Me temo que lady Helen habría considerado poco práctico llegar así vestida. Sobre todo, por el velo.

—*Ah... vous voyez?* Eso demuestra que todavía tengo mucho que aprender sobre Inglaterra.

Esa vez rieron los dos, y Annabelle lo contempló con mayor aprecio. Era un hombre divertido.

—Mi padre parece tener una opinión muy alta de usted, monsieur *le comte*, y, sin embargo...

—Por favor, llámeme simplemente Noailles —la interrumpió él—. Así lo hacen mis amigos, y lo prefiero. Tanto título resulta abrumador.

Lo miró algo desconcertada, pero asintió.

—Gracias, puede llamarme Annabelle, si lo desea.

—*Quel joli prénom.*

—Gracias... Pero, como le decía, disculpe, parece usted demasiado joven como para andar en ciertos círculos y tener tantos contactos.

—No crea, no lo soy tanto. Pronto cumpliré los veintiocho. Pero sí que es verdad que he contado con claras ventajas: ocupé el lugar de mi abuelo en el terreno de la diplomacia gracias a que en su momento me llevó con él por toda Europa y me transmitió todos sus contactos. Del mismo modo en que nuestro flamante novio —señaló hacia la mesa donde Peter y Helen charlaban y reían, mirándose llenos de amor. Annabelle sintió que el corazón se le estremecía de ternura. ¡Parecían tan felices!— ocupará algún día el sitio de su

padre.

—Sí, cierto... —La joven suspiró—. En todo caso, tiene usted mucho mérito: sepa que no resulta fácil hacerse con las simpatías sinceras de mi padre. Bien sabe Dios que el coronel Sanders tiene un temperamento... campechano, pero también tempestuoso como pocos.

—*Je m'en doute*. —Lo vio titubear—. ¿Puedo serle sincero?

—Por favor.

—Pues, aunque me alegro de que hayamos coincidido en Londres y guardo buen recuerdo de nuestro encuentro en París, debo admitir que, siempre que estoy con él, siento que camino por terreno peligroso.

Annabelle lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque él es un hombre brillante, como lo fue mi abuelo, pero también comparten un carácter... decidido a imponer su voluntad. A veces me resulta difícil. Cuando murió mi abuelo me sentí liberado de un peso que no sabía que cargaba. —Agitó el cubierto que sostenía con la mano derecha—. No se equivoque, por favor, yo lo quería, pese a todo, y ojalá pudiera volver atrás y tenerlo de nuevo a mi lado. Pero ahora haría las cosas de un modo muy distinto.

Ella arqueó las cejas, insegura. ¿Hablaba en serio o simplemente quería ganársela con aquel toque vulnerable unido a la admiración declarada por su padre y al análisis acertado sobre su carácter? Decidió ir con cuidado.

—Lamento lo de su abuelo.

—*Oh, rassurez-vous*. Ahora mismo, me alegro de que no esté aquí. Me estaría riñendo con ganas por sacar un tema tan poco apropiado para una ocasión como esta. «*Sapristi*, Armand, ¿cómo se te ocurre?», me diría, «solo tú eres capaz de sentarte junto a la

dama más hermosa del banquete para ponerte a criticar a su padre». —Se encogió de hombros—. En mi defensa, le diré que ya se lo dije a su padre también.

—¿Se lo dijo a mi padre? ¿Que era un hombre de carácter dominante? —El francés asintió—. ¿Y qué hizo?

—*Il m'a grondé*. Reñirme. Sin misericordia.

Annabelle no pudo evitar reír de nuevo. Definitivamente, Noailles era mucho más divertido de lo que esperaba, y se descubrió disfrutando de su compañía, pese a todo. Durante cosa de media hora, hasta el fin de la comida, charlaron con soltura. Él le habló de Europa, de sus viajes y de las personas que había conocido con una naturalidad que hacía difícil aburrirse a su lado.

Ella le habló de Minstrel Valley, de la Escuela de Señoritas de lady Acton, de cómo adoraba el hermoso lago Minstrel y los densos bosques de la zona; y las ruinas del viejo castillo en la colina, casi siempre envuelto en la niebla de la leyenda trágica de unos amantes, y las romanas, en las que quedaba un viejo pozo que, tal como se aseguraba en el lugar, concedía deseos.

Gracias a todo eso, la comida se le pasó volando. Cuando llegó el momento de cortar la tarta, Helen y Peter ocuparon el centro de la atención —hasta se hicieron fotografías de los novios esgrimiendo una espada que parecía la mismísima Excalibur— mientras los invitados levantaban sus copas y los felicitaban entre aplausos. Después comenzaron los discursos con brindis, primero por los recién casados y luego por sus respectivas familias, tras lo cual el salón se llenó de risas, conversaciones y música.

En una tarima, a un lado, se había colocado una orquesta de más de una docena de músicos. Iba a empezar el baile.

—¿Me concederá un vals, milady? —le preguntó Noailles.

—¿Un vals? Si lo ha elegido por eso, le advierto que esos bailes

Europeos ya no provocan ningún escándalo por aquí.

Él rio.

—*Vraiment?* Qué decepción. Tendré que contentarme entonces con disfrutar del baile en sí.

—De ser así... —Sus ojos se toparon con la figura de Oliver, al otro lado de la sala. Surgió de detrás de una gruesa columna y lo vio irse por una de las puertas del fondo. ¡Estaba allí! ¡Había estado allí todo el tiempo, quizá viéndola con Noailles! ¿Por qué no se había acercado a sentarse en esa mesa? Le hubieran hecho un hueco encantados.

Se puso en pie con brusquedad. Noailles la miró sorprendido y también se levantó, caballeroso.

—Menudo ímpetu —bromeó—. Dudo que nos dejen bailar el vals de apertura, milady. Es para los novios.

—Disculpe —se limitó a decir, y fue hacia la puerta por la que había desaparecido Oliver, atravesando todo el comedor. Tuvo que esquivar a los camareros que se movían de un lado a otro para retirar las mesas y preparar el lugar para el baile.

No tardó ni un minuto en olvidar por completo al conde de Noailles.

Atravesó la puerta y siguió por el pasillo que encontró al otro lado, comprobando las salas de camino. Finalmente localizó a Oliver en una de las estancias contiguas, apartado del bullicio, aunque unos pocos invitados a la boda se movían también por allí, mirando cuadros o fumando junto a la chimenea.

Annabelle saludó con un gesto a algunos conocidos, que la miraron con cara de preguntarse qué estaba haciendo deambulando sola por ahí. Ella sonrió nerviosa y se escabulló lo más rápido que pudo.

Oliver se había detenido frente a un gran mapa antiguo que

decoraba una de las paredes y lo observaba con tanta atención que cualquiera habría pensado que intentaba aprendérselo de memoria.

Quizá fuera así...

Capítulo 3

El señor Cartwright sigue siendo igual de sensato

Annabelle se acercó despacio.

—¿Es exacto? —preguntó.

Oliver volvió la cabeza y, al verla, sonrió.

—No. En absoluto.

—Entonces, ¿por qué lo miras con tanta atención?

—Porque es una maravilla. ¿No es evidente? —Hizo un gesto para mostrarlo—. Los hombres que dibujaban estos mapas no contaban con nuestros métodos de medición ni tenían tanta información como de la que disponemos hoy en día. Que fueran capaces de conseguir una aproximación tan clara siempre me asombra. —Ella asintió, sin saber qué replicar. Oliver siguió centrado en el dibujo—. Es una copia del mapa de Nicolaes Visscher —explicó, señalando el título grabado en la parte superior—. *Orbis Terrarum Nova et Accuratissima Tabula*. Apareció originalmente en el *Novus Atlas* de Jan Jansson de 1658, en Ámsterdam. Es un mapa de doble hemisferio y, si te fijas, también aparecen aquí las proyecciones polares del norte y del sur.

Movió la mano según se refería a un detalle u otro, y Annabelle

se inclinó para observarlo mejor. El mapa estaba rodeado por una profusión de dibujos y escenas que parecían sacadas de una historia mitológica.

—Es precioso... —susurró. Tenía que reconocerlo, había algo... fascinante en todos aquellos trazos. Ese era el mundo, quizá no del todo así, pero permitía hacerse una idea. Un mundo inmenso lleno de posibilidades.

Pensó en Londres y, por primera vez, lo percibió como una hermosa prisión que le impedía alcanzar aquellas costas remotas, aquellos paisajes exóticos iluminados por un sol tropical o dominados por la ventisca.

—Lo es —prosiguió Oliver—. Las escenas que lo decoran fueron realizadas por Nicolaes Berchem. Zeus, Neptuno, Perséfone y Deméter. Los holandeses tenían una verdadera afición por convertir los mapas en obras de arte. Este es uno de los primeros ejemplos tan profusamente decorado —añadió, recorriendo pensativo con un dedo uno de los hemisferios.

Annabelle lo observó de reojo.

—Pareces conocer bien este mapa.

—Pues sí. —Sonrió—. Dentro de unos días voy a participar en la organización de una exposición de mapas antiguos en el Museo Rutshore. —Annabelle lo conocía. Helen, Lorna y ella lo habían visitado muchas veces desde la primera vez que las llevó la señorita Hobbs... bueno, lady Deelright. La hermosa momia de una sacerdotisa egipcia las fascinó una larga temporada, cuando tenían quince o dieciséis años. Incluso llegaron a aprenderse su nombre, Nefer-Anjet-Ast—. De este en concreto solo contamos también con una copia, pero es bastante mejor que esta.

—¿Por eso has vuelto? —preguntó, tratando de mostrar un tono neutro.

—En parte. También por la boda, por supuesto. Y para buscar ayuda financiera para mi próxima expedición.

«Se va a volver a marchar», pensó Annabelle, sintiendo que la golpeaba una oleada de desolación. Sí, Oliver volvería a irse a recorrer esas tierras que mostraban los mapas y ella se quedaría atrapada en el luminoso Londres, consumida por la tristeza de su propia oscuridad.

De pronto, odió a muerte el maldito mapa y el maldito mundo. A los hombres que creaban aquellas trampas para atraer a los espíritus libres y curiosos como el de Oliver. A los que los decoraban, convirtiéndolos en obras de arte, para terminar de seducirlos.

Se acercó más todavía y lo examinó con cuidado.

—Pues hasta yo veo que África está deformada hacia la derecha —replicó con voz tensa. ¿Se daría cuenta?—. Y qué rara parece América, ¿no? Y la parte del sur... —Agitó una mano ante el lienzo—. No sé, parece una cara sonriente mirando con condescendencia al viejo mundo... —bufó—. Definitivamente, el cartógrafo debía estar muy borracho cuando cogió la pluma.

Oliver rio. El sonido provocó un estremecimiento en el corazón de Annabelle.

—No seas mala, milady —replicó él, que no pareció darse cuenta ni de su furia ni de su dolor—. Si vamos a detalles curiosos y errores llamativos, fíjate que California está representada como una isla.

Señaló la zona con el dedo. Ella miró sorprendida.

—Es cierto... ¿Pensaban que era así?

—Eso parece. Te recuerdo que es un mapa del siglo XVII. Lo sorprendente es todo en lo que acierta. Y es precioso.

—Eso no puedo negarlo —replicó ella, con una voz tan cargada de emociones que Oliver se volvió a mirarla. Sus ojos se encontraron y se quedaron así, atrapados en el repentino silencio—. ¿Por qué no

me escribiste al apartado de correos? —preguntó Annabelle, al fin. No sonó a acusación; su voz solo estaba teñida de nostalgia.

Oliver titubeó unos instantes antes de responder.

—Sabes que no debía hacerlo.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Anna.

Ella bajó la mirada.

—Quiero que lo digas...

Lo oyó suspirar.

—Está bien. Ni quería ni debía comprometerte. No te voy a negar que empecé varias cartas, pero siempre terminaba escribiendo cosas que un hombre como yo no debería escribirle a una mujer como tú.

La respuesta la dejó sin palabras. Nerviosa, se apartó de su lado y caminó hasta una de las ventanas. Él no tardó en seguirla.

—Annabelle, por favor... —Lo oyó suplicar—. No me lo pongas más difícil.

—¿Difícil? ¡Oliver! —exclamó, y esta vez sí había condena en su tono, y en su mirada—. Te aseguro que lo difícil es quedarse aquí y sentir cómo la vida te pasa por encima como si fuese una lluvia ligera, sin llegar a calar. Sin dejar mayor recuerdo. Lo fácil, lo realmente fácil, es marcharse y empacharse de nuevos paisajes y nuevas experiencias.

Oliver apretó los labios. Pareció culpable.

—¿Qué esperas que te diga? Ya sabes cómo soy, sabes que mi pasión está más allá de cualquier horizonte conocido.

—Eso no es verdad. No es la única verdad, al menos. No niegues lo que siempre ha habido entre nosotros. No lo hagas más.

—Anna...

—Por favor...

Él vaciló y lanzó un suspiro.

—¿Sabes lo que ha pasado cuando he llegado aquí, al Savoy? —dijo entonces. Annabelle se limitó a seguir mirándolo, pero lo tomó como alguna clase de respuesta—. Peter y Helen me han dicho que estaba en tu mesa, que me habían puesto a tu lado. Eso me hizo absurdamente feliz. Pero, cuando iba hacia allí, tu madre me ha interceptado y me ha dicho que había habido un cambio de planes por un inesperado invitado francés. Me han colocado al fondo, lo más lejos posible. —Hizo una mueca—. De ser por ellos, me hubieran echado. Porque soy el nieto de un mayordomo, Anna. Me miran y solo ven a un criado.

Annabelle se ruborizó. No, no iba a consentir que su relación girase siempre alrededor de lo mismo. Observó cómo un grupo de tres hombres abandonaba la sala. Eran los últimos, al parecer. Se habían quedado solos.

Mejor, porque iba a lanzarse a por todas. No en vano era la hija del coronel Sanders. De muy niña —en realidad, ni lo recordaba bien, solo lo sabía por algún destello fugaz en su mente o porque se lo habían contado— la llamaban «la coronela».

—Me da igual lo que mis padres piensen o quieran —protestó—. ¿Es que no te das cuenta? Se trata de nuestras vidas.

—Anna...

Diría que se volvió loca, pero no del todo. Echó un último vistazo alrededor, para estar segura de que no quedaba nadie más que ellos en la sala —hubo un momento en el que creyó captar una sombra junto a la puerta, pero debió provocarla su aprensión, porque no volvió a percibir nada—, se giró hacia Oliver, lo cogió por la corbata y tiró de él, poniéndose de puntillas.

Sus labios se unieron en un beso largamente esperado. Annabelle había soñado con ese momento durante años, incluso

cuando eran niños y ni podía imaginar ser capaz de reunir tanto valor como para hacerlo. Los labios de Oliver eran firmes pero a la vez suaves, y sus brazos la rodearon por la cintura, atrayéndola con fuerza.

Algo se sacudió en el interior de Annabelle, allí donde todo era caos y alegría y emociones intensas que no dejaban de crecer y crecer, junto con el beso. Tenía la sensación de haber estado toda la vida respirando poquito, como podía ocurrirle a un asmático, y haber dado por fin una bocanada profunda de aire fresco.

Aquel era su lugar. Por fin estaba donde su corazón pedía.

Apenas tuvieron tiempo de separarse al oír los pasos llegando por el pasillo. Al momento, ambos se apoyaron en el alféizar y fingieron estar contemplando el paisaje exterior con un interés que ninguno sentía.

Annabelle contuvo una sonrisa.

—Seguimos siendo unos pésimos espías.

Él rio.

—Siempre lo fuimos.

No llegaron a decir nada más. La voz de su madre llamó a Annabelle desde muy cerca.

—Annabelle...

Ella se volvió con un sobresalto y encontró a lady Eve en el umbral de la salita. No sonreía y su expresión en general tenía esa cualidad plácida que enseñaban en Minstrel Valley, con la que una Dama Selecta —como llamaban a las jóvenes que se graduaban en su escuela— podía sobrellevar cualquier circunstancia.

—¡Mamá! —exclamó Annabelle—. ¿Qué...?

No estaba muy segura de qué más decir. Por eso no le importó que su madre cortase su frase con un frío:

—Ven conmigo, por favor.

—Lady Caltrey, Annabelle no ha... —empezó Oliver, pero lady Eve le lanzó una mirada furiosa. Helada pero furiosa. Una vez más, algo digno de cualquier Dama Selecta que se preciase.

—Gracias, señor Cartwright —dijo, con un tono muy acorde—, pero puedo ocuparme por mí misma de mi hija, si no le importa.

Oliver se ruborizó.

—No, claro que no.

—Y le ruego, señor, que nunca más dé pie a una situación así. Annabelle puede pecar de imprudente muchas veces, pero estoy segura de que usted sigue siendo igual de sensato que siempre.

Él bajó la cabeza.

—Sí, milady. Lamento lo incómodo de la situación.

—Mamá... —empezó a protestar Annabelle, pero su madre le frunció el ceño.

—Ni una palabra más. Vamos.

Se dirigió hacia la puerta y la joven se vio obligada a seguirla, aunque lanzó a Oliver una última mirada antes de cruzar el umbral.

Él la observaba inexpresivo.

Al ver que se quedaba parada, su madre la tomó del brazo y tiró de ella por todo el salón de baile e incluso más allá, hasta llegar al exterior. Esperó para hablar, hasta estar segura de que nadie iba a poder oírlas.

—¿Estás loca, Annabelle? No quiero que vuelvas a hacer algo así. Nunca. ¿Me has oído? —Ella guardó silencio, aunque no pudo evitar una mueca—. Sabes tan bien como yo que, de haberos encontrado solos alguien ahí, se hubiera organizado un escándalo. Y no quiero ni imaginar las consecuencias.

Hubieran tenido que casarse. Eso hubiera estado bien. Una pena que no hubiese ocurrido.

Pero no se atrevió a decir nada. Siguió empeñada en su silencio.

—Me consta que os conocéis desde niños —continuó su madre, con un tono más amable—. Y sé lo que significó para ti. Pero él ya no es un niño y tú tampoco. No puedes permitirte comportarte como si nada hubiera cambiado. Y tienes ya veintitrés años. Hemos tenido mucha paciencia, pero estás cerca de convertirte en una solterona, y eso no puede ser, Annabelle. Tu padre y yo no lo vamos a permitir. Si te comportas como una niña, te trataremos como una niña.

—¡Yo no me comporto como una niña! —protestó finalmente, indignada.

—¿No? Yo creo que sí. Solo una niña guardaría todos esos recortes de prensa relacionados con Oliver Cartwright. —Ella se sobresaltó. ¿Cómo podía saberlo? ¡Había escondido el álbum en su rincón secreto, al fondo del armario, tras un tablón suelto! No lo sabía nadie, excepto una de las criadas, Lily, que le conseguía los periódicos del día anterior antes de que los tirasen si no le había resultado posible comprarlo a ella misma, algo que prefería hacer para que sus padres no se enterasen de aquella costumbre—. Con flores incluidas.

Annabelle estuvo a punto de ocultar el rostro tras las manos, como si con eso pudiera escapar de la situación del momento. Pero no podía, claro. Ni podía negar lo dicho por su madre.

Era cierto, coleccionaba todas las noticias que se publicaban sobre Oliver o relacionadas con la exploración del país en que estuviera, últimamente África, donde se había pasado un par de años largos, quizá tres. Annabelle había creído que estaba en Angola, pero no. Una de las últimas noticias de su colección anunciaba sus éxitos en alguna larga aventura en el Congo.

NUEVAS RUTAS EN EL CORAZÓN DEL CONGO

El explorador británico Oliver Cartwright, miembro de

la Royal Geographical Society, que participa en una expedición cartográfica por el interior del Congo, ha comunicado el descubrimiento y levantamiento de varias rutas hasta ahora ausentes de los mapas europeos. Entre ellas destacan dos pasos que permiten atravesar una extensa zona de difícil acceso y establecer comunicación entre territorios que hasta ahora aparecían separados por una amplia región inexplorada.

Cartwright, que ha dedicado buena parte de su expedición al levantamiento de mapas y al estudio de las vías naturales de comunicación, ha señalado que la información obtenida podría modificar de manera considerable el conocimiento geográfico de aquella parte del continente.

Los informes recibidos en Europa indican que los nuevos trazados han sido realizados con especial atención a los cursos de los ríos, las elevaciones del terreno y los caminos utilizados por las poblaciones locales. Los mapas resultantes podrían tener un considerable valor estratégico para futuras expediciones y para la explotación de los recursos de una región de cuya riqueza apenas se tiene conocimiento, lo que ha despertado un gran interés entre distintas instituciones y empresas.

El joven explorador, que ya había adquirido cierta notoriedad por anteriores trabajos en África, se encuentra actualmente de regreso hacia la costa, quizá con la intención de preparar una nueva expedición al interior del continente.

No eran muchas noticias, no se veían muchos artículos de Angola y Congo en los periódicos ingleses, precisamente. Pero Annabelle las releía una y otra vez y comprobaba los sitios mencionados en la bola del mundo que tenía su padre en el despacho. Podría haberlo hecho en cualquier mapamundi, pero le gustaba girar aquella enorme esfera y enfrentarse a sus distancias.

Cuando las noticias se referían a Oliver en concreto, siempre añadía unas flores cogidas en el jardín ese mismo día, y se secaban junto a los recortes. Como si de ese modo pudiera hacerle llegar un poco de todo aquello que sentía en su corazón.

Qué tonta era...

—Eso es privado —le recriminó a su madre. Lady Eve controló un gesto de culpabilidad.

—No era mi intención mirar nada, te aseguro que solo lo encontré por casualidad. Y no te dije nada, ni a ti ni a tu padre, pero sabes tan bien como yo que no le gustaría nada descubrir que una y otra vez rechazas toda posibilidad de un enlace por ese encaprichamiento infantil.

—No es un encaprichamiento infantil.

—Peor me lo pones.

Annabelle apretó los labios. La irritación le subió por el pecho, pero consiguió contenerla.

—No he hecho nada.

—Precisamente. Y quiero que siga siendo así. Oliver Cartwright no está a tu altura —continuó su madre con más suavidad, aunque las palabras resultaron todavía más dolorosas por eso—. Puedes apreciarlo, puedes considerarlo un amigo de la infancia, aunque bien sabe Dios que no lo veo apropiado en absoluto, ni siquiera eso; pero no debes confundir esas cosas con algo que jamás podría funcionar. ¿Ha quedado claro? En caso contrario, no tendré más remedio que

contárselo a tu padre.

Annabelle no respondió.

Se limitó a bajar la mirada y asentir, porque sabía que cualquier palabra podía hacerla llorar o, peor aún, decir exactamente lo que estaba pensando.

Pero mientras regresaba al salón para participar de un baile que no podía importarle menos, ya no podía escuchar las conversaciones a su alrededor.

Solo podía pensar en Oliver y en cómo escapar con él hacia el otro lado del horizonte.

Capítulo 4

Buscando al señor Cartwright

Peter y Helen partieron al día siguiente a bordo del Suffragette, el yate de vapor de los Swann, que lord Maximilian Swann, el conde de Deelright, había puesto a disposición de su hijo para la luna de miel.

Era una hermosa embarcación de unos cincuenta metros de eslora, con varios camarotes, amplios salones, comedor, biblioteca y una espaciosa cubierta desde la que contemplar el mar, además de un aparejo auxiliar de goleta que le permitía navegar a vela cuando las condiciones lo aconsejaban, o cuando simplemente lo permitían, porque tanto Peter como su padre eran muy aficionados a utilizarlo como velero con buen viento en altamar.

Nunca navegaban ellos solos, por supuesto. El capitán y la tripulación llevaban años al servicio de la familia y conocían perfectamente el barco, que había recorrido ya buena parte del mundo con el conde y lady Deelright, una mujer tan enamorada de los viajes como de las causas que defendía.

El propio nombre de la nave había sido elegido por ella sin la menor intención de ocultar sus convicciones. Cuando estaban en el puerto, sobre todo en las ocasiones en las que celebraban algún evento social a bordo, verlo provocaba todavía alguna ceja levantada

entre los caballeros más conservadores, pero Juliet siempre sostenía que era una excelente manera de recordar a todos —y, ciertamente, nunca había que desaprovechar la ocasión de hacerlo— que algún día las mujeres tendrían derecho al voto.

Annabelle acudió a despedirlos al puerto, con los marqueses de Terrace, los condes de Deelright y con sus propios padres. Lorna y ella se dieron la mano mientras veían alejarse el barco.

—Va a tardar mucho en volver —susurró Lorna, con tristeza.

—Pero va a ser muy feliz. Debemos alegrarnos por ello.

Lorna la miró pensativa y asintió, con una expresión adulta muy poco habitual en ella.

Oliver no fue. Según supo luego, había acudido temprano a Terrace House a despedirse y a llevarles información sobre algunos sitios que no debían perderse. Le ofrecieron que fuera al puerto con ellos, pero alegó tener ocupaciones. Annabelle supuso que lo había hecho para no volver a propiciar un encuentro con ella.

Más tarde, sentados para el almuerzo en Caltrey House, su padre sonrió.

—Me ha dicho Noailles que ayer fuiste muy amable con él durante la comida, Annabelle. Le has impresionado gratamente. Bien hecho, hija mía. Es un gran partido. —Annabelle captó la expresión satisfecha y esperanzada de su madre—. Por cierto, querida, le he invitado a cenar mañana. Espero que no te moleste la falta de tiempo.

Lady Eve sonrió.

—En absoluto, algo se podrá organizar. Ese joven siempre será bienvenido aquí. ¿Verdad, Annabelle?

Ella asintió apenas. Sus padres intercambiaron una mirada, pero no insistieron. Siguieron comiendo con tranquilidad, charlando sobre otros temas, y la dejaron con sus cavilaciones. Imaginó que estaban

seguros de que tarde o temprano daría su brazo a torcer y de que, por fin, iban a casarla.

El resto del día, trató de pensar en cualquier otra cosa: en la boda de Helen, en las visitas que tendría que hacer aquella semana, incluso en el vestido que debía escoger para una comida en casa de los Baxter...

Todo resultaba inútil. Cada pensamiento terminaba conduciéndola de nuevo a Oliver. A su beso.

Y no era solamente el beso. Era su presencia. La forma en que la había mirado después de tantos años, como si el tiempo transcurrido no hubiera conseguido borrar nada de lo que habían sido o sentido. Annabelle había pasado la noche recordando cosas que creía olvidadas: los veranos de su infancia, las carreras por los jardines de Terrace House a escondidas de los marqueses y, más, del señor Cartwright, el mayordomo; las discusiones absurdas y aquellas aventuras de espías que entonces les parecían extraordinarias.

Y, por encima de todo, había recordado el día en que Oliver se marchó, cómo se sintió, cuánto lloró. Y solo pensar que iba a irse otra vez, quizá sin volver a verlo siquiera, se le rompía el corazón.

Lorna, acompañada de su doncella Emily, fue a visitarla a la hora del té y se dio cuenta de que algo le ocurría. Se sentaron las tres en su rincón preferido del jardín, junto a la amplia rosaleda, y en cuanto las dejaron solas con el té servido —a Emily le encantaba que le permitieran tomar el té con ella, como decía—, Lorna se cruzó de brazos, pero sin decir nada.

—¿Vas a contarme qué ocurre o voy a tener que adivinarlo? —preguntó por fin, al cabo de un rato.

Annabelle levantó los ojos de la taza.

—No sé por qué dices eso. No pasa nada.

Lorna la observó con una expresión que dejaba claro que no la

creía.

—Entonces llevas una hora mirando el té porque debe de ser particularmente interesante. Te estará hablando en chino.

Annabelle dejó escapar una pequeña risa, pero enseguida volvió a ponerse seria. Dudó unos instantes antes de hablar.

—Es por Oliver.

—Eso ya lo sé —replicó Lorna, y Emily puso cara de saberlo también.

—No, quiero decir...

Se detuvo, incapaz de encontrar una forma razonable de terminar la frase.

Lorna apoyó los codos sobre la mesa.

—Ay, Annabelle... ¿Por qué le das tantas vueltas, solo para encerrarte en ti misma? La pregunta es: ¿quieres verlo?

Annabelle la miró de inmediato.

—No debería.

—No es eso lo que te he preguntado.

Annabelle suspiró. Aquello fue precisamente lo que necesitaba para admitirlo.

—Sí. Claro que quiero verlo. Me muero por verlo...

Lorna sonrió.

—Pues déjalo de mi cuenta. Sé que los vikingos lo llevaron ayer a casa en su coche: les preguntaré dónde se aloja.

—Supongo que en un hotel.

—Supongo. Pero confirmaremos el sitio y le haremos... le harás una visita.

—¿A un hotel? —preguntó horrorizada Emily.

—Sí, y aunque muchos parecen no creerlo, las mujeres podemos ir solas a los hoteles, a visitar a caballeros, sin que tengamos intenciones de hacer nada malo. —Emily puso cara de no estar muy

segura de eso, pero Lorna no se dio cuenta porque se había vuelto hacia Annabelle—. Mañana, para el té, pasaré a buscarte media hora antes. Diremos que vamos a ir de compras. ¿De acuerdo?

Annabelle sonrió.

—De acuerdo.

Así lo hicieron. Lorna fue puntual, y ella y Annabelle, acompañadas de Emily, salieron de Caltrey House con la excusa de ir a Kensington High Street —donde afirmaron que podrían curiosear en Barkers, Derry & Toms y Pontings, los grandes almacenes que se habían convertido en una de las principales atracciones comerciales de la zona, además de en las numerosas tiendas que habían ido surgiendo a su alrededor—, aunque ni se acercaron por allí.

Se dirigieron directamente a The Albany, en Piccadilly, donde Oliver ocupaba un cómodo conjunto de habitaciones para caballeros solteros, y dejaron el coche en un lugar discreto, cerca de la entrada.

—¿El señor Burton no dirá nada? —preguntó Annabelle en un susurro, refiriéndose al cochero principal de Terrace House, cuando se alejaban.

—No. ¿No te has dado cuenta de que nos ha traído Joyce? —Annabelle abrió la boca en un «¡oh!» mudo. No, no se había dado cuenta. Ni había pensado en el tema del cochero hasta percatarse de que sabría dónde habían ido—. Ya veo que no estás muy detallista esta noche. Entonces, seguro que tampoco te has dado cuenta de cómo mira a Emily.

—¡Milady! —protestó la muchacha. Las otras dos se rieron divertidas—. No le haga caso, lady Annabelle. Joyce no me mira de ningún modo.

No le hicieron ni caso, por supuesto.

—Vaya, vaya, Joyce... —exclamó Annabelle.

—Sí. Qué vueltas da la vida... —añadió Lorna con una sonrisa—. ¡Y con lo buen mozo que es!

Emily se ruborizó.

—Eso no sé. No me he fijado.

—Mentirosilla...

—¡Oh, milady! —gimió la muchacha, cada vez más abochornada—. Yo no le hago caso, pero es verdad que siempre me espera por las mañanas para ir al mercado, y se empeña en llevarme la cesta.

—¡Oooh! —exclamaron Annabelle y Lorna—. ¡Joyce está enamorado! —siguió Annabelle.

—Sí. Porque solo los hombres enamorados llevan las cestas. —Rio Lorna—. Es una ley eterna que faltaba en las normas del amor de Helen. Ella no lo sabía porque nunca ha cargado con una cesta.

—¡Qué mala! —se escandalizó Annabelle—. Se lo voy a decir a tu hermana.

—Acusica.

Entre broma y broma a una apurada Emily, entraron en una cafetería que vieron, donde pidieron tres té completos. La doncella tomó el suyo observándolas en silencio, mientras Lorna fingía interesarse por una tarta que Annabelle apenas probó. Las chanzas habían terminado, ya solo quedaba el asunto que las había llevado allí.

—Si vas a hacerlo —dijo finalmente Lorna en voz baja—, sube. Hazlo antes de que te arrepientas.

Annabelle la observó por encima de la taza que sostenía entre las manos.

—¿Y qué voy a decirle?

—La verdad, claro está.

—¿Qué dices? —Annabelle la miró con expresión de incredulidad—. No puedo presentarme allí y decirle que quería verlo.

—Claro que puedes. ¿Verdad, Emily?

La doncella se mostró alarmada.

—Yo me moriría de vergüenza, milady. Y mi madre también, si se enterara de que hago algo así.

—Bah, no tendría que haberte preguntado. No eres nada aventurera. —Annabelle pensó que Lorna nunca se había parecido tanto a su hermana—. Vamos, Annabelle, no nos hagas perder más el tiempo. ¡Si lo estás deseando!

—Lorna...

—Annabelle...

Aquella vez fue ella quien tuvo que contener una sonrisa. Tenía razón, a qué negarlo, de modo que dejó a su amiga y a la doncella en la cafetería con la promesa de que no tardaría.

Al llegar a la entrada de The Albany que daba a Piccadilly se cruzó con un joven que salía cargado de libros, y apenas tuvo tiempo de inclinar la cabeza para evitar que le viera bien el rostro. Annabelle siguió y se encontró en un patio interior, adoquinado y rodeado por las antiguas fachadas del edificio. El ruido de la calle quedó amortiguado casi de inmediato, hasta el punto de que empezó a escuchar sus propios pasos. Aquel lugar tenía una quietud peculiar, como si las paredes se esforzaran por separar la vida de sus habitantes del bullicio de Londres.

La pequeña garita de los porteros parecía formar parte de la misma arquitectura, y desde ella un hombre de mediana edad vestido con absoluta corrección vigilaba discretamente a quienes entraban y salían. Annabelle notó su mirada fija en ella y avanzó en su dirección, procurando mostrar absoluta naturalidad. O, al menos, que no se notase lo mucho que le temblaban las rodillas.

El portero, que estaba colocando unas llaves en un armarito de madera oscura situado junto al mostrador —supuso que tenía llaves

de todas las habitaciones, como ocurría en los hoteles—, le echó una mirada de arriba abajo que valoró rápidamente su aspecto general.

Debió considerarlo más que aceptable, porque añadió una ligera sonrisa.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Por pura costumbre, pensó corregirle, decirle que el tratamiento debía ser el de «lady», pero se contuvo a tiempo. No quería dar ninguna pista sobre su identidad. Si su padre se enteraba de que había ido allí, la encerraría por el resto de su vida.

—Vengo a visitar al señor Cartwright —susurró, con voz nerviosa—. Oliver Cartwright.

Annabelle sintió que se le encendían las mejillas al pronunciar el nombre de Oliver, pero el hombre se limitó a indicarle el camino con absoluta compostura. Supuso que estaba acostumbrado a situaciones así. ¿Cuántas mujeres recibirían aquellos caballeros, con toda impunidad?

¿Y qué clase de mujeres serían? Se horrorizó al imaginar lo que habría pensado el portero de ella, lo que había supuesto que era... Desde luego, una dama, no. Estaba sola, sin doncella, y se atrevía a buscar a un caballero soltero en un lugar como ese.

Terrible.

Apartó semejantes ideas de su cabeza y se introdujo en el The Albany mirando a todos lados con curiosidad. Había oído hablar mucho del sitio y las jovencitas de la Escuela de Señoritas de lady Acton habían elucubrado mucho al respecto. Allí vivían caballeros que habían elegido aquel sistema de habitaciones para disfrutar de independencia y privacidad —lo que sin duda incluiría visitas femeninas, todo el mundo decía que los hombres eran así— sin renunciar a las comodidades de una residencia respetable.

Atravesó con paso nervioso una sucesión de pasillos y pequeñas

galerías, comunicados por escaleras que conducían a los distintos conjuntos de habitaciones. El edificio tenía algo de laberíntico, y, como le había pasado al entrar en su patio, el silencio que reinaba en sus corredores hacía que cada paso pareciera más ruidoso de lo que realmente era.

Cuando llegó frente a la puerta de Oliver, permaneció unos segundos sin atreverse a llamar. De hecho, pensó en regresar y, arrastrada por el pánico, hasta volvió a alejarse varios pasos, pero no tardó en volver.

—Tonta, tonta, tonta... —se dijo entre susurros. Si se iba y Oliver abandonaba Londres sin volver a verlo, no podría perdonárselo. ¿Y si no se veían nunca más? ¡Qué idea más espantosa! Si, dada la situación, decidía quedarse a vivir en África, ella se moriría. Y si pasaba cualquier desdicha, mucho más.

Se mordió los labios y llamó con los nudillos.

Capítulo 5

Lady Annabelle va un paso demasiado lejos

Segundos después, fue Oliver quien abrió.

Estaba en mangas de camisa y las llevaba arremangadas. También tenía suelto el cuello. Olía a jabón y al aroma con regusto de madera y limón de alguna fragancia masculina. Los rizos dorados de su cabello, desordenados como si hubiese estado revolviéndolos pensativo, caían sobre su frente de un modo desordenado y casual que aumentaba su atractivo.

Esa informalidad y la sorpresa de su rostro hizo que Annabelle se arrepintiera de su osadía durante exactamente un segundo.

—¿Annabelle...?

—Yo... Hola.

Oliver la miró como si tratara de decidir si aquella visita era real.

—¿Qué... qué haces aquí?

Ella tragó saliva.

—Si te digo la verdad, no lo sé. No tengo ni idea.

Al menos, aquello consiguió arrancarle una sonrisa.

—Eso parece una pésima manera de empezar cualquier conversación.

—Cierto. Y si no dejas que me siente, me voy a desmayar. Será un modo pésimo de terminarla. Es broma —añadió al momento—. No me voy a desmayar, pero me tiemblan mucho las rodillas. Necesito urgentemente una silla.

La mirada de Oliver se llenó de ternura. Con un gesto elegante, se apartó para dejarla pasar.

Las habitaciones eran sencillas, y no había demasiadas cosas de adorno —como solía ocurrir en los alojamientos de paso—, pero sí las suficientes como para percibir en ellas la presencia indiscutible de Oliver Cartwright.

Annabelle pasó lentamente la vista por el sitio pensando que todo parecía hablar de los lugares que Oliver había recorrido. Su salacot estaba colgado de un perchero, en un rincón, junto a una larga bufanda y con una chaqueta de codos remendados con refuerzos. Se preguntó si la habría llevado en todos aquellos viajes.

La estancia principal se dividía en una pequeña mesa de comedor redonda con media docena de sillas distribuidas aquí y allá, y un saloncito con sofá y sillones frente a la chimenea, que estaba apagada.

Sobre la mesa alta, junto a una taza de té que todavía humeaba, había un par de pilas de libros y varios mapas, algunos enrollados y sujetos con cintas, pero también un par de ellos extendidos bajo pequeños objetos para impedir que se cerraran: un cenicero, lo que parecía la piedra redondeada de un río, un par de figuras de porcelana con forma de cuervos en distintas posiciones... También vio un cuaderno abierto con anotaciones, una pluma, instrumentos de medición y varias cartas.

Y su caja de dibujo técnico, la que le regaló el día en que cumplió Oliver quince años...

Era una caja de madera forrada de terciopelo, con espacios

hechos a la medida de los elementos que contenía. Una regla articulada, compases metálicos, una escuadra de hueso y plumillas que se encajaban en un mango.

Avanzó hacia ella y la acarició.

—Todavía la tienes —dijo. Esperaba un «Siempre la tendré» por su parte, pero Oliver no dijo nada—. Menos mal. ¡Me costó casi una libra entera!

Eso lo hizo reír.

—Caramba. Sí, claro que la tengo. Me ha acompañado por todo el mundo. Fue un regalo que me encantó.

—No lo pareció en el momento.

—Sabes que sí. Como sabes que hubiera debido devolverlo. De haber sabido mi abuelo que aceptaba algo de ti, no me hubieseis vuelto a ver el pelo. Me habría puesto a pulir toda la plata de Terrace House en el sótano, una y otra vez, hasta cumplir los cincuenta años.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Terrible destino!

—Sin duda. —Ambos rieron—. Siéntate, por favor. —Oliver le señaló el pequeño tresillo junto a la chimenea—. ¿Has tomado el té? Acabo de hacerlo, ¿quieres una taza? Y tengo algunas galletas de canela...

—No, gracias. Ya lo he tomado —replicó mientras se acomodaba, muy tiesa, en uno de los sillones. Oliver permaneció de pie unos segundos, indeciso, hasta que terminó sentándose frente a ella, en otro sillón.

Agitó la cabeza.

—Te juro que jamás hubiera imaginado que vendrías.

—Yo tampoco.

Él sonrió.

—Eso empieza a parecer una costumbre tuya.

Annabelle bajó la mirada, entre avergonzada y divertida.

—No te burles.

—No me estoy burlando. —Oliver tomó aire—. Me alegra mucho, muchísimo, que hayas venido, Anna. Temí que no volviéramos a vernos, y no me hubiera gustado que quedara la cosa así.

Aquellas palabras tan sencillas hicieron que el corazón de Annabelle acelerase en su pecho. Alzó de nuevo los ojos.

—Vernos o no depende de nosotros. De lo que estemos dispuestos a luchar.

Oliver hizo una mueca ante el reproche y Annabelle contuvo las ganas de gritarle, de sacudirlo hasta hacerlo reaccionar. ¿Por qué no luchaba por ella? ¿Por qué no se indignaba como ella? ¿Por qué no le decía que la amaba, y al infierno el mundo, así se condenasen?

Pero era una Dama Selecta. Se movía por el mundo tal como le habían enseñado, consciente de sus posibilidades y de la necesidad de mantener el control de toda situación dentro de las normas.

Optó por dar un rodeo.

—Estoy aquí porque ayer no tuve ocasión de preguntarte muchas cosas —dijo, llenando el silencio que se había creado entre ellos.

Oliver asintió.

—Puedes hacerlo ahora.

—Muy bien. —Dudó un momento, planteándose seguir un orden, pero no le fue posible. Las preguntas salieron a trompicones—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Londres? ¿Solo has venido por la boda de Peter? ¿Qué lugar, de cuantos has conocido, te ha gustado más? ¿Por qué has tardado tanto en volver? —Sintió el corazón en la garganta cuando añadió—: ¿Pensaste alguna vez en nosotros?

Oliver no respondió enseguida.

—Estaré en Londres unos pocos días, mientras ayudo en esa exposición de mapas que te mencioné, la que va a tener lugar en el Museo Rutshore. Por eso, no, no he venido solo para la boda de Peter, aunque lo hubiera hecho en todo caso. —Pero no había ido por ella, eso quedaba claro. Annabelle se frotó las manos en el regazo—. He visto lugares bellísimos, elegir uno supondría dejar otros que me han impresionado, así que te diré que no me resulta posible contestar. He tardado en volver porque... Bueno, ya lo sabes, a qué darle vueltas. Y, sí. He pensado mucho en nosotros.

A esas alturas, ella esperaba ya cualquier cosa menos aquella respuesta tan directa. Al menos eso le dio esperanzas.

—¿Muchas veces?

—Más de las que debería.

Annabelle sintió que el corazón le daba un vuelco. Miró la chimenea, vacía y limpia, como su vida. Qué pensamiento absurdo.

—¿Y qué vamos a hacer, Oliver? —susurró.

—No lo sé, Anna. ¿Acaso podemos hacer algo?

La forma en que lo dijo hizo que Annabelle sintiera una punzada de tristeza. El silencio que siguió fue largo pero no incómodo.

Se levantó despacio y se acercó a la mesa para estudiar los mapas.

—Enséñame dónde estuviste desde que te fuiste de aquí.

Oliver se puso en pie, se colocó junto a ella, escogió uno de los mapas enrollados y lo extendió sobre la mesa. Era un mapamundi bonito, bien trabajado, pero lo que más llamaba la atención era que estaba lleno de cuidadosos trazos de tinta de distintos colores, que se entrecruzaban y se alejaban unos de otros como una intrincada red.

—Aquí lo he ido señalando todo —le dijo. Puso un dedo sobre Londres—. Desde el día en que salí de aquí, contratado como

ayudante del cartógrafo jefe de la expedición organizada por sir Richard Hills, miembro de la Royal Geographical Society. Y fuimos hasta aquí...

A lo largo de los minutos siguientes, le señaló algunas regiones, explicándole el recorrido que había seguido, los ríos que había remontado y las montañas que había tenido que atravesar. Annabelle contempló aquellos trazos —todo bien organizado, en un conjunto que resultaba realmente bonito— que se extendían por el mapa y comprendió de pronto la magnitud del viaje: allí donde ella solo veía nombres de países, fronteras y manchas de color, Oliver había dejado meses de su vida.

Él hablaba con paciencia y Annabelle se dijo pensativa que algunas cosas no habían cambiado. Por ejemplo, Oliver seguía gesticulando cuando algo le entusiasmaba; seguía sonriendo de aquella manera apenas ladeada cuando iba a aportar una información que sabía que era importante; y todavía tenía la costumbre de mirarla unos segundos antes de contestar cuando ella le hacía directamente una pregunta, como si necesitase ese tiempo para organizar su mente.

Annabelle escuchaba, pero cada vez le costaba más concentrarse en las líneas trazadas sobre el papel.

Oliver estaba a su lado.

Tan cerca que podía percibir su calor. Percibía su aroma. Crispó los dedos en el esfuerzo de contenerse y no tocarlo.

—Aquí —dijo él, siguiendo un relato mientras deslizaba un dedo hasta detenerse en un punto—. Exactamente aquí. Pasé varias semanas en esta zona. Un infierno de calor sofocante y mosquitos.

—Suenas de verdad espantoso. —Annabelle se inclinó para ver mejor el punto en el mapa—. ¿Estabas tú solo?

—No, no. Éramos cuatro. Ir solo hubiese sido una temeridad.

—¿Tenías miedo?

Él asintió con ganas.

—Ya lo creo que sí. Muchas veces. No he visto nada tan oscuro y amedrentador como las noches en la jungla. La vida allí no se detiene: oyes sonidos de todo tipo y todos te asustan.

Annabelle sonrió.

—Quizá yo habría sido útil. —Claro que sí. Tener al lado a alguien que te amaba siempre lo era, pero no quiso decirlo así y buscó otro modo—: Habría podido abanicarte o llevarte agua para que no pasases tanto calor. Y hubiera espantado a los mosquitos. Y hubiera montado guardia con mi arco. —Hizo un gesto con los hombros—. Soy muy buena tiradora, ¿sabes?

Oliver soltó una risa.

—Por supuesto.

—No te rías.

—Nunca me reiría de una propuesta tan heroica.

—Sí lo haces. Olvidas que soy la hija del coronel Sanders y piensas que habría sido un estorbo si hubiese ido contigo a África —replicó Annabelle, recuperando de pronto su aire desafiante—. Pero, para que lo sepas, soy una buena tiradora de arco. Mi padre nunca ha querido que compita de manera oficial, considera que no es apropiado que una joven de mi posición se dedique a exhibirse en competiciones públicas, aunque, curiosamente, fue él quien me enseñó en los inicios, cuando probé suerte un día, por casualidad, y resultó que tenía talento. Se me daba bien.

—¿En serio?

—Desde luego.

—¿Y qué edad tenías? Al empezar...

—No sé, unos dieciséis años, creo... Fue el verano que mis padres decidieron que lo pasara con ellos en Caltrey Manor, en vez

de con Helen y Lorna, como iba siendo habitual, por los viajes diplomáticos de mi padre.

—Sí —asintió Oliver, con aire apesadumbrado—. Lo recuerdo. Aquel fue el primer verano en que te fuiste. Helen y Lorna no paraban de llorar.

—Sí. Yo también lloré mucho al principio, pero al menos descubrí el arco y eso me entretuvo. Hasta me unió más al coronel, porque, pese a su negativa a lo de competir de un modo oficial, ya te digo que siempre ha sido él quien más me ha animado a entrenar. De modo que practico de vez en cuando, sobre todo cuando voy a Caltrey Manor.

—Qué cosas... Nunca lo hubiese imaginado.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Oliver Cartwright. Y ya te digo que no soy mala —añadió, ufana, animada por el destello de admiración que percibía en los ojos del joven—. Para que lo sepas, hasta he tenido ocasión de competir, en pequeños torneos organizados en fiestas privadas, con algunas de las arqueras que participaron en los Juegos Olímpicos de Londres. No puedo decir que las haya vencido siempre, por supuesto, pero sí unas cuantas veces. Mi padre no lo dirá nunca en público, pero se siente muy orgulloso de ello.

—No me extraña. —Oliver sonrió—. Yo también lo estoy. Y, si te gustaba, debiste intentar llevarlo a competiciones públicas. Eres mayor de edad, podrías hacerlo.

Annabelle se encogió de hombros.

—No es algo tan importante en mi vida, solo una afición. Hasta ahora no lo había considerado realmente útil ni lo suficientemente atractivo como para dedicarle tanto tiempo. Pero ahora sí. Volveré a entrenar, mejoraré al máximo. De ese modo, si alguna vez vuelves a marcharte, ya sabes que podrías llevarme contigo. —Le dedicó una

sonrisa orgullosa. Oliver estaba en verdad impresionado. Eso era bueno. Alentó una chispa de esperanza. Quizá pudiera convencerlo de que la llevase con él—. Podría defenderte de los leones y hasta de los elefantes.

—Eso parece...

Se miraron. Annabelle tragó saliva. Nerviosa, apartó las pupilas y las centró sobre el mapa. El mundo parecía enorme. Se inclinó sobre él y deslizó un dedo por África, desde el centro a la derecha, preguntándose qué selvas o qué criaturas estaría rozando.

—Si se me hubiera permitido demostrártelo, habrías descubierto que soy bastante más útil de lo que imaginas —musitó.

La mano de Oliver cubrió la suya, y también detuvo su corazón. Annabelle levantó el rostro hacia él y se encontró de nuevo con sus ojos.

El tiempo se detuvo.

Ella pensó que ya no había un mapa entre ellos, del mismo modo que ya no los separaban todos aquellos miles de kilómetros. Estaba sucediendo lo que había deseado durante años, pero de pronto no sabía qué hacer con aquella cercanía, y a Oliver parecía ocurrirle lo mismo.

Después él levantó la otra mano y le apartó suavemente un mechón de cabello que se había soltado junto a su rostro.

El gesto fue tan dulce, tan delicioso, que Annabelle cerró los párpados sobrecogida.

—Cuando éramos niños... —murmuró Oliver, y dejó la frase en suspenso.

—¿Sí? —lo apremió ella.

—Deseé un millón de veces poder hacer esto. Pero nunca me atreví.

Annabelle abrió los ojos.

Oliver la estaba mirando desde muy cerca, y de una manera que ya no tenía nada de infantil.

Ella sabía que debía apartarse, que era esa clase de momento del que debían huir las jovencitas, según le habían enseñado.

No lo hizo.

—¿Vas a atreverte ahora, Oliver Cartwright? —preguntó, con cierto desafío. O quizá era una súplica—. Yo ya me atreví en su momento, en la boda de Helen y Peter. Y me he atrevido a venir hoy aquí. Pero te juro que no daré ni un solo paso más si tú no te arriesgas también.

Los ojos de Oliver titilaron. Luego, se inclinó despacio, dejando que fuera ella quien decidiera si aceptar o no el beso.

El contacto fue suave, casi inseguro al principio. No tenía la urgencia del que se habían dado dos días antes, pero sí la misma pasión y una gran dosis de curiosidad. Oliver sabía a menta y, lejanamente, al té que había estado tomando. Era cálido y dulce, y por demás tierno. Annabelle se preguntó si oiría el retumbar de su corazón, que se agitaba estremecido en su pecho.

Cuando se separaron, Annabelle permaneció muy cerca de él.

—Hay chispas doradas en tus ojos —murmuró Oliver.

Eso la hizo pensar en Noailles. Sonrió.

—Eso me han dicho.

—Yo quería decírtelo hace mucho. —Apretó los labios un momento—. ¿Quieres que nos detengamos?

Annabelle apoyó una mano sobre su pecho y sintió el latido acelerado bajo la camisa. Parecía responder a la cercanía del suyo.

—No. Y ahora mismo no quiero pensar en nada que esté más allá de estas paredes, Oliver. Ni en tu mundo ni en el mío. Solo existimos nosotros.

Oliver cerró los ojos un instante, como si aquella confesión

hubiera terminado con el último resquicio de prudencia que le quedaba. Y, cuando volvió a besarla, ya no hubo duda entre ellos. La tomó en brazos, cargándola sin mayor esfuerzo, y la llevó al dormitorio.

Todo se aceleró en cuanto la depositó sobre la cama. Parecían compartir la misma urgencia por besar cada centímetro de piel, por apartar cada prenda: todo estorbaba entre ellos, entre sus manos y sus labios, entre sus respiraciones. Annabelle sabía que todo aquello iba en contra de cuanto le habían enseñado, pero le daba igual, todo le daba igual. Pensó que el sexo era como un largo camino hacia el otro, hacia la persona amada.

Solo quería llegar al centro de Oliver y que Oliver llegara al suyo.

Se encontraron al final en un arrebató, en una negrura de placer intenso que la tomó por sorpresa y la maravilló.

Más tarde, cuando todo quedó en silencio y sus corazones se calmaron, Annabelle permaneció junto a Oliver, con la cabeza apoyada sobre su hombro y un brazo cruzando su pecho desnudo.

¡Había sido todo tan maravilloso! Ni rastro de todo el miedo que había imaginado al pensar en lo que sería tener relaciones íntimas con un hombre. Conocía los misterios del sexo desde jovencita, cuando lady Deelright les explicó el tema con delicadeza, tras descubrir que Helen creía estar esperando un bebé por un beso accidental intercambiado con Peter.

En aquel entonces sí que le había parecido horrible la descripción de todo el proceso. Y ni siquiera cuando Helen le contó que se había acostado con Peter, meses antes de la boda, y le insistió en lo extraordinario que era, llegó a creerlo del todo.

Pero sí, había sido extraordinario. Por una vez, Helen no había exagerado. Y ella se sentía envuelta en una languidez deliciosa.

—¿En qué piensas? —Oyó decir a Oliver en la penumbra.

Annabelle sonrió.

—En que seguramente esto ha sido una terrible idea.

—Es probable.

—No deberías estar de acuerdo tan rápido.

Oliver soltó una risa baja.

—Entonces diré que ha sido una idea excelente.

Ella coreó su risa y se giró para mirarlo de cerca, las mejillas sobre la almohada, las narices a punto de tocarse.

—Eso está mucho mejor, señor Cartwright —replicó—. Además, me da igual. Ya me arrepentiré mañana de lo que sea.

—¿Mañana?

Ella soltó una pequeña risa.

—O quizá pasado mañana. Depende de si me convences de la demora...

Oliver volvió a reír y le besó suavemente el cabello, luego su mejilla, luego su cuello... Y mientras la rodeaba con sus brazos, volvió a deslizarse sobre ella.

—Entonces me esmeraré por ganar tiempo.

La idea era maravillosa. Annabelle se dejó llevar y Oliver y ella volvieron a hacer el amor, con esa mezcla de ternura y pasión con la que había soñado durante tantos años.

Por primera vez desde que había vuelto a verlo, no pensó en lo que los separaba, sino en todo aquello que los unía.

Y se quedó dormida.

Capítulo 6

Milady llega tarde a la cena

Unos golpes en la puerta despertaron a Annabelle.

Parpadeó aturdida. Durante unos segundos no comprendió dónde estaba: la cama, las sábanas, el dormitorio en general, todo le resultaba por completo desconocido. Aturdida, vio a Oliver incorporarse de pronto a su lado, y el recuerdo de lo ocurrido regresó con toda su fuerza.

Antes de que le diera siquiera tiempo a alegrarse, volvieron a llamar.

—¡Annabelle! —Era la voz de Lorna—. ¡Annabelle! —Volvió a oírse—. ¡Annabelle, por favor! ¿Estás ahí?

Oliver la miró.

—¿Lorna? —dijo.

—Dios mío... ¡Oh, Dios mío! —Annabelle se incorporó de inmediato, buscando desesperadamente su ropa. Estaba dispersa por todas partes—. ¿Cómo he podido dormirme? ¿Qué hora es?

Oliver miró hacia la pared. Ella siguió el gesto y comprobó que allí había un reloj de madera tallada. Tuvo la respuesta incluso antes de oírla.

—Casi las ocho.

Ella sintió que la sobrecogía el espanto.

—¡La cena! —exclamó, y empezó a vestirse atropelladamente.

—¿Qué cena?

—¡En casa! ¡Mis padres...! —Se interrumpió porque no era momento para dar explicaciones sobre Noailles. Optó por una media verdad—. Mis padres tienen un invitado. Llegaré tarde y me van a matar.

—Pero... —dijo él, aferrando las sábanas.

Tenía la mandíbula tensa y estaba pálido como la cera. Annabelle supuso que ella estaba igual. No era para menos. Había despertado de un sueño maravilloso solo para verse atrapada en una pesadilla. Imaginó la cara que iba a ponerle su madre y, peor aún, la de su padre, y era para echarse a temblar.

—¡Annabelle! ¡Responde! —La voz de Lorna cortó la frase y a la joven le crispó más todavía los nervios—. ¡Annabelle! ¡Si no respondes iré a avisar a Scotland Yard!

—Oh, por favor... Sería ya lo último. Ve a hablar con ella, Oliver. —Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Qué desastre.

—Voy. —Oliver se levantó, por fin, y parecía enojado. Empezó a ponerse rápidamente la camisa y el pantalón—. Maldita sea, cómo ha podido suceder este maldito desastre. Soy un idiota. Un completo idiota. —Fue hacia la salida y abandonó el dormitorio con un seco—: Yo entretendré a Lorna, sal cuando estés lista.

Durante unos segundos, Annabelle no se movió. Sus palabras le habían helado la sangre en las venas, y se quedó mirando la puerta, con el corsé en las manos. ¿Significaba eso que Oliver se arrepentía de lo sucedido? Esa impresión daba. Que lamentaba lo que había pasado...

En realidad, si lo pensaba bien, había sido ella quien lo había propiciado todo. Oliver siempre había sido muy estricto manteniendo

las distancias. Su abuelo lo había educado en el respeto absoluto a la diferencia entre las clases sociales, en la idea de que no eran algo permeable que pudiera transgredirse. Y ellos lo habían hecho...

Sintió un estremecimiento ante la idea. No era que le importase, siempre había sabido que buscar una relación con Oliver iba a suponer una auténtica guerra con todo su mundo. Pero hasta ese momento, impulsada por el deseo, todo le había parecido sencillo y natural, incluso había estado envuelto en el atractivo del riesgo y la fortuna.

Ahora, calmada la pasión, solo quedaba frente a ella el campo de batalla. La lucha. Algo enorme, algo espantoso, casi imposible de asumir.

Sobre todo, si él se arrepentía.

No estaba segura de que pudiera perdonarle algo así. Se había ido, años atrás, y no había vuelto por ella, sino por Peter y por esa exposición de mapas de la que había hablado. No había luchado por ella cuando los encontró su madre, en la boda. Y no hubiera intentado nada por verla, no habrían hablado ni habrían avanzado nada de no haber ido ella esa noche allí.

Todo lo había arriesgado ella, todo lo había impulsado ella. Si se arrepentía, no podría perdonárselo.

Si no peleaba a su lado, lo odiaría por siempre...

—Oh, Dios mío... —susurró, luchando consigo misma para que no se le rompiese el corazón.

No tenía más tiempo para más lamentaciones. Terminó de vestirse, aunque fuera de un modo desaliñado, y contempló espantada su pelo en el espejo de la cómoda. Eso no tenía arreglo. Buscó las horquillas entre los mechones enredados, se hizo un moño rápido de cualquier forma y se encasquetó el sombrero. Ya se arreglaría algo más de camino. Miró el reloj: las ocho y cinco. En

Caltrey House ya estarían sentados a la mesa, preguntándose dónde se habría metido. Sus padres estarían preocupados y se disculparían mil veces frente a un Noailles que intentaría contemporizar en lo posible.

Cuando salió por fin del dormitorio, Lorna la estaba esperando junto a la chimenea, con Oliver apoyado en el respaldo de un sillón. No había oído que se dijeran nada, aunque supuso que al menos habrían intercambiado algún saludo —no había mucho más que añadir, dadas las circunstancias— y que Oliver le habría explicado que Annabelle se reuniría con ellos enseguida.

En cualquier caso, en ese momento no hablaban, pero tenían idéntica expresión de circunstancias. Lorna la miró ruborizada, con cara de saber lo que había ocurrido. Además, no preguntó, lo que Annabelle consideró la prueba definitiva.

—¿Vamos? —se limitó a decir su amiga—. Llegamos tarde a cenar, y tengo que dejarte en casa antes de ir a la mía.

Annabelle asintió. Cruzó el salón sin mirar a los lados, mucho menos a Oliver, y salió de sus dependencias seguida de Lorna. En la entrada, agachó la cabeza al pasar cerca del portero, que las observó sin decir nada, aunque pudo sentir su desaprobación. Annabelle se llevó una mano al moño desgreñado. ¡Por Dios! ¿Qué podía estar pensando aquel hombre? ¿Cómo se le había ocurrido ir allí, hacer semejante locura? ¡Se había vuelto loca!

En una esquina cercana esperaba Emily, que la miró con ojos de espanto.

—¡Oh, milady! —exclamó, y aferró con gesto belicoso el bolsito—. ¿Quién le ha pegado?

—No digas tonterías —la riñó Lorna. Posiblemente en otras circunstancias hubieran reído, pero no estaban los ánimos para ello—. Vamos, vamos...

Juntas volvieron casi corriendo al coche. Joyce las miró sorprendido desde el pescante.

—Es tardísimo. No sabía qué hacer, milady.

—No te preocupes —le dijo Lorna—. A Caltrey House, lo más rápido que puedas. No llames la atención.

—Desde luego, lady Lorna.

Annabelle subió la primera y Lorna se sentó a su lado; Emily, enfrente. Durante unos instantes, Annabelle permaneció con las manos juntas sobre el regazo, intentando controlar el temblor que todavía sentía.

—Tenemos diez minutos para arreglar el desastre —dijo Lorna, empezando a soltarle los botones del vestido. Cuando ella trató de impedirlo, explicó—: Déjame. Los has abotonado a la buena de Dios y creo que llevas mal puesto el corsé. Emily, ¿te ocupas del pelo?

—Por supuesto, milady —dijo la doncella, que había sacado un pequeño peine de plata de su bolsito—. Va a llegar impecable.

Lorna y su doncella trabajaron durante los pocos minutos del trayecto, pese al traqueteo del vehículo, y tenían razón: cuando el coche se detuvo finalmente ante la escalinata de Caltrey House, Annabelle volvía a tener el aspecto perfecto de antes. No el mismo, porque el peinado era algo diferente —incluso más bonito, Emily era una maravilla con el cabello—, pero sí el de toda una dama.

Una que no parecía tener nada de lo que avergonzarse.

—Espera aquí, Emily —le dijo Lorna a su criada, y bajó con Annabelle para acompañarla hasta la puerta. En el camino, susurró suavemente—. ¿Qué ocurre, Annabelle? ¿No ha sido como pensabas?

Ella negó con la cabeza.

—No, no es eso. —Se detuvo, pese a las prisas. Ya llegaba tarde, qué importaban dos minutos más—. En realidad, ha sido

maravilloso, Lorna. Pero creo que se ha arrepentido.

Lorna la miró sorprendida.

—¿Oliver te ha dicho eso?

—No.

—Ah... Qué susto. Entonces no te apresures en sacar conclusiones. Yo creo que estará confuso y asustado. Ya sabemos cómo es, y no es culpa suya. Fue educado para conocer su posición y no pretender nada más. ¿Es que acaso no recuerdas al señor Cartwright?

—Claro que sí. —Ambas se pusieron rígidas, como hacían de pequeñas, cuando bromeaban respecto al estricto mayordomo. Eso logró relajar un poco los ánimos y rieron un poquito.

—Por eso, no se lo tengas en cuenta. Lo conocemos bien, las dos, y ambas sabemos que te quiere y que no jugaría contigo. Dale tiempo.

Lorna buscó la mano de su amiga y la tomó entre las suyas. Annabelle bajó los ojos hacia sus manos enlazadas.

—Te quiero, Lorna —dijo con voz ahogada, temiendo echarse a llorar.

—Y yo a ti. —La retuvo todavía un momento—. Y espero que me lo cuentes todo mañana mismo.

—Vale. Pero no habrá detalles.

—¡Oh, por Dios! ¡Espero que no!

Ambas rieron.

—Debo irme —dijo. Lorna asintió. Annabelle le dio la espalda y entró en Caltrey House.

El señor Dawson, el mayordomo, salió a su encuentro en el pasillo, seguido de dos apuradas doncellas.

—Milord y milady ya están en la mesa, con su invitado, milady —anunció, serio, formal y respetuoso, pero con un eco de regañina—.

Alice y Nora la ayudarán a prepararse.

—Gracias, Dawson —dijo, apática. No tenía ánimo ni para fruncir el ceño. Subió con las doncellas, que ya tenían preparado un vestido para la ocasión y la arreglaron rápido.

—Este no es el peinado que le hice, milady —dijo Nora, mirándola sorprendida a través del espejo.

—No. Me lo cambió Emily, la doncella de lady Lorna. Tiene buena mano, ¿verdad?

—Desde luego —admitió la muchacha sin ánimo de enfado, bendita fuera—. Tengo que hablar con ella.

Capítulo 7

El conde de Noailles salva una cena muy incómoda

No tardaron ni diez minutos, pero cuando Annabelle entró en el comedor, ya eran cerca de las nueve. Durante un instante se quedó inmóvil en el umbral, observando la escena. Sus padres y Noailles cenaban mientras mantenían una charla cortés: por lo que pudo entender, hablaban de la torre Eiffel.

—He oído decir que finalmente van a conservarla —comentaba lord Caltrey—. ¿Es cierto, Noailles? Creí que este era el año en que debía desaparecer, al terminarse la licencia de ocupación del terreno.

—En principio, sí. Como bien dice, la concesión termina este año. Pero después de veinte años los franceses nos hemos acostumbrado a la visión de esa torre, aunque algunos sigan considerándola una afrenta al buen gusto.

Lady Eve sonrió.

—¿Y usted qué piensa, monsieur?

Noailles sonrió.

—Que, a estas alturas, París me resultaría *étrangement petite* sin ella.

—¡Vamos, Noailles, recuerdo lo que pensaba en París! —exclamó

lord Caltrey, riendo con ganas—. ¡Me sorprende mucho que se haya convertido en partidario de la torre!

—No necesariamente de la torre, pero sí de lo que representa y de lo que puede ofrecer. Cuando se construyó, parecía una extravagancia gigantesca. Ahora sabemos que puede servir para algo más que para que los turistas suban a contemplar todo París.

—¿Se refiere a las comunicaciones inalámbricas? —preguntó el otro, más serio e interesado—. He leído al respecto.

—Entre otras cosas, sí. La utilidad que la torre Eiffel puede tener para ese tipo de transmisiones, que forman parte del futuro nos guste o no, decanta la balanza a su favor. —Se encogió de hombros con un gesto elegante—. *Que voulez-vous*, la ciencia tiene la desagradable costumbre de encontrarles utilidad a cosas que primero nos han parecido absurdas.

Lord Caltrey soltó una carcajada.

—Entonces quizá debamos conservarla por prudencia.

—Yo lo haría. Aunque solo fuera para poder seguir discutiendo sobre ella en cenas tan agradables durante otros veinte años.

Los tres rieron, y Annabelle, detenida todavía junto a la puerta, aprovechó aquel instante para tomar aire antes de entrar.

Al verla, el francés dejó los cubiertos y se puso en pie con una sonrisa que, en otras circunstancias, habría considerado encantadora. Su madre la estudió con una expresión en la que se mezclaron el alivio, la censura y la preocupación. Su padre mantuvo el ceño ligeramente fruncido. Nunca se ponía en pie en situaciones así, por su rodilla; lo malo fue que no dijo nada. Tampoco se sorprendió. La regañina vendría más tarde, cuando la tuviera a solas.

—Lady Annabelle, qué alegría verla —dijo Noailles con una inclinación cortés, cortando el tenso silencio que se había instalado

en el comedor. Annabelle sintió que volvía a respirar, incluso que podía volver a moverse, y contestó con un gesto de la cabeza, agradeciendo sinceramente su respaldo, aunque también la cohibiera un poco—. Está muy hermosa esta noche. Pero cuándo no...

—Gracias, milord.

—Vamos, ven, querida —terció lady Eve—. ¿Dónde te habías metido? Estábamos empezando a preocuparnos.

—Lo siento muchísimo, mamá.

Su madre sonrió con elegancia.

—No pasa nada —replicó, aunque el tono dejaba claro que sí pasaba—. Lo importante es que ya estás aquí. Siéntate.

Annabelle obedeció. El criado que estaba detrás de ella le acercó la silla. Otro sirvió vino en su copa. Annabelle dio las gracias en voz baja y Noailles esperó a que terminara de acomodarse antes de volver a ocupar su asiento, que quedaba justo enfrente. El movimiento fue tan natural y tan atento que Annabelle no pudo sino sentir un profundo agrado.

—Temíamos que se hubiera perdido en alguna de las innumerables maravillas de Londres —añadió él, con aquella elegancia casi teatral que parecía caracterizarlo. Annabelle sonrió ante la broma, aunque sintió que un intenso calor le subía hasta las mejillas al recordar qué era lo que había estado haciendo.

—Me temo que he perdido por completo la noción del tiempo —logró decir—. No tengo excusa. Y menos habiendo un invitado.

Él le quitó importancia con un gesto.

—*Ne vous inquiétez pas.* Como francés, no concedo tanta importancia como ustedes a la puntualidad. *En fait*, soy un firme convencido de que las personas que pierden la noción del tiempo y llegan tarde a una cita suelen estar haciendo algo bastante más

interesante de lo que pudiera resultar cualquier plan previo. —Ella parpadeó, sintiendo que aquel comentario le robaba el aliento. Noailles arqueó ligeramente una ceja. Hubo algo en su mirada que la hizo sentir todavía más vulnerable. Casi tuvo la impresión de que el francés podía leerle el pensamiento, y la suave sonrisa con la que acompañó su última frase no hizo sino acentuar la idea—. *L'important*, milady, es que lo haya pasado bien.

—Mucho, gracias.

Annabelle se obligó a mirar el plato, temerosa de transmitir la oleada de imágenes que la acosaban. Que sus padres o Noailles descubrieran que llevaba todavía en la piel el recuerdo de las manos de Oliver, del sabor de sus besos... La memoria de los mil detalles de una habitación de la que acababa de salir hacía apenas unos minutos y que no olvidaría nunca.

—¿Quieres que te sirvan un poco de consomé, querida? —preguntó su madre—. Estaba delicioso. También hemos tomado filete de lenguado acompañado de patatas Anna y alcachofas salteadas, eso sé que te gusta...

—Sí, pero no, gracias. Me adaptaré a vosotros.

Dawson hizo una discreta señal a un criado que aguardaba detrás de ella. Un instante después le colocaron delante un plato de perdiz asada, acompañada de puré de apio y patatas doradas, exactamente lo que estaban comiendo sus padres y Noailles. En el centro, había fuentes con ensalada aliñada con mostaza.

—Menos mal —comentó Noailles con una sonrisa—. He estado comiendo tanto que temía que se hubiera quedado sin cena.

—¡Por favor, monsieur! —exclamó lady Eve con falso escándalo—. Dawson no permitiría jamás algo semejante.

—En efecto, milord —intervino el mayordomo con una formalidad que contrastaba con el buen humor de la mesa—. He ordenado que

se conservara en su punto la cena de milady.

—Gracias, Dawson —dijo ella, sinceramente agradecida, aunque no tuviera ni pizca de hambre. A pesar del aspecto apetitoso de la comida, no consiguió sentir el menor interés por ella. Cogió el tenedor con cuidado, como si aquello pudiera demostrar que seguía siendo una persona perfectamente normal. Alguien integrado en ese mundo.

—De haber llegado a la hora, no tendríamos por qué estar todos haciendo equilibrios a su alrededor —dijo lord Caltrey, que finalmente no había podido esperar más—. Y ella sí es inglesa, Noailles. No tiene excusa.

—Caltrey... —lo censuró su esposa, con una sonrisa tensa.

—No sea tan duro con su hija —pidió Noailles—. *Après tout*, bien sabe Dios que todos somos humanos y hemos cometido errores.

Annabelle lo miró con curiosidad.

—¿Usted también?

—Mi querida mademoiselle, en especial yo. Sobre todo a medida que oscurece. Mi madre solía decir que el sol de París me había dado la vida, ya que nací a mediodía, en una jornada de primavera muy hermosa, pero que su noche me había echado definitivamente a perder.

Lord Caltrey soltó una carcajada.

—Eso explica muchas cosas.

—No estoy seguro de que debamos analizarlas delante de su hija, milord. Podría perjudicarme muchísimo.

Annabelle no pudo evitar sonreír.

—No se preocupe. Puedo ser tan condescendiente como su madre.

—Eso lo dudo, lady Annabelle. Como hijos, ambos sabemos que nadie es tan condescendiente como una madre. —Hizo un gesto

amable hacia lady Eve—. Son amor personificado.

Eso le pareció muy bonito, y también a su madre, que sonrió emocionada.

—Es usted muy gentil —dijo lady Eve.

—Quiere mucho a su madre —añadió Annabelle. No era una pregunta, pero dio esa impresión. La expresión de Noailles varió ligeramente.

—*Je l'aimais...* Por desgracia, nos dejó hace unos años.

—Oh. Lo siento mucho, de verdad. —Todos mostraron consternación en la mesa. ¡Qué metedura de pata! Annabelle miró con pena al francés—. Lamento mucho haberle traído recuerdos tristes.

—*Non! Non, je vous en prie, ma chère.* No tiene nada de qué disculparse. En realidad, me ha hecho el regalo de poder hablar de ella. —Cortó un trocito del ave antes de seguir—. Se reiría de saber que ahora echo de menos sus sermones.

—Seguro que lo sabe —lo animó lady Eve.

—Y que está muy orgullosa de usted —afirmó Annabelle.

No supo por qué había dicho eso, quizá simplemente porque era lo que le hubiera gustado a ella, de estar en su lugar. En cualquier caso, notó que su situación en la mesa cambiaba de algún modo. Noailles la miró con agradecimiento, su madre con cariño y su padre con aprobación.

—Vamos, come, querida —dijo, por primera vez con amabilidad—. Apenas has probado bocado.

Annabelle obedeció y siguió comiendo. La carne de la perdiz estaba tierna y delicada, el puré de apio tenía un sabor suave y encontró las patatas deliciosas, habían sido cocinadas en su punto; pero tan solo logró comer una pequeña parte mientras escuchaba la conversación que había vuelto a iniciarse, y observaba a hurtadillas

al francés.

Noailles era un hombre atractivo, aunque eso ya lo sabía. No de la misma forma que Oliver, al menos para ella, pero el francés poseía otra clase de belleza: la seguridad de quien sabía exactamente cómo comportarse en cualquier ocasión. Aunque, pensándolo bien, no estaba segura de qué iba primero: si la seguridad nacía de saber que era hermoso, o si la impresión de belleza surgía de su seguridad. Ambas posibilidades eran válidas por igual.

Oliver era distinto. Cuando se encontraba fuera de su terreno, tendía a replegarse, como si su primer instinto fuera pasar inadvertido; Noailles hacía justamente lo contrario. Parecía capaz de convertir cualquier habitación en su territorio.

Su padre se quejó de su rodilla y Noailles y él iniciaron una conversación sobre la guerra de los bóeres de la que Annabelle se desconectó por completo y se dedicó a repasar punto por punto lo que le había ocurrido ese día y qué podía hacer, si es que había algo que hacer, para salvar su relación con Oliver.

Cuando retiraron la carne, llegaron los postres. Sirvieron melocotón Melba, crema de vainilla y una fuente de fruta fresca. Annabelle escogió el melocotón, más por hacer algo que por apetito, sin prestar apenas atención a la charla, dominada en esos momentos por Noailles y su padre. Oía sus voces como si llegaran de muy lejos, pero no escuchaba lo que decían.

—No parece muy interesada en la conversación —observó Noailles de pronto, y tenía mucha razón. Había perdido el hilo y no estaba atenta. Ni siquiera sabía de qué habían estado hablando. ¿Seguían con la guerra de los bóeres?

—La verdad, no me extraña. —Su madre le echó un capote con una sonrisa cómplice—. La pobre lleva toda la vida oyendo una y otra vez la historia de la rodilla del coronel Sanders.

Oh, de modo que habían estado hablando de la rodilla derecha de su padre... otra vez. Annabelle suspiró, reprochándose su falta de empatía.

—Lamento molestarte con mis cuitas, hija mía —gruñó el conde.

—Yo soy la que lo lamenta, padre, discúlpame. —Agitó la cabeza—. Estoy cansada.

Noailles sonrió con amabilidad.

—¿Ha hecho mucho ejercicio hoy?

Por su mente pasó una sucesión de imágenes tan tórridas como intensas: Oliver y ella rodando sudorosos entre las sábanas, atrapados en aquella vorágine imperiosa que exigía una satisfacción. Había estado a punto de morir al llegar al clímax, las dos veces. Solo pensar en aquel torrente de placer, sintió que todo su cuerpo se tensaba, ansioso por recibir más.

Noailles y ella se estaban mirando, y lo vio parpadear. ¿Acaso había visto un atisbo de todo aquello en sus pupilas? ¿Había captado alguna de esas imágenes? Sus mejillas se llenaron de calor. Espantada, apartó la vista.

—No... —consiguió balbucir.

—¿Estás bien, Annabelle? —preguntó su madre. Oh, por Dios, claro que no. Iba a morir allí mismo en cualquier momento.

—Sí... —masculló. Los ojos de Noailles parecían haberse vuelto de acero—. Perfectamente.

El francés sonrió y la tensión pareció disolverse poco a poco.

—Lo decía porque sus padres me han hablado de su afición por el tiro con arco —dijo, con tranquilidad—. Y que incluso ha ganado a jóvenes que han competido en los Juegos Olímpicos de Londres. Mis felicitaciones.

Annabelle sonrió, esta vez con un sentimiento de satisfacción que consiguió apartar por un instante todo lo demás.

—Oh... Oh, gracias, sí. No tiene importancia.

—Discrepo. Tiene mucho mérito.

—Ya lo creo que sí —intervino su padre, orgulloso—. Es realmente buena.

El francés la miró interesado.

—¿Nunca se ha planteado competir?

—Oh, no —contestó también su padre—. Una hija mía no va a estar en boca de todos.

Noailles pareció confuso.

—¿Ni siquiera por algo bueno?

—Para una joven, no hay nada de bueno en estar en boca de todos, Noailles.

—Pero...

—No se preocupe —intervino ella—. Para mí nunca ha dejado de ser una afición. Tampoco me ha importado.

—Bueno... Pero que conste que la admiro, milady, y que me ha quedado claro que, si alguna vez huyo de usted por cualquier causa alocada, tendré que correr mucho y tratando de que no disponga de un arco a mano.

—¡Qué cosas dice, monsieur! —dijo lady Eve, alarmada en serio por semejante imagen. Pero Annabelle no pudo por menos que reír.

La conversación continuó unos minutos más y Annabelle consiguió participar en ella sin sentir que cada palabra podía delatarla. Noailles no volvió a hacer ninguna referencia que pudiera interpretar como una alusión a lo ocurrido ni su mirada indicó nada fuera de lo común. Simplemente mantuvo la conversación ligera y agradable a la que los había acostumbrado.

Más tarde, lord y lady Caltrey animaron a Annabelle a que acompañase a Noailles en un paseo por el jardín mientras preparaban su coche para regresar al hotel. Aunque se sentía algo

tensa, no vio cómo negarse, de modo que, seguidos de cerca por una de las doncellas, caminaron junto a las begonias, los pensamientos y las azaleas.

Al pasar junto a los rosales, Annabelle acarició una de las flores de forma inconsciente. Sus pétalos eran suaves, aterciopelados, pero rozó sin querer el tallo y sintió la quemazón del rasguño de una espina.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó él, deteniéndose a su lado al percibir su sobresalto.

—No, no es nada. Gracias.

—No hay de qué. Solo tiene que darme la orden y me batiré a muerte con el rosal, por muy arañado que termine. Aunque sospecho que su madre se molestaría si provocó un desastre en su jardín.

Ella rio.

—Sospecho que no será necesario tal despliegue de gallardía, monsieur. Pero quedo agradecida igualmente.

—Bien. —La miró con una sonrisa—. Ha sido una noche muy agradable, hacen que me sienta como en casa, gracias. —Ella asintió en agradecimiento—. Espero que mañana se encuentre mejor, lady Annabelle, porque tenía pensado preguntarle si querría dar un paseo conmigo por Hyde Park. Me han hablado mucho del lugar, pero aún no lo conozco.

Lo miró sorprendida.

—Oh, es un parque precioso, pero no sé si yo seré la persona adecuada para enseñárselo... Además, no sé si será apropiado.

—*Bien sûr*. Lo será, si usted consiente. —Su voz adquirió un tacto diferente, más profundo—. Milady, no negaré que mi intención esta noche era plantearles la posibilidad de cortejarla. Antes de la cena, mientras la esperábamos, le he pedido permiso a su padre

para hablar con usted, y él se ha mostrado muy satisfecho por ello. —Adelantó una mano con gesto pensativo y rozó con la punta del dedo una rosa. Incluso en la penumbra, se veía que era perfecta, muy bonita, y apenas tembló bajo aquel toque—. Tenía la esperanza de que a usted también le agradara la idea.

—Pero... usted y yo apenas nos conocemos.

—No, por supuesto que no. Y no pretendo imponerle mi presencia ni obligarla a nada en absoluto, milady —añadió rápido, alzando una mano, como intentando tranquilizar a una gacela asustada—. Solo le propongo que nos conozcamos un poco más, para ver si podría surgir entre nosotros una relación que nos hiciera felices a ambos.

Ella siguió negando con la cabeza.

—Me temo...

—Un paseo mañana. Quizá tomar el té pasado, ir al teatro... Dentro de unos días tengo invitaciones para un evento cultural que tal vez le interese, en el Museo Rutshore. Una muestra de mapas antiguos que a lo mejor sea interesante. —Rio, aunque con poco convencimiento—. Aunque diría que no es el mejor plan que ofrecer a alguien a quien se desea empezar a cortejar...

El corazón de Annabelle había dado un brinco. Esa muestra debía ser la que había mencionado Oliver, esa en la que iba a participar. Y, hasta ese momento, no se había planteado cómo iba a poder volver a verlo. Dudaba de que él se presentase a buscarla y ella no podía regresar por sus habitaciones, no podía pedirle a Lorna otra vez lo mismo, sobre todo teniendo en cuenta el susto que le había dado al tener que subir a buscarla.

No, no podía volver por su cuenta por The Albany. Pero bien podía asistir al evento de Oliver y encontrarse con él allí, a ver qué pasaba. Solo tenía que esperar un par de días y confraternizar un

poco con Noailles. No parecía algo tan difícil. Tenía el raro don de hacerla sentir cómoda. Y había dejado claro que se trataba de un hombre amable, educado y muy ingenioso.

A diferencia de Oliver, se dijo con amargura, la hacía reír.

—Está bien —le dijo. El elegante coche del francés apareció entonces por el sendero, traqueteando ruidosamente en la noche, y se encaminaron hacia él mientras Annabelle pensaba en lo complicada que se había vuelto su vida—. Mañana iremos a Hyde Park.

Capítulo 8

No se quite mérito, señor Cartwright

La impresionante sala principal del Museo Rutshore estaba mucho más concurrida de lo que Annabelle había imaginado.

Entró en ella acompañada de Noailles y de sus padres, abriéndose paso con cierto esfuerzo entre el nutrido número de visitantes, sobre todo por el bastón y el caminar rígido del coronel Sanders. Toda la alta sociedad londinense parecía haberse reunido allí y se movía de un lado a otro, entre vitrinas y atriles, con una copita de champán o un abanico en la mano. En el aire flotaba la música suave de un cuarteto de cuerda que no alcanzó a localizar en un primer momento.

—Vaya... —dijo su padre—. Nadie puede negar que la exposición está siendo todo un éxito. —Miró alrededor—. Habrá que felicitar al joven Cartwright en cuanto lo localicemos.

—Quizá no sea posible —replicó lady Eve, quien en realidad quería decir que «ojalá no fuera posible». Annabelle sintió su mirada de reojo. Ojalá sus padres no estuvieran allí. Hubiera preferido que Noailles no los hubiera invitado, aunque entendía que era lo correcto. Pero su madre estaba alerta, como siempre que podía encontrarse Oliver cerca.

—No exageres, querida —replicó su esposo, sin percatarse de lo que pasaba. Señaló hacia unas grandes puertas abiertas: al otro lado podía verse una mesa engalanada en la que se servían té, pasteles y copas de champán, junto a toda clase de exquisiteces, con numerosas cubiteras en las que se mantenían botellas en hielo. Varios camareros se ocupaban de atender con eficacia a los invitados. Se avistaban también varios sofás y sillones, donde charlaban animadamente damas y caballeros—. Ven, vamos a tomar una copa de champán y me siento un rato, que me duele la rodilla. Dejemos solos a los jóvenes, que exploren por la sala.

—¿Quiere que lo ayude a llegar hasta los sofás? —preguntó Noailles, que ya había ido caminando delante, apartando a la gente—. Como ya ha visto, se me dan bien las tareas de escolta.

Lord Caltrey rio con ganas.

—No es necesario, pero se agradece, muchacho.

—¿Puedo contar con que cuidará bien de Annabelle, monsieur? —preguntó lady Eve, no demasiado satisfecha con la propuesta de su esposo.

El francés se llevó una mano al corazón mientras le dedicaba una elegante reverencia.

—Con mi vida, milady. Soy un caballero, y le recuerdo que Lancelot du Lac era francés. Como él, empeño mi honor en la causa.

—Oh, muy bien —replicó la mujer, complacida. Se alejaron hacia la zona de descanso y Annabelle rio.

—Lancelot du Lac no era francés, monsieur.

Noailles se llevó una mano al pecho, exactamente igual que antes, pero ahora fue muestra de sobresalto. Su rostro mostraba consternación.

—*Sapristi!* ¿Está usted segura?

—Por completo. Nuestra institutriz nos explicó la historia cuando

éramos niñas. —Había sido lady Deelright, pero optó por no mencionarlo; no quería embarcarse en explicaciones sobre antiguas institutrices convertidas en condesas—. Lancelot era un caballero de la corte del rey Arturo. —Sintió una oleada de tristeza—. Amaba a la reina Ginebra y aquello terminó bastante mal.

—Ya, eso creo que lo sabe todo el mundo... Pero ¿está segura de que no era francés?

—Completamente. La historia se escribió en Francia, de ahí el nombre, supongo, pero Lancelot pertenecía a la corte del rey Arturo, como le digo. A mí también me sorprendió saberlo, por eso me acuerdo.

Noailles suspiró.

—Milady, acaba usted de arruinar una de mis mejores razones para ser un caballero.

Ella arqueó una ceja. Empezaba a conocerlo.

—Algo me dice que usted ya lo sabía.

—En realidad, no tenía la menor idea. Las leyendas artúricas no son mi fuerte —reconoció él, lanzando una risita, y le ofreció el brazo—. Pero debe admitir que sonaba convincente.

Caminaron por la gran sala, comentando cuánto iban viendo. El lugar estaba ciertamente precioso: las paredes habían sido cubiertas de grandes mapas, divididos por épocas. Algunos estaban enmarcados y protegidos por cristal; otros, demasiado grandes para algo así, colgaban de estructuras de madera que permitían contemplarlos sin necesidad de acercarse demasiado.

Por lo que le contó Noailles —que leía ocioso el elegante tríptico que entregaban en la entrada—, en la exposición, llamada «El mundo visto a través del tiempo», había mapas auténticos, históricos y de gran valor, prestados para la ocasión por coleccionistas particulares y por otras instituciones; pero también

había reproducciones fidedignas de piezas cuya fragilidad o valor hacía imposible su traslado.

La iluminación había sido dispuesta de manera que no deslumbrara las superficies protegidas. Bajo las lámparas se distinguían costas, cordilleras, ríos apenas conocidos y nombres escritos en latín, francés, italiano o castellano. En algunos mapas, las tierras parecían extenderse con una seguridad que no correspondía en absoluto a los conocimientos que habían existido cuando fueron trazados; en otros, los espacios en blanco recordaban cuánto había tardado el mundo en dejarse conocer. Y también, que aquel era un trabajo que todavía no se había terminado del todo.

Había globos terrestres y celestes sobre sus soportes, algunos pequeños y delicados, otros de considerable tamaño. Una esfera armilar de latón dorado descansaba dentro de una vitrina, rodeada de instrumentos de navegación y astronomía. En otra, un astrolabio mostraba sus finos círculos grabados.

Pero lo que más le llamó la atención fueron los libros. Varias vitrinas inclinadas contenían grandes volúmenes abiertos por páginas cuidadosamente escogidas. En algunas podían verse mapas impresos; en otras, dibujos de ciudades, costas y regiones del mundo conocido. Annabelle se detuvo un instante ante uno de ellos. Las letras negras eran diminutas y las ilustraciones, a pesar de su antigüedad, conservaban una delicadeza extraordinaria.

—Parece imposible que alguien pudiera dibujar todo esto sin haberlo visto, ¿verdad? —murmuró.

—Yo hubiese sido incapaz incluso habiéndolo visto —replicó Noailles, y ambos rieron. Annabelle se volvió hacia él para continuar con la chanza, pero se quedó paralizada y la sonrisa se apagó en sus labios.

Oliver estaba al otro lado de la sala, junto al comisario de la

exposición, hablando con un caballero de edad avanzada que acababa de preguntarle algo. Llevaba un traje oscuro y tenía aquel aire sereno y controlado que Annabelle encontraba tan atractivo y familiar.

Sus ojos se encontraron casi de inmediato. El contacto solo duró un instante, una ínfima parte de un segundo, pero fue suficiente para que Annabelle sintiera que se le encendían las mejillas y se le aceleraba el corazón. No habían vuelto a verse desde la noche en The Albany: tal como se había temido desde un principio, él no había hecho nada por contactar. Eso era lo que más le dolía. Eso fue lo que le reprochó con la mirada en ese momento.

Oliver pasó la vista de ella a Noailles, y luego de vuelta. Su expresión no cambió. Si pensaba decir o hacer algo, no llegó a saberlo, porque otros dos hombres se acercaron a él y empezaron a hablarle.

—¿Se encuentra bien?

La voz de Noailles la devolvió a la realidad.

—Eh... Sí, desde luego. Perfectamente.

El conde miró hacia Oliver y luego la observó con una leve sonrisa.

—Por supuesto.

Annabelle le dirigió una mirada de advertencia, pero Noailles no perdió su aire divertido. Gracias al tiempo que habían pasado juntos, había adquirido con ella una confianza que, sin llegar jamás a la impertinencia, le permitía pequeñas bromas.

Continuaron avanzando por la sala —al parecer sin rumbo ni mayor interés en nada concreto, aunque Annabelle procuraba no perder de vista a Oliver, ahora rodeado por otros tres hombres que parecían estar felicitándolo— y se detuvieron ante una enorme reproducción de un mapamundi medieval.

Noailles dejó vagar la vista hacia otro libro expuesto en atril de cristal, que mostraba un mapa de África. Caminó hacia allí con las manos a la espalda y se inclinó ligeramente para examinarlo.

—Este parece interesante... —dijo.

Era un mapa antiguo, lleno de nombres, ríos y perfiles de costa que a los ojos de Annabelle resultaban casi imposibles de interpretar.

—¿Sabe qué estamos mirando? —preguntó ella, intrigada.

—Por supuesto. —Annabelle lo miró con sorpresa. Noailles sostuvo su expresión durante un par de segundos antes de señalar el cartel que daba la información y leerlo en voz alta—: Costa septentrional de África.

Ella no pudo evitar una risa.

—Ah.

—Lo lamento. Hasta ahí llega todo mi conocimiento cartográfico. Aunque reconozco que estaba usted tan expectante que he estado a punto de inventarme algo para no decepcionarla.

Annabelle asintió.

—Me había parecido que iba a explicarme algo.

—*Mon Dieu...* No cometa el error de confundir mi seguridad con conocimiento.

Annabelle volvió a reír.

—Entonces ¿por qué lo ha escogido?

—Porque parece importante. —Agitó la mano frente al cristal que protegía el libro con el mapa—. Y porque está lleno de líneas. Cuando un hombre pone tantas líneas en un papel, supongo que debe de tener algo que decir.

Annabelle estudió el mapa con curiosidad.

—Creo que son costas.

—Eso sospechaba. —El conde inclinó la cabeza, estudiándolo con una concentración algo teatral. Annabelle suspiró. Casi le entró la

risa—. Aunque no entiendo por qué algunas son tan precisas y otras no.

—Porque quienes las trazaron no conocían todas las regiones.

—Ah. —El francés frunció el ceño y se volvió hacia ella—. Entonces sí que hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—Si no conocían una región, ¿por qué la dibujaban? ¿No hubiera sido más lógico dejar esa zona de mapa en blanco? —Annabelle abrió la boca para decir que no tenía ni idea, pero antes de responder él sonrió—. Veamos qué nos cuentan los expertos. —Hizo un gesto hacia Oliver, que acababa de terminar su conversación con el comisario y estaba pasando cerca. Annabelle sintió que el corazón le daba un vuelco—. *Excusez-moi*, monsieur, ¿me permite un momento?

Oliver se detuvo. La miró a ella serio; a él, con intriga.

—Por supuesto —dijo.

—Me ha parecido que estaba informando a los visitantes. ¿Forma usted parte de la organización? Teníamos algunas dudas sobre unas líneas de este mapa y... —Los miró alternativamente—. Perdón. Ustedes ya se conocen, ¿no?

Annabelle tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la compostura.

—Sí. —Optó por presentarlos, qué remedio—. Oliver Cartwright, uno de los organizadores. Oliver, te presento a monsieur *le comte* de Noailles, un amigo de mi padre.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Un placer, monsieur —dijo Oliver.

—Igualmente, señor. —Noailles se tocó la punta de la nariz con el índice—. Cartwright, Cartwright... ¿No han hablado de usted en los periódicos recientemente? El joven explorador que se ha

internado en... no sé, algún rincón oscuro de África.

Oliver compuso una expresión de circunstancias.

—No se crea mucho lo que lee.

La sonrisa de Noailles adquirió cierto tinte sibilino.

—No suelo hacerlo, se lo aseguro. Pero se ha hecho famoso. Algo de unas rutas... No sé —Rio—, me pierdo por esas tierras.

—Unas rutas por África central —le ayudó Annabelle, recordando aquel artículo. Sus ojos se cruzaron con los de Oliver, y se quedaron allí. Lo conocía bien, pese al tiempo que había pasado lejos. Estaba nervioso, tenso. Casi podía ver su alma al otro lado de aquellas pupilas tan azules—. Las que podrían facilitar las comunicaciones hacia el interior del Congo.

—Oh. —Noailles se mostró educadamente asombrado—. Eso debe ser muy importante.

El tono, algo condescendiente, molestó a Annabelle.

—Lo es, sin duda —replicó, sin poder evitar que se notase su irritación—. El señor Cartwright ha encontrado pasos que podrían ahorrar semanas de viaje a través de un territorio muy difícil.

—Ah. ¿Eso es cierto? —preguntó Noailles, con mayor formalidad. Oliver se encogió de hombros.

—Sí. Pero suena más importante de lo que es.

—No se quite mérito, señor Cartwright. —Annabelle frunció el ceño—. Todo el mundo habla de la importancia de esos pasos.

—Lo sé. Pero la realidad es que todas las rutas del mundo han sido descubiertas en algún momento, y luego se convierten en lo que son de verdad: simples caminos, como tantos otros.

—Es el don de la oportunidad, sí. —Volvió a mirar de uno al otro. Parecía divertido con la situación, aunque con Noailles siempre ocurría lo mismo—. Veo que su relación es más íntima de lo que suponía.

Annabelle abrió mucho los ojos y se ruborizó violentamente.

—¿Por qué lo dice?

—Porque acaba de tutearlo, milady —replicó él, confuso—. Al presentarnos. Y porque, además de conocerlo bien, ha salido en su defensa ante un comentario quizá desafortunado que he hecho. Solo por eso. ¿Ocurre algo?

—No, no...

—Nos conocemos desde niños —explicó Oliver, saliendo en su ayuda, supuso—. Y milady siempre ha tenido la amabilidad de ofrecerme su amistad.

—Oh, entiendo. —Noailles sonrió comprensivo. Luego, como si aquel asunto no mereciera más atención, señaló el mapa—. Verá, señor Cartwright, estábamos intentando entender algo de este mapa. Y de otros, en realidad.

Oliver miró la pieza.

—¿Le interesan los mapas, monsieur?

—Ah... —Noailles usó su sonrisa más simpática—. Como ya habrá deducido de nuestra conversación, no mucho. Solo soy un noble parisino, señor Cartwright, y bastante urbanita, no un aventurero como usted —se disculpó—. Lo único que me han enseñado a leer es poesía francesa que raramente entiendo y cartas amorosas. —Señaló hacia el atril con el mapa en el libro—. Reconozco que sus mapas me parecen... hermosos, intrigantes incluso; pero no estoy seguro de que eso pueda considerarse interés.

Oliver sonrió y asintió.

—¿Qué quería saber?

—*Oh, oui*, verá. Estamos intrigados... ¿Por qué los hombres dibujaban territorios que no conocían? ¿No hubiera sido mejor dejar esa zona en blanco?

Oliver contempló el mapa durante unos segundos.

—Eso lo hacían en sus mapas de trabajo, como lo hago yo. Pero con estos querían mostrar a los hombres cómo era el mundo tal y como se conocía en el momento y necesitaban representarlo de alguna manera. A veces utilizaban relatos de viajeros, cartas anteriores o información proporcionada por navegantes. Y, cuando no tenían datos suficientes, completaban los espacios con lo que creían probable.

—¿De modo que podían equivocarse?

Oliver sonrió.

—Sin duda alguna. Constantemente.

—Vi un mapa que mostraba a California como isla —dijo Annabelle, al recordarlo, antes de darse cuenta de dónde y cuándo lo vio. Se interrumpió y tragó saliva, nerviosa—. No recuerdo dónde...

El francés la miró con curiosidad.

—Qué interesante. —Se volvió hacia el mapa y luego a Oliver—. Eso me tranquiliza. Durante unos minutos había pensado que el error era mío. Pero no: puedo seguir albergando el sueño de que Francia es el país más grande del mundo.

Tomado por sorpresa, Oliver soltó una breve carcajada. Eso terminó de romper el hielo entre ellos y empezaron a charlar con más confianza.

Inmóvil a un par de pasos, Annabelle los observó en silencio. Había algo extraño en contemplar a ambos hombres hablando con naturalidad. Noailles parecía divertido, aunque eso ocurría siempre; Oliver, aunque cauteloso, no estaba incómodo, lo cual era en cierta forma una novedad. Congeniaban, estaba claro. Y por alguna razón, eso le provocó un cierto desasosiego.

Oliver trataba de mostrar normalidad; ella también. Sin embargo,

cada vez que sus ojos se encontraban, había algo que ninguno de los dos podía ocultar. Y, por la pequeña sonrisa que mostraba el rostro de Noailles, Annabelle comprendió que no se le había escapado el detalle.

Un caballero de cierta edad y enorme barba se acercó a ellos. Llevaba en la solapa una pequeña medalla de la Royal Geographical Society que Annabelle reconoció enseguida.

—Señor Cartwright, ¿podría venir un momento? —pidió con amabilidad—. Lord Bellmart quiere hablar con usted.

—Sí, por supuesto. Voy en seguida. Van a tener que disculparme —les dijo a Annabelle y Noailles—. El deber me reclama.

—No se preocupe, señor Cartwright —replicó el francés—. No me gustaría monopolizarlo en un día tan señalado. Por cierto... ¿Lord Bellmart es el famoso filántropo?

—Sí... —admitió Oliver, y añadió algo a regañadientes—: Es muy posible que financie mi próximo viaje. —Annabelle se sobresaltó y él se dio cuenta. Quizá Noailles también.

—Oh. ¿Cuándo será eso? ¿También irá a África?

—Así es, volveré a África. El cuándo, todavía no lo sé. Hay muchas cosas que preparar.

—Comprendo. Muchas gracias por la charla. —Noailles le tendió la mano de nuevo—. *En tout cas*, por si no volvemos a vernos, ha sido un placer conocerlo.

Oliver se la estrechó.

—Igualmente. —Se inclinó y luego se volvió hacia Annabelle—. Milady...

Ella no contestó. Estaba demasiado consternada por la noticia de su próximo viaje. Iba a irse. No le importaba nada, absolutamente nada, lo que había pasado entre ellos ni lo que pudiera sentir ella. No la quería. Volvía a marcharse.

Logró mantenerse erguida e inexpresiva hasta que Oliver se fue. Luego, la pena la envolvió por completo y estuvo a punto de ahogarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Luchó por contenerlas.

—¿Milady? ¿Se encuentra bien? —le preguntó Noailles, escrutándola con atención. Parecía preocupado. Quería decirle que sí, quería sonreír y que nada de aquello le importase, pero no podía. Apenas era capaz de contener aquella marea de emociones. Sería horrible ponerse a llorar allí.

—Yo... —susurró—. Por favor, sáqueme de aquí...

El francés no perdió tiempo en pedir explicaciones. La tomó por el brazo y empezó a llevarla, con delicadeza, pero también con determinación, hacia una de las puertas laterales.

Capítulo 9

El amor se abre paso a través de los tiempos...

Annabelle y Noailles dejaron atrás el murmullo de la sala principal, y se internaron por un pasillo que conducía a diversas secciones del museo.

A través de las lágrimas que nublaban sus ojos, Annabelle vio una sucesión de puertas idénticas y luego dos más grandes, acristaladas y marcadas con carteles en los que se anunciaban espacios dedicados a Egipto y el Mediterráneo oriental. Noailles entró en el primero —la joven supuso que lo eligió por pura casualidad, le quedaba más cerca— y la arrastró con él.

La sección dedicada a Egipto —que en realidad ocupaba varios pisos del edificio, comunicados entre sí por una estrecha escalera de caracol exclusiva de aquella zona— era la más grande del museo, y contenía su colección más completa y más antigua. La primera vez que las llevó allí, lady Deelright les había explicado que eso se debía a que, en sus inicios, el Museo Rutshore había estado centrado casi por completo en la egiptología.

Eso tenía una explicación muy sencilla: el marqués de Rutshore que lo fundó —lord Edward Truswell, un hombre guapísimo a decir

del retrato del elegante vestíbulo y que había enamorado a Lorna de pequeña— había sido un infatigable egiptólogo y un autor muy prolífico, además de espía para la Corona británica, si los rumores no se equivocaban.

A lo largo de su vida, lord Rutshire escribió varios libros, la mayor parte fruto de sus estudios e investigaciones históricas sobre el antiguo Egipto, pero también uno que las encantó, una especie de biografía novelada titulada *Una tarde en el Támesis*, en la que explicaba la forma tan sorprendente en que se habían conocido su esposa —lady Harriet, de soltera Waldwich Saint-George, hija del conde de Trammheran— y él, básicamente gracias a una apuesta y una venganza.

Lady Harriet tenía ascendencia francesa por parte de madre, y todos la llamaban lady Harry. Eso no solo las sorprendió, sino que las llenó de admiración. ¡Se dirigían a ella por un nombre de varón, qué atrevimiento! Lo hacía hasta su esposo, que en el libro se refería a ella como «Harry».

Además, aquella mujer tan poco convencional también había tenido su propio papel en el mundo erudito de la Historia. Había escrito varios libros sobre egiptología, había traducido del francés muchos más y había realizado grandes aportaciones. Había acompañado a su esposo en todos sus viajes e investigaciones, incluso había tenido alguno de sus hijos en Egipto, donde habían vivido durante largas temporadas.

Según el retrato que acompañaba al de su esposo en el vestíbulo, idénticos ambos en tamaño y relevancia, había sido una hermosa mujer de cabello y ojos negros, y mirada muy inteligente. Annabelle la admiraba mucho. Nunca se había parado a pensarlo, pero de pronto se dio cuenta de que se sentía extrañamente identificada con ella: lady Harry también se había enamorado de un

hombre incapaz de permanecer quieto en Inglaterra, un viajero a la búsqueda del conocimiento.

Pero lady Harry había optado por sujetar con fuerza las riendas de su vida y seguirlo allá donde fuera, sin importarle qué dijera nadie... Quizá ella debería tomar buena nota de esa decisión y actuar también en consecuencia.

Pero ¿estaría a la altura de algo así? Lady Harry sí, porque debía haber sido por demás magnífica. Tal como se contaba en el libro de su esposo, hasta había descubierto a un espía francés al que conocían como el Dragón, una especie de *Le Spectre*. ¡Eso las había entusiasmado! Helen había querido incluirla como personaje habitual en las historias del Ministerio del Cuervo Silencioso, y no dejaba de lamentarse de que, al ser invierno y estar todo muy nevado —en aquel momento se encontraban cercanos a la Navidad—, le resultaba muy complicado imaginarse corriendo por las dunas del desierto mientras disparaba a diestro y siniestro perseguida por una horda enfurecida de mamelucos.

Annabelle habría sonreído con ganas ante aquellos recuerdos, pero estaba demasiado consternada. Se limitó a dejarse llevar y apenas fue consciente de que la sala en la que entraron finalmente estaba llena de expositores de madera y cristal. En ellos se mostraban numerosas piezas de pequeño tamaño: reproducciones de inscripciones, pequeñas esculturas, objetos religiosos y algunos dibujos de monumentos.

Noailles soltó su brazo y se detuvo junto a una figurita de la diosa Maat, tal como indicaba la tarjeta de su base.

—Siempre me ha interesado mucho Egipto —musitó el francés, estudiando la estatua con curiosidad, aunque Annabelle supuso que estaba dándole tiempo para recomponerse. Se llevó una mano al ojo derecho, donde temía encontrar una lágrima. El francés le tendió al

momento un pañuelo impecable—. Napoleón intentó conquistarlo, y aunque la campaña terminó fracasando, la expedición científica que la acompañó dejó como resultado su monumental *Description de l'Égypte*. Mandó más de ciento cincuenta científicos, eruditos y artistas civiles, conocidos como los *savants*, o sabios, junto con cientos de grabadores. ¿Lo sabía? —Ella asintió. Juliet les había hablado de ello. Noailles sonrió con amabilidad, intentando infundirle ánimos—. Si le parece bien, podemos estar aquí un momento, charlando del pasado, lo único cierto que hay en nuestras vidas, hasta que se calme. Y no se preocupe, si nos descubren, me casaré con usted.

La inesperada broma casi la hizo reír. Pero sí, aquello suponía un peligro real. Si los encontraban juntos, los rumores sacudirían como un terremoto todos los salones de Londres durante meses, y su boda sería requisito imprescindible si quería volver a ser aceptada en sociedad.

—Muy amable, pero no sería justo con usted, monsieur. Mejor volvamos —pidió, empezando a dirigirse hacia la puerta. No se sentía recuperada del todo, pero sí mucho mejor. El problema iba a ser disimular frente a sus padres, que la conocían bien. Y cada vez que recordaba que Oliver estaba planeando irse cuanto antes, sin que le importara nada lo que había ocurrido entre ellos, sentía un aguijón en el corazón. Ojalá hubiese podido meterse en un rincón y dejar pasar el tiempo—. Además, aunque se casara conmigo para salvar mi reputación, conozco bien a mis padres, y sé que no les gustaría pasar por semejante escándalo.

—*Eh bien*, a ellos hasta les gustaría que ocurriera, milady. Si se tratara de algo ligero como esto, claro está, un escándalo menor, me refiero. —Ella se paró en seco y parpadeó. Giró sobre sí misma y lo miró. Noailles la observaba y se encogió de hombros con

ecuanimidad—. Su padre se mostró encantado con mi propuesta, ya se lo dije. Y, desde la otra noche, cada vez que estamos a solas me pregunta si ya he hablado con usted, si va todo como esperamos...

—No quiero hablar de eso ahora, monsieur.

Él hizo una mueca.

—Yo sí. No de nuestra relación en sí, entiéndame, no pretendo presionarla en absoluto —añadió al momento, para calmarla—. Pero quiero... tener yo claras las cosas, seguro que lo comprende.

—Sí —reconoció Annabelle, sintiéndose un poco culpable. Lo había alentado un poco, solo por conseguir que la llevase a esa exposición. De algún modo, tenía la impresión de que había jugado con él—. Supongo que sí.

—*Ma foi*. Menos mal. Le aseguro que no estoy acostumbrado a dar tumbos tras nadie —eso era seguro. Noailles era demasiado guapo como para haber conocido la amargura de un amor no correspondido; si ella no le concedía su atención, era porque su corazón ya estaba ocupado por Oliver Cartwright— ni, mucho menos, a molestar a ninguna dama con mis pretensiones. Tenemos que hablar —insistió—. Pero antes, prefiero que se calme. Podríamos charlar, sin más. —Miró alrededor—. Dígame, ¿conoce esta parte del museo? ¿Hay alguna pieza egipcia que le guste especialmente?

Annabelle abrió la boca para descartar aquella propuesta de conversación banal —o cualquier otra—, pero cambió de idea y volvió a cerrarla. Noailles no dejaba de tener cierta razón, necesitaba calmarse y no le apetecía nada volver para encontrarse con la mirada perspicaz de su madre, de modo que asintió.

Además, eso le sugirió una idea que los alejaría un poco más de otros posibles grupos de invitados al evento.

—Venga conmigo —le dijo con voz neutra, y lo guio hacia la escalera de caracol para ir a la sala de la planta baja en la que

estaba la sacerdotisa Nefer-Anjet-Ast, la pieza más famosa del museo Rutshore, incluso a pesar de los muchos años transcurridos desde que la llevaron.

El sarcófago estaba abierto —la momia, de un tono muy oscuro, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía muy frágil y pequeña—, con la tapa a un lado para que pudiera admirarse la belleza de sus pinturas, aunque todo el conjunto estaba protegido tras una estructura de cristal.

También estaba allí dentro el templete canópico, la caja donde se guardaban sus vasos canopos. Los de Nefer-Anjet-Ast eran pequeños jarrones con las tapas talladas con forma de cabeza humana, porque, al parecer, en aquella época del pasado egipcio, se hacían con el rostro del difunto. Por eso, los de la sacerdotisa mostraban el rostro de una joven muy bella, cuyos ojos habían sido pintados de verde.

Lady Deelright les había explicado que en esos recipientes se guardaban por lo general las vísceras del fallecido tras la momificación, y luego Annabelle había leído al respecto en el librito que vendían en la entrada del museo, aunque no era un tema que le pareciese especialmente agradable. Pero había llamado su atención el hecho de que Nefer-Anjet-Ast no había sido eviscerada, y que sus vasos canopos solo contenían semillas, papiros y la talla de un gato.

Por lo demás, todo el lugar estaba decorado con frescos que cubrían por completo las paredes. En ellos, imágenes muy realistas ilustraban sobre cómo debió ser el mundo en el que vivió la joven sacerdotisa, desde los palacios impresionantes que podían ser de Tebas o Menfis hasta los campos verdes del delta, pasando, por supuesto, por las asombrosas pirámides con su esfinge.

Incluso se la veía a ella, a la joven Nefer-Anjet-Ast, en lo que podía ser la entrada de un templo lleno de esplendor, tal como la

había imaginado el artista a partir de los rasgos que podían deducirse de la momia: una mujer bellísima, de larga cabellera negra, piel dorada y ojos muy verdes, que miraba serena al frente, ataviada con su parafernalia religiosa. El viento agitaba con suavidad el lino blanco de su túnica y la luz de un sol perdido arrancaba destellos de sus joyas de plata y daba intensidad al lapislázuli.

Desde aquel fresco, Nefer-Anjet-Ast contemplaba a sus visitantes envuelta en una extraña quietud, indiferente a los restos que descansaban cerca.

Como si no tuviera ninguna relación con ellos, porque era eterna.

Noailles avanzó impresionado hacia el retrato de tamaño natural.

—Tiene... tiene los ojos verdes... —susurró, casi reverente, como si él no los tuviera también de ese color. O como si ningún antiguo egipcio los hubiera tenido, cuando era evidente que sí, aunque se tratase de una rareza.

Pero Annabelle sabía que era algo que sorprendía siempre: en pleno 1909, con las novelas coloniales y las ilustraciones de moda dictando cómo debía lucir una mujer del Nilo, el público general solo imaginaba miradas de un negro profundo. La de Nefer-Anjet-Ast rompía todos los esquemas de la época, los estereotipos de pieles oscuras y ojos azabache que llenaban las crónicas arqueológicas de los periódicos.

—Así es. —Annabelle señaló hacia donde podían verse varios textos expuestos en vitrinas de cristal. Junto a cada papiro estaba su traducción—. Lo supieron por los textos. Aunque los vasos canopes daban una idea.

Él asintió.

—¿Quién es? —preguntó con un susurro reverente.

—Se llamaba Nefer-Anjet-Ast, que significa «Belleza viva de Isis». Era sacerdotisa de Isis. En la entrada venden un librito con su

historia. Descubrieron muchas cosas interesantes cuando le hicieron la autopsia.

—¿Le hicieron la autopsia, en serio? —Noailles se mostró sorprendido—. ¿A una momia?

—Sí, no es algo tan raro, créame. Esto ocurrió... no sé, por 1830, si no recuerdo mal. —Él se mostró impresionado. Habían pasado más de setenta años—. Entonces encontraron ese pergamino. —Señaló de nuevo hacia las vitrinas con los textos, aunque esta vez indicó uno en concreto—. Ahí puede leer unas palabras escritas hace miles de años.

Noailles, que evidenciaba un genuino interés, no se hizo de rogar. Se dirigió hacia allí y clavó los ojos en el texto.

«Escuchad, oh, Dioses, yo, Neb-J(ilegible)e —¡Vida, Salud, Fuerza!—, Horus encarnado, Toro Poderoso, Señor del Alto y el Bajo Egipto, escribo esto de mi propia mano y os digo que esta es Nefer-Anjet-Ast, mi (ilegible). Su amor fluye por mi cuerpo como el gran río por la Tierra Negra, y mi corazón sufre por su ausencia. ¡Mirad! La pena es un mar profundo (en el que) se ahoga.

»¿Por qué la rechacé, cuando no podía vivir sin ella? ¿Por qué no impuse lo que me dictaba el corazón sobre todo lo demás? Qué inmenso pecado cometí, profundo como el gran río... ¡Era un regalo de Isis! Merezco el castigo de este sufrimiento.

»He aquí lo aprendido con inmensa amargura: jamás debe despreciarse un obsequio, y menos uno tan precioso como el amor. Ahora, me consta que lo cambiaría todo, absolutamente todo, solo por sentir otra vez (ilegible) de su mano en la mía y regresar al día (ilegible) primer beso.

»¡Qué felicidad! El mundo brillaba a mi alrededor y lo creía todo posible. Nefer-Anjet-Ast llevaba una flor en el cabello. Su perfume (me envuelve) como entonces. (ilegible) los jardines.

»Sabed, Dioses, que era perfecta. Que sus inmensos ojos verdes, grandes como Ineb-hedy, impresionaron al mundo, y yo me moría por verlos. Era hermosa, era única. Por eso, os la envió tal cual la amé y os confío a vosotros su eternidad. Proteged su Ka, proteged su Ba.

»Cuidadla hasta que me (ilegible) en los campos de cañas, para compartir con ella la vida de los millones de años».

—De modo que nuestra joven Nefer-Anjet-Ast fue protagonista de un romance —dijo Noailles.

—Así es. Por lo que sé, vivió muy poco, pero debió disfrutar de momentos maravillosos. Y tuvo un gatito llamado Miu. —Sonrió nostálgica—. Mi amiga, lady Lorna, adoraba en particular esa parte de la historia y ha bautizado Miu a un buen número de sus gatos.

—¿Ha tenido muchos?

Annabelle rio.

—Oh, sí. También los adora, casi tanto como lo hacían en Egipto —añadió, bromeando.

Noailles sonrió con cierta condescendencia.

—¿Y qué parte de la historia le gusta más a usted?

Ella parpadeó. Sus ojos volvieron a los restos de la sacerdotisa. ¡Era tan difícil imaginar que había sido una persona! Que se había movido, reído y sentido como lo hacía ella misma en ese momento. Que había tenido ilusiones y había amado.

Y sin embargo...

—Que una vez, se puso una flor en el pelo y le dieron su primer beso... —musitó con voz queda. Hubo un momento de silencio. Cuando volvió los ojos hacia Noailles, se sorprendió por la intensidad de su mirada. Casi tuvo la impresión de estar ante otro hombre: uno menos superficial, más intenso. Incluso más oscuro, pero también más real. Se sintió incómoda; carraspeó y buscó rápidamente otra cosa que decir—. Esa palmera... —indicó, caminando hacia la puerta acristalada que daba a un precioso jardín. En su centro crecía una palmera de buen tamaño, muy hermosa— es la llamada «Palmera Milenaria».

—¿Milenaria?

—Sí. Es una de las atracciones más visitadas del museo. Verá, como ya le dije, es llamativo el hecho de que Nefer-Anjet-Ast no fuera momificada de la forma habitual. Y, por eso, en los vasos canopos —los señaló con un dedo— no estaban sus vísceras. Al principio pensaron que estarían vacíos, pero no: encontraron un pergamino y la estatuilla del gatito Miu, además de semillas de flores y de palmeras. Todos ellos eran símbolos de su amor. —Noailles miró hacia el exterior con gravedad. Las largas hojas de la palmera se movían suavemente con la brisa—. Ese árbol, esa palmera que ve, nació de una semilla que permaneció dormida durante milenios. Un milagro.

Durante un momento, los dos miraron hacia el exterior en silencio.

—Yo no sé si creo en Dios —dijo de pronto el francés, con aquella seriedad tan poco habitual en él, pero que Annabelle ya había atisbado en un par de ocasiones—. En realidad, sé que no. Sin embargo, en momentos así, hasta yo debo reconocer que existe lo maravilloso.

—Sí... No hubiera podido decirlo mejor.

Él asintió.

—¿Y las otras semillas?

—Por lo que sé, no consiguieron fructificar ni en el excelente invernadero que tiene este museo ni en Oxford, donde intentaron recuperarlas de mil maneras distintas.

—Qué pena. ¿De qué eran?

—No recuerdo... Espere, igual lo dice aquí. —Caminó hasta la cartulina que informaba sobre los vasos canopos y leyó con rapidez—. Sí. Semillas de jazmín árabe, de lirios y de narcisos.

—Vaya... Hubiese sido impresionante tocar y oler esas flores milenarias.

—Sí. Bueno, al menos tenemos la palmera. Y la historia de Nefer-Anjet-Ast, que no se ha perdido.

—*En effet*. —Le sonrió—. Yo le agradezco mucho que me la haya contado, es fascinante. *Merci*.

—De nada. Ha sido un placer.

—*Oui*... —Suspiró y se cruzó de brazos—. ¿Se da cuenta de que su historia habla de que el amor no conoce de niveles sociales? ¿Que se abre paso, porque sí, a través de la moral, del tiempo o de las convenciones de cada época?

Annabelle apretó los labios.

—Supongo... —susurró.

Noailles le ofreció una sonrisa amable.

—*Alors*, teniendo eso en cuenta, voy a hacerle una pregunta muy sencilla y a la vez muy complicada, milady, y le ruego por favor que sea sincera en su respuesta.

Capítulo 10

¿Hay algo especial entre el señor Cartwright y usted?

Annabelle lo estudió intrigada. El tono de la conversación había cambiado otra vez. Ya no hablaban de Egipto.

—¿Qué pregunta? —inquirió sin comprometerse.

Los ojos verdes de Noailles parecían de pronto hechos de puro acero. La escrutaron sin vacilación.

—¿Hay algo especial entre el señor Cartwright y usted?

Annabelle sintió que el calor le subía al rostro de inmediato.

—¿Especial? No sé a qué se refiere...

—*Allons donc*, milady... —protestó él. Se apoyó en la vitrina de costado y se cruzó de brazos con aire falsamente ligero—. Le he pedido que sea sincera conmigo. Sí que lo sabe. Claro que lo sabe.

Annabelle bajó la mirada hasta sus manos, que se frotaban nerviosas una contra la otra. Noailles esperó. No parecía divertido, en absoluto, pero al menos tampoco la juzgaba. Solo le daba tiempo.

Ella suspiró. ¿Por qué no? Quería desahogarse. Hablar con alguien de aquello.

—Tiene que entender que Oliver Cartwright forma parte de mi

vida desde hace muchos años —susurró. Él asintió. No dijo nada—. Helen, él, Peter, Lorna y yo pasábamos mucho tiempo juntos, desde niños.

—¿Cuántos años tenían cuando se conocieron?

—Diez, creo, la primera vez que fui a pasar una larga estancia en Terrace House, por los viajes de mis padres. Oliver tenía doce. Peter llegó algo más tarde.

—Eran unos niños...

—Así es. Oliver era el nieto del señor Cartwright, el mayordomo de Terrace House en esa época. —Lo recordó, en algún verano perdido: un chico alto y delgado, con su densa mata de cabello rubio pajizo y sus ojos azules—. Cuando era pequeño le dejaron acudir a clases con mis amigas Helen y Lorna, en el aula de la mansión.

—¿En serio? Muy generoso por parte de los marqueses.

—Lady Beth y lord Walter siempre lo han sido. Pero tenga en cuenta que el señor Cartwright era una institución por sí mismo en la mansión, llevaba mucho tiempo al frente de la servidumbre. Su hija y su marido viajaron a América, para abrirse camino allí, y le dejaron a Oliver con la idea de reclamarlo tras establecerse en Nueva York, pero su barco naufragó y ellos... No se supo más. —La expresión de Noailles mostró un pesar auténtico, no algo meramente cortés—. En Terrace House todo el mundo quería al pequeño Oliver, no hubo más niños que él hasta nacer mis amigas... —Hizo un gesto de disculpa—. Quizá lo estoy aburriendo. Pero creo importante que entienda cuál es nuestra relación.

—Por supuesto. Además, usted no me aburriría nunca.

—Es usted muy amable. También un poquito mentiroso. O tremendamente optimista. —Ambos rieron—. Esa era la situación cuando yo llegué, con diez años. Oliver era algo mayor que nosotras, ya le digo, me lleva un par de años, pero no se hacían grandes

distinciones. Por eso estuvimos así, compartiendo aula y juegos hasta la llegada de lady Gormlaith.

—¿Lady Gormlaith?

—Una tía abuela de Helen y Lorna. —Recordó lo que le había contado Helen sobre el dinero: que los marqueses no tenían apenas y habían llegado a un acuerdo con aquella odiosa mujer para acogerla y que luego le dejase su herencia a las niñas. Había sido una confidencia muy secreta, de las juramentadas con poema y cruz sobre el corazón, y no lo hubiese contado nunca en ningún caso. Además, le habían inculcado desde siempre que hablar de dinero era una completa vulgaridad—. Era escocesa y, al llegar, también era un tanto... odiosa.

—Con ese nombre no me extraña.

—No sea malo. Le aseguro que, con los años, mejoró mucho. Pero sí que en aquel momento, al llegar, era muy soberbia y se puso furiosa al ver que las jóvenes hijas del marqués consideraban como si fuera un hermano al único niño de la servidumbre. Exigió que acabasen semejantes confianzas, aunque, gracias al marqués, Oliver pudo seguir yendo a las clases.

Annabelle se dejó llevar un momento por el recuerdo de aquellos tiempos. Estaba convencida de que correspondía a aquella época la forma que tenía Oliver de afrontar el asunto de su condición inferior. Debió ser muy duro para un niño, acostumbrado a sentirse querido, a ser uno más, verse relegado de pronto. Que se le recordase — como sin duda hizo su abuelo con ahínco, viendo el disgusto de lady Gormlaith— que los nobles eran caprichosos, y lo mismo te aceptaban como uno más, que te recordaban cuál era tu auténtico puesto.

—Un millón de francos de oro por sus pensamientos —dijo Noailles.

Ella parpadeó y le dedicó una sonrisa.

—Está empeñado en tirar su dinero por conocer cosas que no tienen demasiada importancia, monsieur.

—Todo en esta vida tiene un valor relativo, milady. —Se sonrieron—. Me hablaba usted del señor Cartwright niño.

—Sí. Cuando yo llegué, Helen y Lorna ya habían empezado a espantar institutrices, así que las clases no eran continuadas...

—Creo que no quiero más detalles del tema —dijo Noailles divertido.

—Hace bien, créame. Sobre todo Helen era muy creativa en los tormentos a las institutrices, y yo colaboré bastante. Pero bueno, intentamos que la relación con Oliver se mantuviera como siempre. Solíamos escaparnos los cuatro a un rincón tras el invernadero para pasar el rato con algún juego de tablero o con los naipes, pero cada vez resultaba más complicado. Además, casi enseguida empezó a trabajar de lacayo, y su abuelo se empeñaba en darle tarea todo el día.

Noailles arqueó una ceja.

—Cartwright fue lacayo...

—Así es. Su abuelo quería darle una profesión y pensó en la suya, así que empezó a prepararlo para mayordomo. Pero resultó ser un chico inteligente. Desde muy temprano mostró mucha habilidad para «el dibujo, la orientación y la observación del terreno», así se lo oí decir a lord Walter. No sé dónde descubrió que eso era una profesión; solo me enteré que con, no sé, catorce años, ya iba tres tardes por semana a la escuela de San Edmund, en Chelsea, para asistir a clases de cartografía y dibujo técnico.

—¿Seguía trabajando de lacayo?

—Sí, desde luego. Trabajaba y, esos días, estudiaba. En realidad, pudo hacerlo porque lady Beth le consiguió una tarifa reducida, o

eso dijeron. Yo creo, igual que Helen y Lorna, que los marqueses fueron los que pusieron la diferencia, sin mencionárselo al señor Cartwright, o al propio Oliver, que eran muy orgullosos y se habrían negado.

Noailles asintió.

—Tiene mucho mérito.

—Desde luego. Ya ve, podía haber heredado un buen puesto en la servidumbre, pero decidió cumplir su sueño. Le gustaba. Una vez me dijo que, para él, los mapas eran otra forma de contar historias. Siempre soñó con viajar —susurró, preguntándose como tantas otras veces si no estaría siendo egoísta con aquel empeño que tenía por retenerlo. En Londres, Oliver era como un pájaro exótico en una jaula: estaba atrapado, anhelando poder alcanzar el cielo—. Mapeó todos los alrededores de Terrace House y también hacía los mapas para el Ministerio del Cuervo Silencioso.

—¿El Ministerio del Cuervo Silencioso? ¿Qué es eso?

—Eh... —El nombre le había salido de forma natural, pero sintió un poco de apuro al explicarlo con una risilla entre dientes—. Verá, jugábamos a espías, en clase de francés. Para que aprender francés resultase divertido y no lo más tedioso... Oh, perdone.

Noailles arqueó ambas cejas, divertido.

—No se preocupe, lo entiendo. Y está bien aprender divirtiéndose. ¿En qué consistía su juego?

—Oh, pues... Todos éramos agentes de la Corona, teníamos nombres secretos de lo más rocambolescos, y luchábamos encarnizadamente contra el pérfido Émile de Rochefort, alias *Le Spectre*.

—*Le Spectre*... qué buen alias.

—¿A que sí?

—¿Y cuál era su alias, milady?

—Yo era la señorita Morwenna Blythe. —Hizo un gesto coqueto y se llevó una mano al recogido, como retocándolo—. Siempre elegante y siempre bien peinada. —Ambos rieron—. Y Oliver era El Vizconde Sombrío. Con el artículo siempre en mayúscula también.

—*Mon Dieu!* Ese sí que es malo.

—¡Cierto! Eso le dijimos Helen y yo muchas veces. Pero al principio no se lo tomó en serio y luego optó por no cambiarlo. Aunque peor todavía era el de lord Peter, El Agente P. También con el artículo en mayúscula, creo recordar. —Volvieron a reír, con ganas. Qué bien le estaba sentando recordar todo aquello con Noailles. Qué hombre más agradable era—. Vivimos muchas aventuras, las inventábamos unos u otros, pero hubo una en concreto que fue... fabulosa.

Noailles la miró casi con ternura.

—Apuesto a que la preparó el señor Cartwright.

—Vaya... —Annabelle se ruborizó, aunque aceptó divertida la ligera pulla—. Pues ganaría la apuesta. Sí, la preparó él, se le daba bien crear aventuras y hacía unos mapas preciosos.

—¿De qué iba? No acabo de hacerme una idea...

—El que tenía el encargo de crear la historia la preparaba, luego nos poníamos todos en la situación e íbamos siguiéndola. Resolvíamos las escenas tirando un dado.

—Suenan divertido.

—Lo era, mucho. En esa historia seguíamos la pista de *Le Spectre* hasta la ciudad costera de Saint-Malo, donde *Le Spectre* me persiguió de cerca por todo el Phare des Bas-Sablons, con una alianza de boda en la mano, jurando que me amaría por siempre y que teníamos que casarnos.

Noailles lanzó una carcajada.

—Debió ser espectacular.

—Lo fue más cuando, atrapada arriba de todo, no me quedó más opción que entregarme o lanzarme al mar. Jugábamos con dado, como le digo, y solo con un uno me salvaba, pero lo hice, salté, agarrando con fuerza mi sombrero y gritando... —Trató de hacer memoria. La frase volvió con facilidad—: «¡Por Inglaterra, por la reina, por el Ministerio del Cuervo Silencioso!».

Noailles rio hasta doblarse.

—Pobre *Le Spectre* —dijo—. Qué cruel fue usted. ¿Y sacó el uno?

—No. Saqué un cinco. —Intercambiaron una expresión de alarma con las cejas bien levantadas—. Pero entre las normas del juego también estaba que, si se realizaba una proeza que todos aplaudían, se consideraba exitosa, así que, como todos aplaudieron, me salvé de los arrecifes y pude nadar con toda la rapidez que me permitieron mis bonitos botines con tacón y mi precioso vestido provisto de polisón flotante, hasta el barco donde me esperaban mis compañeros.

—Así debe ser. Un acto heroico debería triunfar siempre.

—¿A que sí? Fue emocionante. El Agente P y El Vizconde Sombrío disparaban cañonazos a *Le Spectre* para que no pudiera alcanzarme, mientras el espía francés disparaba a su vez su pistola contra mí al grito de «¡O mía o de nadie, hermosa mademoiselle Blythe!».

Noailles aplaudió con ganas.

—Me va a disculpar si, como francés, me pongo del lado de *Le Spectre*, milady. Ese tipo tenía las ideas claras.

—Ya lo creo. Y la aventura era estupenda. Se llamaba *Napoleón Noir* porque, según la historia de Oliver, el emperador francés no murió en Santa Elena. Por resumir, descubrimos que, tras administrarle una última dosis de láudano y tiza, su fiel cirujano

Lemoine le aplicó un procedimiento especial. Mediante una combinación de éter, hielo traído de la mismísima Groenlandia y bobinas de cobre templado en mercurio, el cuerpo imperial fue sumido en lo que los informes científicos llamaban «Reposo Galvánico». Una suerte de catalepsia inducida en la que la conciencia quedaba suspendida, el cuerpo inalterado y la voluntad latente. ¡Seguía con vida!

—*Sapristi!* Pues esta vez, tendremos más cuidado en Waterloo.
—Rieron. Noailles agitó la cabeza—. La literatura se ha perdido un gran creador de historias.

—Ya lo creo que sí.

Compartieron unos segundos más aquel momento divertido. Cuando se acabaron las risas, se miraron en silencio.

—¿He contestado a su pregunta? —dijo ella.

Noailles asintió.

—Me temo que sí. Me ha dicho mucho más de lo que esperaba, en realidad. Ahora sé que usted lo ama. Y sé que él la amaba ya entonces, cuando creaba esas historias para usted. —Suspiró resignado—. En realidad, ya lo sabía. Me he dado cuenta desde el primer momento, cuando se han visto en la sala de la exposición.

Ella vaciló.

—Entonces ¿por qué me lo ha preguntado?

—Porque quería saber si estaba equivocado. Realmente lo deseaba, llámeme presumido... —Se encogió de hombros—. Además, creo acertar también al decir que usted considera imposible una relación con él. —Ella negó con la cabeza, pero sin demasiado convencimiento—. Conozco a su padre, milady. Dudo que jamás acepte como yerno a alguien sin título. Ambos lo sabemos.

Annabelle no supo qué decir.

Noailles caminó hacia el sarcófago y contempló con pena los

restos de Nefer-Anjet-Ast.

—Me gusta su historia —murmuró— porque demuestra que así es el amor. No sabe de rangos ni le importa el nivel social de nadie. Solo sobresalta el corazón y llena de luz el mundo.

Annabelle sonrió débilmente.

—Veo que ya lo ha probado.

—*Non*, la verdad. —La miró de reojo—. Hasta ahora, no me había interesado ninguna mujer.

Ella se mordió los labios y decidió no preguntar al respecto.

—¿Volvemos con todos? —propuso en su lugar—. Ya me encuentro mejor, le agradezco mucho lo atento que se ha mostrado.

Noailles volvió la cabeza hacia ella. Fue todo el movimiento que hizo.

—Yo puedo ayudarla. Ayudarlos, mejor dicho. —Annabelle lo miró sorprendida. Como no sabía qué decir, permaneció callada—. No pretendo entrometerme —continuó él—. Y tampoco quiero que crea que mi ofrecimiento significa que espero algo a cambio. Me gusta conversar con usted. La admiro. Y, después de conocerla un poco mejor, prefiero que sepa que estaría encantado de contar con su amistad antes que forzarla a una relación que está claro que no le interesa.

Annabelle sintió que algo se aflojaba dentro de ella.

—Lo lamento...

—*Voyons*, no tiene por qué. Así son las cosas del corazón, los franceses lo sabemos bien. —Noailles prosiguió con absoluta naturalidad—: Yo soy un enamorado del amor, milady. Siempre me ha fascinado ese sentimiento tan... embriagador, tan intenso, capaz de provocar guerras. Todos hemos oído hablar de Troya. Y, por lo que me ha contado de —comprobó el nombre. Lógico: al principio costaba retenerlo— Nefer-Anjet-Ast, ella estaría de acuerdo

conmigo. El amor es lo más grande que posee la humanidad.

—Eso suena muy romántico.

—Oh, *ma chère mademoiselle*, por supuesto que sí —dijo él, llevándose la mano al corazón e inclinándose con gracia—. Soy francés.

La respuesta fue tan sencilla que Annabelle volvió a sonreír.

—No he podido por menos que percatarme de ello —replicó. Los dos rieron con suavidad.

Después, Noailles bajó la voz.

—Si el señor Cartwright y usted tienen un problema, quizá necesiten hablar a solas para resolverlo.

Annabelle se quedó inmóvil.

—No sé a qué se refiere...

—¿Otra vez con las mentirijillas? Creí que ya había confianza suficiente entre nosotros. —Noailles avanzó hacia ella, aunque se quedó a varios pasos—. Claro que lo sabe, milady, pero se lo diré con toda claridad de todos modos: me refiero a que usted y él tienen algo pendiente, hasta a mí me ha quedado claro, y bien sabe Dios que no suelo ser el más perspicaz con las historias de amor. —Alzó ambas manos con las palmas hacia arriba—. Al menos, con las ajenas.

Ella dudó, pero terminó asintiendo. No tenía sentido negarlo.

—Sí, es cierto —admitió apesadumbrada—. Necesitaría hablar con él y solucionar algunos... equívocos que han surgido entre nosotros. Pero me temo que nuestros mundos no suelen coincidir. Solo en ocasiones como esta, y ya ha visto que apenas hemos tenido tiempo de charlar.

—Y siempre ha sido en público.

—Y siempre ha sido en público —coincidió Annabelle.

—Y no pueden quedar de algún modo más privado, o más

conveniente... Quizá en Hyde Park...

No tuvo ni que considerarlo.

—Oliver no querría. Podrían vernos.

—Ya... ¿Y en algún lugar discreto? No sé dónde se aloja el señor Cartwright, aunque supongo que será en algún buen hotel.

—No, no, está en el The Albany, en Piccadilly. —Se mordió los labios. ¿Por qué había dicho eso? Le había dejado claro que sabía dónde se alojaba, casi reconociendo que había estado allí. Se ruborizó bajo su mirada—. Yo...

—No puede volver por allí —dijo Noailles con sencillez.

Annabelle tomó aire.

—No, no puedo. —Recordó aquella noche terrible, cuando Lorna y ella salieron mientras el portero las observaba en silencio. ¡Qué vergüenza!—. Sería demasiado arriesgado.

—Comprendo. —El francés volvió a moverse, pensativo, y finalmente tamborileó los dedos sobre una vitrina que tenía al lado—. Yo podría organizarlo.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Lo dice en serio?

—*Absolument, ma chère*. Podría encontrarles un sitio en el que estar a solas con comodidad. Una casita discreta, por ejemplo. Podría alquilársela por un par de semanas.

Annabelle tragó saliva. ¡Eso sería ideal, por completo! Oliver y ella, solos en una casita discreta, soñando con que fuera su hogar...

Pero no entendía aquel comportamiento tan amable por parte de alguien a quien, claramente, estaba rechazando.

—¿Por qué haría algo así?

El francés sonrió.

—Porque creo que hay ocasiones en las que un hombre debe tener la inteligencia suficiente para apartarse del camino, y un

corazón lo bastante generoso como para ayudar a otros a recorrerlo. Sobre todo cuando afirma que aprecia sinceramente a los demás. Y, créame, yo la aprecio.

Annabelle bajó los ojos.

—No sé si debería aceptar —susurró.

—Entonces no lo haga.

—Pero...

—Solo piénselo, lady Annabelle... Yo hasta admito que soy un idiota monumental por ayudar a un adversario en las lides del amor, pero *que voulez-vous*... —Le dedicó una reverencia—. *Noblesse oblige*, milady.

—No es usted ningún idiota. Es usted muy amable y empiezo a considerarle un amigo.

—Se lo agradezco. Eso, créame, lo compensa todo. Y ahora sí, ¿le parece si volvemos? —Sin más, el francés comenzó a caminar hacia la puerta—. Esperemos que no nos estén buscando por todas partes... Ya no me sentiría cómodo teniendo que casarme con usted sabiendo que ama a otro.

Annabelle alzó una mano.

—Espere. —Noailles se volvió y ella respiró hondo—. Sí. Por favor.

Noailles no preguntó nada más. Simplemente sonrió.

—Entonces déjelo en mis manos —dijo.

Capítulo 11

La pequeña conspiración de monsieur de Noailles

La dirección que Noailles le envió a Annabelle la llevó hasta el número siete de una calle tranquila, alejada de las zonas más concurridas de Londres, pero habitada por gentes de buena posición. Abogados, arquitectos, médicos... Ocasionalmente vio carteles con esos títulos en alguna que otra puerta.

Era uno de esos barrios con muchos árboles en los que las casas, la mayor parte de ellas adosadas, transmitían una discreta elegancia sin llamar demasiado la atención. Fachadas de ladrillo rojo; puertas pintadas en colores sobrios, por lo general negro o marrón muy oscuro, y siempre equipadas con bonitos llamadores de bronce; pequeñas escaleras de piedra blanca que conducían hasta la sombra acogedora de las entradas; y pequeños jardines delanteros apenas separados de la acera por una verja baja de hierro forjado. Muchos de ellos, en esos momentos del año, estaban rebosantes de flores, llenándolo todo de color.

La casa elegida por Noailles no tenía flores, solo un seto poco exigente, y estaba más o menos a mitad de la calle. Era pequeña — minúscula, en comparación con Caltrey House—, pero tenía un

aspecto agradable y cuidado, con las ventanas enmarcadas en piedra clara y unas macetas sin plantas colocadas a ambos lados de la puerta. No parecía una casa destinada a una gran familia, sino un lugar pensado para dos o tres personas, poco más. Annabelle supuso que debía de haber sido alquilada recientemente, tras estar tiempo cerrada, por el aspecto del jardín y las macetas, y porque no había nada en ella que revelara demasiado sobre quienes vivían allí.

—¿Quieres que te acompañe a la puerta, Annabelle? —preguntó Lorna, sentada a su lado.

Su bonito rostro transmitía una profunda preocupación. Cuando le contó lo que iba a hacer, su amiga no intentó disuadirla —seguro que sabía que sería inútil—, pero sí que se empeñó en acompañarla, pese a sus protestas y sus negativas. Para asegurarse de que no iba sola, se había presentado por sorpresa a la hora del almuerzo en Caltrey House —sus familias tenían confianza suficiente como para hacer algo así— acompañada de Emily y, nada más terminar, habían alegado que salían a dar un paseo y que tomarían el té por ahí. Que no volverían hasta la hora de la cena, de hecho.

Se habían ido algo precipitadamente antes de que lady Eve repitiera la sugerencia de que, si iban a ir de compras, justo esa tarde podría acompañarlas y luego invitarlas a tomar el té donde quisieran. Pero Lorna había alegado que ya tenían un compromiso con unas amigas de Minstrel Valley y habían salido precipitadamente.

Y allí estaban, en medio de una locura que podía tener consecuencias terribles.

—No, no te preocupes —respondió Annabelle con una sonrisa de aliento. La expresión de Lorna denotó cierto alivio. Normal. Si las veía alguien conocido... No quería ni pensarlo—. Va a estar Oliver, no hay nada que temer.

Emily, sentada enfrente, no pareció muy convencida. Se la veía nerviosa, pero eso ocurría siempre. Qué chica. Jamás haría nada que disgustase a su madre.

Ella sí. Ella intentaría cualquier cosa por estar diez minutos a solas con Oliver.

—Está bien —aceptó Lorna—. Pero esperaremos aquí un ratito, por si acaso. —Miró a Emily y ambas asintieron con convencimiento—. Y solo tienes que chillar, que entraremos a rescatarte.

—Y Joyce guarda una pistola bajo el pescante —aportó Emily—. Puede pegarle un tiro a quien usted mande.

Lorna la miró incrédula.

—No será verdad...

—Bueno, él no —explicó Emily, apurada. Como si Joyce se hubiese apropiado de algo ajeno—. No es suya. Va siempre en el coche. Órdenes del señor Burton. Por si surgen imprevistos.

—Ahora me entero... —replicó Lorna. Miró a Annabelle—. Pues si pasa algo, avisa, que entramos pegando tiros.

Annabelle rio.

—Por favor, ¿qué podría pasarme? Se supone que ahí dentro solo estarán Noailles y Oliver...

—Bueno, apenas conocemos a monsieur de Noailles —alegó Lorna—. Y es...

—Francés —terminó Emily con cara de susto.

—Un tanto atrevido, iba a decir yo —replicó Lorna, arqueando una ceja—. Pero sí, desde luego, es francés.

Annabelle rio, aunque sonó algo nerviosa.

—Sí que lo es. Pero también es un hombre muy amable que, en vez de enfadarse al descubrir que estoy enamorada de Oliver, se ha ofrecido a ayudarme por pura generosidad y... ¿Por qué pones esa cara?

—Porque no tiene sentido tanta amabilidad —afirmó Lorna, sin perder la mueca de incredulidad—. Recuerda lo que decía la tía abuela, lady Gormlaith.

—¿Qué? ¿Lo de que el mundo público no es lugar para las mujeres?

—¡No! Lo de que los hombres podían no querer a sus esposas, pero siempre querían dejar claro que eran de su propiedad.

—Ah, sí, —admitió Annabelle. Y a eso siempre le había encontrado un mayor sentido. Pero no ese día—. Qué tontería. Yo no soy propiedad de nadie y, desde luego, no soy la esposa de Noailles. Y te recuerdo que a tu tía la llamábamos «La Gorgona del Tartán». —Emily abrió los ojos como platos—. Por algo sería.

—Vale —aceptó Lorna—. Pero tus padres han hablado con él del tema. Me lo dijo mi madre. Que Noailles les ha pedido permiso para cortejarte.

Annabelle suspiró.

—Sí, eso lo sé. Pero fue antes de nuestra conversación, antes de decirle que estoy enamorada de otro. Y él se lo ha tomado bien...

—O eso esperabas. —Annabelle apretó los labios. No podía negarlo. Lorna suspiró—. Todos quieren un matrimonio. Solo te digo que tengas cuidado, querida. No me fío de monsieur de Noailles. Es...

—Francés —repitió Emily, al ver que tenía dificultades en encontrar el término. Lorna y Annabelle intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—Sin duda alguna. Y los franceses se toman de otro modo estas cuestiones románticas. Noailles solo quiere ayudarme. —Lorna hizo una muequita, pero no siguió insistiendo—. Solo volved a recogerme en un par de horas.

—Perfecto. —Su amiga se ruborizó ligeramente—. Espero

encontrarte esperando fuera, la verdad.

—Así será. Gracias, de verdad. —Se inclinó y la besó en la mejilla. También se inclinó hacia Emily y le acarició las manos—. A las dos. Sois las mejores amigas que una joven podría desear.

—Oh, milady... —susurró Emily, emocionada ante la idea de que la considerase una amiga. Hasta llegó a sonreír y la miró con algo cercano a la adoración que sentía por Helen desde que la salvó de un problema legal grave con un noble rencoroso.

Annabelle sonrió, se aseguró de que no había nadie por la calle, bajó del coche y se dirigió a la puerta. Ya antes de llegar a la acera oyó la música. Alguien tocaba el piano dentro de la casa, desgranando unas notas elegantes que reconoció al momento. Era el *Para Elisa*, de Beethoven, una de las primeras composiciones que aprendió a interpretar. Ella no era tan buena como Lorna, pero tampoco pretendía serlo. Le gustaba más el arco que el teclado.

Comprobó una vez más el número antes de llamar, golpeando con el aldabón de bronce.

La música se interrumpió al momento.

Fue Noailles en persona quien abrió segundos después, y quien le dedicó una reverencia verdaderamente gallarda.

—Milady... Hermosa, como siempre.

—Monsieur de Noailles —replicó ella, inclinándose también—. Galante, como siempre.

Él rio y se apartó para dejarla pasar, y Annabelle descubrió que el interior era todavía más acogedor de lo que había imaginado. Un pequeño recibidor daba paso a una sala de estar amplia y luminosa, amueblada con sencillez, pero con buen gusto. Había un sofá junto a la chimenea, dos sillones tapizados, una mesa baja y una estantería con algunos libros. En una de las ventanas, unas cortinas claras dejaban entrar la luz de la tarde.

También había un piano de pared de madera de nogal muy brillante que reflejaba la luz que entraba por las amplias ventanas. Sus apliques dorados y las discretas molduras de la caja le daban un aspecto elegante y acogedor. Las teclas de marfil relucían bajo la tapa levantada —supuso que lo habría estado probando Noailles, porque Oliver nunca había aprendido a tocar ni mostrado interés por ello— y un pequeño atril sostenía una partitura abierta. *Para Elisa*, de Beethoven. Por supuesto.

Le encantó el lugar, pero lo olvidó por completo al ver que, de pie junto a la chimenea de piedra blanca, estaba Oliver.

Annabelle ya se lo esperaba. Aun así, se detuvo un instante, sin saber bien cómo reaccionar. Por eso no le sorprendió que él también pareciera paralizado al verla allí. Lo atribuyó al momento tenso, a la timidez que sentían ambos... Al menos, hasta que empezó a hablar.

—Anna... —se corrigió al momento, adoptando una mayor formalidad—. Lady Annabelle... ¿Qué hace usted aquí?

No era precisamente el saludo que había esperado. Miró confusa a Noailles.

El francés carraspeó discretamente.

—Me temo que debo confesar que he engañado a nuestro amigo, milady.

Oliver frunció el ceño.

—¿Engañado?

—Sí. Verá, cuando le dije que tenía intención de presentarle a un posible inversor para su expedición en África, no fui totalmente sincero. No tenemos mucha confianza usted y yo... —Al ver el modo en que Oliver arqueó una ceja, se corrigió—: Ninguna, en realidad, ya que no nos conocemos.

—Y menos nos vamos a conocer si empieza engañándome.

—Sí, bueno... Lo lamento. Temí que le pareciese una... una

osadía por mi parte el organizar este encuentro y...

—Por favor, deje de dar vueltas sin decir realmente nada —le interrumpió Oliver—. ¿Qué hacemos aquí? Ya me pareció extraño lo de la puerta trasera y que me trajera por ese jardín abandonado... ¿Y milady? —La miró a ella—. ¿Ha venido sola? Menuda locura.

—Me ha traído Lorna —replicó Annabelle—. No soy tan...

—Peor me lo pones. No dejas de implicarla en todo esto. Acabará teniendo problemas por nuestra culpa.

Antes de que Annabelle pudiera responder, Noailles dio un paso al frente y la señaló.

—Deje usted de protestar, no sea desagradecido. Milady y yo hemos hecho esto porque deben hablar, señor Cartwright. Seguro que en eso estamos los tres de acuerdo, lo cual no deja de tener su gracia. —Carraspeó al ver que el otro no sonreía ni un poquito—. Aunque solo yo se la encuentre.

Annabelle se sentía tan nerviosa que se le escapó una risita, pero la expresión de Oliver la cortó de raíz.

—No me parece gracioso —dijo Oliver, aunque de inmediato se centró de nuevo en Noailles—. Me ha hecho venir hasta aquí creyendo que íbamos a hablar de dinero, monsieur. Y resulta que lo que está haciendo es inmiscuirse en mi vida privada y poner en entredicho la reputación de lady Annabelle.

—¡Oh, por favor! —Noailles se llevó las manos a la frente, en un gesto algo teatral, que quedaba más que adecuado en él—. ¡Yo pensaba que los franceses éramos más dramáticos que ustedes, pero empiezo a dudarlo!

—Yo también, ya que estamos —dijo Annabelle, empezando a enfadarse por la actitud de Oliver—. Como te ha dicho monsieur Noailles, estás siendo muy desagradecido, Oliver. Y te recuerdo, por si lo has olvidado, que mi reputación es solo asunto mío.

Él la miró dolido.

—Solo intento protegerte, Anna —le reprochó.

—Eso no es verdad. Creo que solo quieres protegerte a ti mismo. Te aterra la idea de que te pongan en tu sitio, porque así te educó tu abuelo. Por eso tenemos que hablar. Si es que te importo algo, por supuesto. De otro modo, podemos dar por concluida la reunión ahora mismo.

Oliver apretó los labios, como si no supiera qué más decir. Noailles pasó la mirada de uno a otro, dio una palmadita y retomó el liderazgo de la escena.

—No se preocupe, señor Cartwright, como le digo, mi engaño solo era una mentirijilla a medias. Hablaremos de dinero, si es necesario, aunque sea otro día. De hecho, si nadie más está dispuesto a invertir en su expedición, quizá lo haga yo, mi admiración por su trabajo es muy auténtica. Pero antes creo que debería usted hablar con lady Annabelle. Y no porque lo diga yo, sino porque usted quiere hacerlo, y ella también. —Inclinó la cabeza a un lado—. Ojalá ella quisiera tener esa conversación conmigo, pero lamentablemente, no es así. No desaproveche la suerte que tiene, *mon ami*.

Durante unos segundos, Oliver siguió sin decir nada, aunque pudo leerse cómo iban abriéndose paso los sentimientos en las fisuras de su expresión: un ligero temblor de la mandíbula, una mayor tensión en los labios, una vulnerabilidad en su mirada...

Finalmente, carraspeó.

—Tiene usted razón, y me estoy comportando como un idiota. —Le dedicó una inclinación de cabeza—. *Merci*, monsieur. Desconozco las razones de esta sorprendente amabilidad, ya que no nos conocemos y, bueno, por lo que tengo entendido y usted mismo reconoce... —Se interrumpió buscando las palabras antes de hacer

un gesto hacia Annabelle—. Bien, si no me equivoco, somos adversarios, de algún modo.

—*Non, croyez-moi*, no lo somos, en absoluto. —Noailles se encogió de hombros con ecuanimidad—. Cuando conocí a milady sí me planteé la posibilidad, pero a ella la conozco ya un poquito y no peleo guerras que no puedo ganar. Además, yo lo encuentro a usted admirable y seguro que lograré que me encuentre a mí simpático, de modo que también podríamos llegar a ser amigos. Si usted quiere, por supuesto.

Por fin hubo un chispazo de diversión en los ojos de Oliver.

—No veo cómo podría negarme.

—Si le soy sincero, yo tampoco. No luchemos contra el destino, pues. La vida me ha enseñado a aprovechar las circunstancias del momento, siempre, y es lo que le aconsejo. Sobre todo, cuando el viento sopla a favor, como es el caso. Disfrute, *mon ami*. —Sus ojos lanzaron un destello curioso y su expresión se ensombreció. Fue como si hubiese recordado algo desagradable, algo que había quitado el barniz teatral de aquel hombre, dejando a la vista que era, en definitiva, una persona, con su propia dosis de penas y oscuridad—. Puede cambiar de dirección en cualquier momento.

—Eso es cierto. —Oliver asintió—. Gracias.

—No necesita agradecerme nada.

—Yo creo que sí.

Noailles rio.

—*Très bien*, dado que quiero congraciarme con usted, no seré yo quien le lleve la contraria, sobre todo porque he tenido la excelente idea de solicitar para ustedes dos juegos de llaves, para que puedan tener cada uno la suya. Ahí están —añadió, señalando un cuenco de cristal—. Hay llave de la puerta delantera, de la trasera y también de la bodega, pequeña pero muy selecta.

—¿Los dueños han alquilado la casa con bodega? —preguntó Annabelle sorprendida. Noailles se echó a reír.

—No. Pero yo les he dejado una buena botella de vino en el sótano, el lugar más fresco de la casa. —Rio—. Vino francés, por supuesto.

Oliver miró hacia allí, preocupado.

—Ya, es que... Es todo muy irregular. —Lanzó una mirada a su alrededor—. Disculpe que le pregunte, ¿de quién es esta casa?

Noailles arqueó ambas cejas.

—Oh... Pues lo siento, creo que era un apellido escocés: si le digo la verdad, fui incapaz de pronunciarlo en su momento, en el despacho del abogado, y ya no lo recuerdo. Al parecer, eran los herederos de la anciana que vivía aquí, o algo así. Pero, si le sirve, la he alquilado yo por un par de semanas. Puedo alargar el plazo, pero no sabía si iba a gustarles.

—Es perfecta —susurró Annabelle, lamentando no poder quedarse allí a vivir. No necesitaba más para ser feliz. Oliver, aquella casita encantadora y la imagen de unas navidades hogareñas por delante. Noailles le sonrió con calidez, aunque hubo también algo, un destello de frustración quizá.

—Me alegro, *ma chère*.

—Me temo que no podemos aceptarla —terció Oliver, tenso. Negó también con la cabeza al ver que ella lo miraba con reproche—. Lo siento, Anna, pero no. Deberíamos irnos de inmediato. Es muy arriesgado para la dama, monsieur, y es... bueno, no puedo permitir que usted corra con los gastos de esta situación tan incómoda, monsieur.

Noailles chasqueó la lengua contra los dientes.

—Bueno, sugiero que al menos aprovechen hoy y hablen, ya que están aquí. Sería una tontería no hacerlo.

—Eso es verdad —dijo Annabelle. Oliver suspiró y asintió.

—*Parfait* —aplaudió Noailles—. Y nos ocuparemos del honor y todo eso en otro momento. No se preocupe, *mon ami*, si finalmente deciden quedársela podemos hablar de dinero y organizar que usted pague los gastos —añadió, antes de que Oliver pudiera seguir protestando. Esperó hasta verle un gesto de conformidad, aunque fuera renuente. Luego, se volvió hacia Annabelle—. Hoy ha venido con lady Lorna, pero cualquier otro día, cuente conmigo, si lo necesita. Diremos a sus padres que me la encontré por casualidad y que la convencí para pasar la tarde juntos paseando por Londres. — La miró con intención, como si temiera haberla ofendido en algo—. Si le parece bien y no tiene nada que objetar, claro.

—No, en absoluto. Es una buena idea.

—*Très bien, ma chère*. Espero que con esto sea suficiente para que aclaren lo que hay entre ustedes. Eso sí, ya que quiere salvaguardar en lo posible la reputación de milady —le dijo a Oliver —, le aconsejo usar siempre el camino que le enseñé, por ese jardín trasero. La mansión colindante está deshabitada y sería raro que le viese alguien.

—Pero...

—Hágalo por ella. Por si acaso. Es mejor que piensen que es una joven que vive sola a que la vean entrando y saliendo con un hombre, *n'est-ce pas?*

—Está bien... —aceptó Oliver, aunque fue evidente que aquello no le hacía ninguna gracia.

—Creo que eso es todo. Lo importante es que hablen. —Hizo un gesto galante hacia Annabelle—. Y si, tras hacerlo, necesitan huir a la aventura, sabe que puede contar conmigo.

—Lo sé. —Se sentía muy agradecida, y así se lo dijo también con los ojos—. Gracias, monsieur.

Curiosamente, no pareció muy complacido con aquel agradecimiento. Suspiró, ecuaníme.

—*Toujours à vos pieds*, milady —se limitó a decir. El conde cogió su abrigo, su sombrero y su bastón y se acercó a la joven. Para sorpresa de Annabelle, tomó su mano y la besó con exagerada solemnidad—. ¿Necesita que pase a buscarla con un coche en algún momento?

Ella entendió entonces lo que estaba haciendo.

—¿Se marcha?

—Por supuesto. Soy un hombre de discreción exquisita y ustedes tienen que hablar. Además, creo que ya he cumplido con mi labor como enviado de Cupido. Seguro que todos estamos de acuerdo en que mi presencia aquí solo estorbaría —añadió mientras caminaba hacia una puerta, Annabelle supuso que daría a la cocina por lo que dijo a continuación—: De modo que saldré por detrás. ¿Quiere que vuelva luego, o que le mande un coche?

—No. Mi amiga Lorna vendrá a buscarme.

—Oh, *parfait*. Entonces, la veré pasado mañana por la noche, milady, su padre ha vuelto a invitarme a cenar. Mientras, ya sabe, si necesita dar mi nombre, adelante. Y, cualquier cosa, mándeme una nota al Savoy. —Desde el umbral, volvió a saludar a Oliver—. Un placer, señor Cartwright. Estaremos en contacto.

Oliver dejó escapar un suspiro.

—Por supuesto.

—Ah, supongo que nadie dijo que un hombre afortunado debía ser por fuerza un hombre alegre.

Noailles salió de la casa. La puerta se cerró a su espalda.

Oliver hizo una mueca. Annabelle y él intercambiaron una mirada incómoda.

Capítulo 12

Un lugar entre dos mundos

Annabelle y Oliver se estudiaron el uno al otro desde los extremos de la sala. Durante unos segundos ninguno de los dos habló.

—Espero que no le guardes rencor —dijo finalmente Annabelle—. En realidad, es un hombre muy amable.

Oliver la miró con cierta incredulidad.

—¿Noailles, amable? No sé yo qué decirte. Para empezar, hoy me ha tendido una trampa.

—Una trampa bastante atenta, se diría. Lo ha hecho para que tú y yo podamos mantener esta conversación. Y lo ha hecho, pese a que..., bueno, mi padre tiene intereses en nuestro enlace.

—Ya lo sé. Me di cuenta en la boda de Helen y Peter. Y él también está interesado, lo ha dejado claro sin mayor problema. Por eso me extraña todo esto. ¿Se lo pediste tú? —Ella asintió—. ¿Por qué? Te has arriesgado mucho. Si llega a ser otro tipo de hombre, quizá se hubiese enfadado o hubiese utilizado la información para exponerte ante tu padre. Hubiera podido complicarte mucho la vida.

—Pero él no es así. Y yo quería verte. Lo necesitaba. Dejamos muchas cosas por explicar aquella... aquella noche.

Oliver hizo una mueca.

—Así es. Pero podías haber contestado a alguno de mis mensajes, tan sencillo como eso. O haberme enviado tú uno. Me hubiese reunido contigo donde y cuando quisieras.

Ella parpadeó.

—¿Qué mensajes?

—¿Qué mensajes? Los que he dejado en tu casa, para empezar. Se los entregué al mayordomo. Prácticamente uno por día.

—Oh... —Claro, por supuesto. Su madre los habría interceptado. Oliver debió leer esa idea en su rostro, porque hubo un ligero cambio en su expresión. Se ablandó, de algún modo—. Lo siento.

—Ya. Perdona tú. No tienes por qué disculparte. Reconozco que se me pasó por la cabeza que los criados o tu familia los interceptarían, de modo que te envié un par más al apartado de correos que me sugeriste, pero tampoco hubo respuesta.

—Oh, no... —Annabelle se llevó una mano a la mejilla—. Desde que regresaste, no he vuelto a mirar.

—Me lo temía. Debí seguir mi instinto y contactar con Lorna, pero no quise ponerla en una posición más incómoda todavía, después de lo mal que lo pasó aquella noche. No estaba seguro de si seguía enfadada...

—Pero ¿qué dices? Lorna no ha estado nunca enfadada, Oliver, y menos contigo, ni que no la conocieras. Ella te quiere mucho, nos quiere a los dos, y me ha dado cobertura esta tarde, de hecho. Vendrá a buscarme en... —Comprobó su reloj de pulsera—. Hora y media.

—Oh, demonios... —Oliver se pasó una mano por el cabello—. Yo también la quiero, es como una hermana pequeña para mí. Pero también por eso, no sé si organizar esta locura ha sido buena idea. Si llegara a descubrirse, al final, podríais tener problemas las dos.

Annabelle dejó el bolso sobre una pequeña mesa junto a la

pared y caminó hasta el centro de la salita.

—¿Y qué? Puede que no haya nada... apropiado en todo esto, o que monsieur de Noailles haya actuado un poco temerariamente, pero no me importa. Ni me importa lo que quieran mis padres, si te digo la verdad, y te recuerdo que ellos no me han preguntado mi opinión, solo pretenden organizar para mí el matrimonio que ellos desean.

—Anna... Eso no es totalmente cierto.

—Sí que lo es. Noailles es agradable y no negaré que lo encuentro atractivo. —Casi sonrió al ver un destello de celos en las pupilas de Oliver—. Quizá en otras circunstancias hubiera podido haber algo entre él y yo, no lo sé, no podría negarlo en firme; pero lo mismo podría haber sido alguien detestable, y mis padres hubiesen insistido igual.

Él negó con la cabeza.

—Sé justa, Anna. Pese a todo, tus padres te quieren. Nunca te hubiesen propuesto a alguien detestable.

Annabelle apretó los labios. Eso era cierto, pero se negaba a dejarse aplacar.

—Es una pena que no me quieran lo bastante como para dejarme elegir a mí. Pero da igual. No quiero hablar de eso ni de ellos. Lo que quiero ahora, la razón por la que estamos aquí, es para hablar de nosotros. De ti y de mí. —Oliver bajó la mirada. Debió de encontrar algo muy interesante en su mano derecha, porque la estudió por ambos lados—. De lo que pasó la otra noche y de por qué te arrepentiste.

Él levantó los ojos de inmediato.

—¿Qué? ¿Arrepentirme?

—Sí. Cuando nos despertamos, lo dejaste muy claro.

—Sinceramente, no sé qué quieres decir.

—¿No? —Trató de hacer memoria—. Dijiste que cómo podía haber ocurrido ese «maldito desastre». —Sus ojos se llenaron de lágrimas, no pudo evitarlo. Aquellas palabras la atormentaban—. Dijiste que habías sido un idiota...

—¿Un idiota? Annabelle... —Por su expresión, Oliver debió caer en la cuenta de algo y soltó una carcajada breve, casi incrédula—. ¿Que me había arrepentido? ¿Cómo puedes haber pensado semejante cosa?

—¡Lo dijiste!

Él negó con la cabeza.

—No, nunca dije eso. Y, de hecho, yo pensé exactamente lo contrario, cariño.

Annabelle lo miró con sorpresa.

—¿Qué? ¿Lo contrario?

—Sí. Que eras tú quien se había arrepentido.

—¿Yo?

—Sí, tú. Solo hablabas de lo terrible que era llegar tarde a esa dichosa cena. No dijiste nada sobre nosotros, sobre lo que había ocurrido...

—¡Lorna estaba llamando a la puerta! Me sentía muy avergonzada.

—Lo entiendo. Por eso me maldije por haberme quedado dormido. A ese desastre me refería.

Ella abrió mucho los ojos.

—No...

—Sí. A eso y solo a eso. Era mi casa y tú habías tenido la valentía de ir, de demostrarme así tu... —No supo completar la frase. Lo dejó estar—. Y yo me dormí. ¡Me dormí! —repitió, como si todavía no pudiese creerlo—. ¿Sabes que hace años que apenas duermo? Poco y mal. La costumbre de vivir en territorio salvaje,

siempre alerta por lo que pueda atacarte. Cuando volví a Londres, dio igual, no lograba pasar de una especie de duermevela.

—Oh, Dios mío...

—Pero contigo, me dormí. Profundamente, como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo. Y, al hacerlo, te puse en una situación inaceptable. Me desesperaba verte así, tan alterada, algo que hubiera podido evitarse si te hubiese despertado media hora antes, y con una buena taza de té. Hubiéramos reído, charlado. Quizá hubiéramos vuelto a hacer el amor. —Annabelle parpadeó, entre la timidez y el deseo—. Pero no hubo posibilidad porque fui tan idiota como para dormirme.

Annabelle negó con la cabeza.

—No fue culpa tuya.

—Pues durante todo este tiempo, es lo que he temido que pensaras. Me hablaste con enfado al darte cuenta de la hora y te marchaste deprisa, sin despedirte, sin siquiera mirar atrás. No volviste. No contestabas a mis cartas. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. Admito que me dediqué a rondar por Caltrey House y te vi entrar y salir con Noailles. Supuse que habías iniciado una relación con él. Reconozco que estaba celoso, y que si he aceptado reunirme aquí hoy con él era más por preguntarle al respecto que por hablar de negocios.

Annabelle lo miró unos segundos con estupor y luego comenzó a reír.

—Pero..., pero... esto es absurdo. —Se llevó una mano a la frente—. ¡Qué estupidez! ¡Los dos estábamos pensando exactamente lo mismo del otro!

Oliver rio, divertido y aliviado.

—Menudo desastre estamos hechos.

—Así es. —Rieron unos segundos más, compartiendo con alegría

aquella diversión. Cuando se calmaron, se miraron sonrientes—. Por suerte, soy una mujer adulta y sé lo que deseo de la vida. Siempre lo he sabido.

Él la observó con ojos entrecerrados.

—¿Y qué deseas, milady?

—Te deseo a ti. Te quiero a ti. Te amo a ti. —Se encogió de hombros—. Pero eso ya lo sabes. Ambos lo hemos sabido siempre.

Oliver asintió con gravedad.

—Desde que éramos niños, sí.

—Así es. Y lo que deseo ahora mismo es dejar de pensar en lo que está bien y lo que está mal, lo que corresponde que hagamos o lo que no. Este lugar me gusta... —añadió, mirando a su alrededor con ojos brillantes—. Es... no sé cómo explicarlo... Lo siento como un lugar entre dos mundos, el tuyo y el mío. Un espacio que es solo nuestro, en el que no importa nada ni nadie más. En el que pueda decirte con libertad que te amo. —Oliver no replicó. La voz de Annabelle se hizo más profunda—. Y lo he organizado todo para que me digas a mí que a ti te pasa lo mismo.

Oliver agitó la cabeza. De pronto, parecía atormentado.

—Sabes que sí... —susurró.

—Dilo.

—No sería adecuado.

Esa vez no pensaba permitirlo. Apretó los puños.

—Tu abuelo no está aquí, Oliver Cartwright. Ni mis padres, por suerte. Ni nadie más que nosotros, maldita sea. —Jamás maldecía, le parecía de muy mala educación. Solo lo había hecho muy ocasionalmente de niña, por lo general cuando Helen y ella jugaban a ser los piratas que habían secuestrado a la hermosa lady Lorna. Pero ese día, le salió de dentro—. Solo dilo.

—Lo del otro día no debió ocurrir... —Ella le frunció el ceño,

dolida, y por fin Oliver se quebró—. Pero te quiero. ¡Te quiero! ¡Claro que te quiero! Perdóname, Anna. ¡Te amo más que a mi propia vida, y tú lo sabes! Es solo que...

—Ya lo sé. —Lo abrazó por el cuello y escondió el rostro contra su cuerpo. Oyó su corazón, fuerte y acelerado por mil emociones—. Ya lo sé.

Permanecieron tanto tiempo enlazados, aferrados el uno al otro en aquel abrazo firme, que Annabelle llegó a pensar que ya no podrían separarse jamás. Ojalá. No le hubiera importado morir así.

—Pese a eso, o precisamente por eso, no deberías estar aquí, Anna —musitó él cuando volvieron a mirarse a la cara. Oliver tenía los ojos llorosos. Ella le acarició la mejilla.

—Probablemente no.

—Sabes que no. Te arriesgas a que te vean, y tu padre se enfurecerá.

—Me da igual.

—No lo entiendes... No quiero que se enfade. No pierdo la esperanza de conseguir algo verdaderamente grande, algo que me...

—No hablemos de mi padre todavía, por favor. —Frotó el rostro contra su pecho, en un gesto negativo. Luego lo alzó para mirarlo a los ojos y sonreír—. Has dicho que me amas, es lo único que importa. —La sonrisa de Annabelle desapareció lentamente—. Pero te vas a África... —Él no dijo nada—. ¿Por qué?

Oliver esquivó su mirada.

—Mi trabajo está allí. Yo... no puedo quedarme indefinidamente en Londres.

Annabelle asintió, decidida. Se dio cuenta de que había imitado un gesto habitual de Helen.

—Entonces iré contigo.

Oliver se quedó inmóvil.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes. —Oliver negó también con la cabeza—. Sabes tan bien como yo que tu familia jamás lo aceptaría.

—Sí que lo harán. Sé que me quieren, y lo harán —insistió, con más confianza que seguridad. Él no pareció muy convencido, pero no replicó. Annabelle hizo una mueca—. Y si no lo hacen, tampoco me importa. No voy a permitir que decidan por mí. Y tampoco te lo voy a permitir a ti.

—No estoy decidiendo por ti, Anna. Estoy intentando protegerte. Ella alzó la naricilla.

—Vaya, qué bien. Eso dirían ellos. Y te contesto lo mismo: no necesito que me protejas, señor Cartwright. Por suerte, tengo mi propio dinero, la herencia que me dejó mi abuela. Podría vivir bien, incluso aunque me desheredasen. Hasta podría financiar yo esa dichosa expedición que te tiene tan interesado. Pero si pongo yo el dinero, también iré. Es mi única condición.

—No digas locuras. No puedo convertirte en mi amante y llevarte por ahí a la aventura. El coronel Sanders dispararía su escopeta de caza en Inglaterra y me abatiría en África, por mucho que intentara esconderme tras un árbol.

—Ya soy tu amante.

—Sabes a lo que me refiero.

—Sí, a ser amantes. Y ya lo somos.

—No insistas en eso. No voy a llevarte así, como mi querida.

—No sería tu querida, sería tu jefa. Yo pagaría la expedición.

Él ahogó una risa amarga.

—Vale. Entonces pensarán que el mantenido soy yo.

Annabelle lo miró fijamente.

—Muy bien. Entonces cástate conmigo.

—¿Qué? —Oliver tardó un instante en reaccionar—. No hablas en serio.

—Pues claro que sí.

—Pero...

—Has dicho que no puedo ir contigo sin más, como amantes. Yo iría, y al infierno el mundo. Pero muy bien, si a ti te parece mal, lo corregiremos.

—No me parece mal. Me preocupa.

—Te preocupa. —Puso los brazos en jarras—. De acuerdo. Entonces, nos casamos.

Oliver cerró los ojos un momento.

—Annabelle...

—Podemos hacerlo en Londres. O donde sea, me da igual. No necesitamos una gran boda. Ambos somos mayores de edad y no precisamos pedir permiso a nadie. Para que lo sepas, he estado...

—¡Para! —exclamó él. Alzó también las manos en un gesto de contención. Annabelle lo miró con la boca abierta. La sentía llena de las palabras no dichas—. Para de una vez. No quiero que hagas esto así.

—¿Así cómo?

—Huyendo.

—¡No estaría huyendo! Pero ¿qué dices, Oliver? Estaría eligiendo, porque soy adulta y puedo hacerlo. Y estaría eligiéndote a ti —añadió, con tono de censura.

—Y yo me siento halagado. Pero no puedo aceptar que lo hagas. Sabes tan bien como yo que tu padre nunca te lo perdonaría. Y tu madre... Tú la quieres, por mucho que discutáis.

Annabelle apartó la mirada.

—Lo sé. Pero no voy a quedarme aquí sola. Otra vez, no. Ni siquiera por ella.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Al final, Oliver suspiró.

—Está bien, ven. —Le tendió la mano y ella la tomó. La condujo hasta el sofá junto a la chimenea, donde se sentaron—. Voy a contarte algo, Anna... Te pido la máxima discreción, por favor. Ni una palabra de esto a nadie, a nadie en absoluto, y menos a Noailles.

Ella lo miró sorprendida. Y preocupada.

—¿Qué ocurre?

Capítulo 13

Muchos planes locos para unirnos

Oliver permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera escogiendo todas y cada una de las palabras que iba a utilizar antes de empezar a hablar.

—Verás —empezó por fin—, en mi primera expedición, nada más llegar al Congo, uno de los hombres que me acompañaban, un guía de la etnia chokwe, me habló de unas piedras que aparecían entre las gravas de un río, en la región de Tshikapa. Según él, eran transparentes, muy duras y tenían un brillo extraño cuando les daba el sol. Al principio no le di mayor importancia. Las piedras curiosas no son precisamente una rareza en un lugar como aquel.

Ella asintió.

—Me lo imagino. Habrá cosas sorprendentes por ahí.

—Así es. Por eso, lo olvidé sin más. Pero tiempo después conocí a un prospector belga llamado Narcisse Janot. Trabajaba para la Forminière y había...

—¿La qué?

—La Forminière. Perdona, es la abreviatura de Société Internationale Forestière et Minière du Congo, una empresa belga dedicada a la exploración y explotación minera, especialmente en la

región del Kasai. —Esperó a que Annabelle asintiera, indicando que había entendido, antes de seguir—: Pues bien, monsieur Janot había encontrado una piedra que le había llamado la atención y me la enseñó. Quería saber si yo había visto algo así, en mis viajes por el Congo. Supuse que estaba intentando localizar algún yacimiento. Le dije la verdad: que no. Ninguno de los dos pudimos asegurarlo entonces, pero yo sospeché de inmediato que podía tratarse de un diamante en bruto, uno impresionante, de buen tamaño, y creo que él también.

—¿Un diamante?

—Sí. Y, si unimos eso con lo del guía chokwe, creo que podría hacerme una idea de por dónde podría estar el yacimiento. ¿Entiendes? No estamos hablando de encontrar una piedra preciosa por casualidad. Si realmente hay diamantes en esa región, lo importante es averiguar dónde aparecen, de dónde proceden y hasta dónde se extiende la zona en la que pueden encontrarse. Eso requiere financiación, regresar allí y hacer un trabajo mucho más preciso que el que pude realizar entonces.

Ella asintió. Empezaba a comprender la importancia de todo aquello.

—Por eso estás tan empeñado en conseguir dinero y volver...

—Exacto. —Oliver se inclinó ligeramente hacia ella—. Y no te lo voy a negar: corre cierta prisa.

—¿Por qué?

—Porque... metí la pata. Escribí desde el Congo a un compañero de la Royal Geographical Society y le conté lo que me había enseñado Janot. A diferencia de mí, que solo soy un aficionado, él es un buen gemólogo, y quería que me diese su opinión sobre la piedra, si tenía o no razones para mis conclusiones. Se la describí a fondo, incluso se la dibujé, y no pudo darme una respuesta rotunda,

pero sí muchas esperanzas. Sin embargo, sé que no ha guardado el secreto que le pedí, porque, desde entonces, la noticia ha circulado más de lo que me habría gustado. Y ahora hay gente interesada en averiguar exactamente qué vi o qué encontré.

—¿Gente interesada? ¿De la Royal Geographical Society?

—Sí, pero también otros. —Se encogió de hombros—. Representantes de distintos países.

—Pero ¿por qué lo harían? ¿Qué puede importarles? ¿No dices que la empresa es belga? El Congo pertenece a Bélgica, ¿no?

—Esa parte, sí. Al otro lado del río está el Congo francés, pero el territorio que nos interesa es el Congo belga. Aunque, para ser exactos, hasta el año pasado, técnicamente no pertenecía a Bélgica. Era el Estado Libre del Congo y su soberano era Leopoldo II.

—¿El rey de los belgas?

—El mismo. —Ella puso los ojos en blanco como lo habría hecho Helen. Ambos rieron—. Sí, lo sé. Pero, créeme, no era lo mismo ser rey de Bélgica que soberano del Congo. Durante muchos años, el canalla de Leopoldo II administró aquel territorio prácticamente como una posesión personal. Pero cuando se descubrió todo lo que estaba ocurriendo allí...

—¿El qué? ¿Por qué lo llamas «canalla»?

—Eh... —Oliver dudó—. Vamos a dejarlo en que, durante años, el caucho y el marfil fueron explotados en el Congo en condiciones terribles, y los informes sobre los abusos cometidos contra la población acabaron provocando un auténtico escándalo internacional. Algo espantoso. Atrocidades que no quieres conocer, créeme. A mí me gustaría no haber oído hablar nunca de ellas. —Annabelle palideció. No se atrevió a preguntar más. ¡Qué gente terrible había por el mundo!—. Por eso Bélgica asumió finalmente la administración del territorio, aunque eso no significa que las demás

potencias hayan perdido interés en lo que pueda encontrarse allí.

Annabelle asintió despacio.

—He oído o leído a veces noticias sobre el Congo en el periódico —admitió, recordando su álbum. No lo mencionó, porque de pronto le pareció una idea infantil, como pensaba lady Eve, y le dio apuro. Quizá se lo contase algún día—, aunque nunca les había prestado demasiada atención hasta hace poco, cuando empezaron a mencionarte. Lo hubiera hecho antes, pero no sabía que estabas allí. Peter me dijo que mapeabas por Benguela, en Angola.

—Ah, sí. Cuando él estuvo conmigo, sí. Estuvimos trabajando en la región de Benguela y después nos internamos hacia el interior. Aquella expedición terminó allí, pero yo regresé más tarde para incorporarme a otra que se dirigía hacia el Kasai. —Sus ojos se perdieron un segundo en algún recuerdo, como si estuvieran viendo de nuevo aquellos paisajes. Suspiró—. La cuestión, volviendo al tema, es que la presión internacional se hizo demasiado grande. Bélgica terminó haciéndose cargo del Congo y, desde octubre del año pasado, es oficialmente una colonia belga.

—Entonces ahora sí que pertenece a Bélgica.

—Sí. Pero el cambio es demasiado reciente como para que todos los demás países hayan dejado de interesarse por él. El Congo es enorme y sabemos muy poco de lo que contiene. Hay caucho, marfil, cobre... y ahora también, quizá, diamantes.

Annabelle empezó a comprender.

—Y si hay diamantes, todos querrán saberlo.

—Exactamente. Y no solo por los diamantes. Hay otra cuestión que complica las cosas.

—¿Cuál?

—Francia.

Annabelle arqueó las cejas.

—Pero ¿qué tiene que ver Francia con el Congo belga?

—Mucho más de lo que crees, porque resulta que Francia obtuvo en su momento un *Droit de Préférence*, un derecho de preferencia sobre el Congo belga. Eso significa que, si alguna vez Bélgica cediera, vendiera o transfiriera parte de aquel territorio a otra potencia, Francia tendría derecho a reclamar preferencia.

—Y se lo quedarían los franceses.

—Eso es, aunque nada es tan fácil. En la práctica, sería algo... complejo, pero no se puede negar que existe, y que ese acuerdo sigue siendo importante. De hecho, el año pasado, cuando la debacle de Leopoldo II, mientras Bélgica se hacía cargo del Congo, franceses y belgas tuvieron que volver a ocuparse de esa cuestión.

Annabelle guardó silencio unos segundos. Lo miró inquieta.

—¿Crees que Noailles tiene algo que ver con todo eso?

Oliver hizo un gesto indeterminado.

—Si te digo la verdad, eso me temí yo al principio, cuando apareció repentinamente en la exposición de mapas, preguntando precisamente por uno de África. Pero reconozco que sospeché solo porque es francés. Ahora no sé qué pensar. Creo que es... demasiado francés. —Ambos sonrieron—. Un espía auténtico hubiera disimulado más, supongo.

—*Le Spectre* no lo hacía.

—No, cierto. Émile de Rochefort, alias *Le Spectre*, era más francés que el Sena. —Rio, seguro que recordando, como ella, los buenos ratos pasados con aquellas historias—. Pero por muy simpático que resulte Noailles, y lo romántica que sea la idea de que se trate de un espía, dudo que tenga algo que ver. Y, de hecho, los franceses me contactaron ya, al poco de llegar a Londres, intentando convencerme de que trabajase para ellos. Gentes de la embajada en Londres, insistentes y mucho menos simpáticas, debo añadir. No veo

por qué tendría que actuar Noailles por otro lado.

Annabelle hizo una muequita, algo decepcionada. Una pena. ¡Hubiera sido tan emocionante!

—Bueno, pues eso significa que Francia está esperando su oportunidad para quedarse con el Congo belga.

—No exactamente. Como te digo, el asunto es bastante más complicado, pese al derecho de preferencia. Pero sí quiere saber qué tiene Bélgica entre manos, para saber a qué atenerse. Y si en una región todavía poco explorada aparece la posibilidad de que exista un yacimiento importante de diamantes, comprenderás que quieran averiguarlo antes de que lo haga cualquier otra potencia.

—¿Inglaterra, por ejemplo?

Oliver sonrió mientras abría los brazos con las palmas hacia arriba.

—Por ejemplo. Inglaterra, Francia, Bélgica, los estadounidenses... Cualquiera que tenga dinero suficiente para explotar una riqueza semejante tendría interés en saber dónde está.

—Y tú eres quien sabe dónde buscar.

—*Creo* que sé dónde buscar. Eso no es lo mismo. No allí. Ni te imaginas lo grande que es aquello.

—Pero tus mapas...

—Mis mapas pueden ayudar, resultan útiles. Pero todavía no sé cuál es el lugar exacto del yacimiento ni su extensión, solo tengo unas pistas vagas. Eso es precisamente lo que quiero descubrir y por eso hay que investigar. Es como un maldito perro que se muerde la cola: para investigar el asunto necesito el dinero, pero no me dan el dinero para investigar como yo quiero. Y no voy a ceder mis pistas a cualquiera. Ni de cualquier manera.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que muchos quieren la información y están dispuestos a

invertir, pero no aceptan el modo que yo quiero controlar el asunto. Los franceses de la embajada, por ejemplo: querían contratarme para guiar una expedición en busca de los diamantes. También me ocuparía de cartografiar toda la zona. Pagaban bien. Hasta me ofrecieron un pequeño tanto por ciento de la explotación, si es que al final hay algo.

—¡Oliver! —exclamó ella, contenta—. ¡Pues eso era lo que querías! Y si es una mina de diamantes, puedes hacerte muy rico. — Al ver que no esbozaba sonrisa alguna, perdió la suya—. ¿No?

—No exactamente... No me fío de los acuerdos que dependen de que siga vivo tras haberlos llevado donde se supone que quieren llegar. África es despiadada. Nadie se sorprendería si vuelven y dicen que al guía se lo comió un león o que se despeñó en una grieta. — Ella lo miró con sobresalto—. Que luego ellos, por casualidad, encontraron un yacimiento.

—Oh, qué espanto...

—La gente que negocia a esos niveles es muy peligrosa. Además, si vamos a eso, también me han llegado ofertas similares desde la Royal Geographical Society. Y hay otras asociaciones y países interesados, algunos con posibles ganancias mejores. Pero no voy a trabajar con ninguno de ellos.

—Pero... No comprendo, llevas semanas buscando financiación.

—Pues sí. La he buscado por todas partes. —Se encogió de hombros—. Y con poco éxito, debo añadir, porque ya he descubierto que tener un nombre que todavía no tengo pesa mucho cuando se trata de conseguir financiación, más incluso que unos diamantes que podrían o no existir. Solo he tenido estas propuestas que te digo, pero me niego a aceptar sus condiciones.

—Desde luego —asintió Annabelle con firmeza—. Si van a decir que se te comió un león... Queda totalmente descartado trabajar

con esos criminales.

—No, no es solo por eso... —Oliver se levantó y caminó unos pasos, tomando espacio. Annabelle pensó que seguramente a alguien como él, acostumbrado a recorrer extensiones enormes, le resultaba ya difícil permanecer tanto tiempo quieto y sentado. La contempló desde su nueva distancia—. Verás, la gente como yo trabaja por lo general cartografiando en expediciones ajenas, ya sean privadas o de la Royal Geographical Society o cualquier otra institución. Es lo que he hecho siempre. Pero no es lo que quiero ahora. Quiero que alguien financie mi expedición.

—Pero si dices que todos quieren financiarte...

—No. *Quieren contratarme*, que es distinto. Quieren que vaya con ellos, con un equipo ajeno, liderado por alguien de los suyos, y les muestre el lugar. Así lo controlarán todo, desde el gasto del dinero en el lugar hasta la última decisión sobre el terreno. Yo no quiero eso. Esta tiene que ser *mi* expedición, mía, Anna. Soy yo quien está buscando esos diamantes. Si consigo regresar al Congo, será para volver a la zona del Tshikapa, localizar exactamente el lugar donde pueda estar el yacimiento y cartografiar toda la región.

Ella asintió.

—Encontrar los diamantes y documentarlo todo.

—Eso es. Pero necesito hacerlo por mi cuenta, con mi propio equipo. Algo que resulta muy costoso, ya te puedes imaginar. Yo no tengo ese dinero. Y, como todavía no tengo un nombre, tengo difícil conseguir financiación. —Su mirada se oscureció—. Además, sospecho que me están perjudicando por ahí, alguno de estos aspirantes a conseguir doblegarme para sus intereses. Cada vez que consigo algo, el respaldo de un filántropo o cualquiera interesado en mi propuesta, alguien interviene y el asunto se va por la borda.

—¿Lo dices en serio?

—Por completo. —Hizo una mueca—. Pero no tengo pruebas.

—Ya... —Annabelle meditó el asunto un momento—. Pero ¿por qué no aceptar el trato de la Royal Geographical Society? Tú eres miembro desde hace años. Ellos no dirían lo del león y seguramente te dejarían organizar cosas...

Oliver negó con la cabeza.

—Pero no sería mi expedición, y me exigen muchos detalles antes de arriesgar tanto dinero. Ya he contado más de lo debido, lamento mucho haber escrito aquella carta por la que se filtró la información y no quiero compartir más hasta estar seguro de lo que tenemos entre manos. Ya he pagado la novatada, no volverá a ocurrir. Tengo claro que, si otros conocen todos los detalles, encontrarán la manera de organizarlo sin mí. No lo dudes.

Annabelle arqueó una ceja.

—¿Y qué esperas conseguir? No entiendo la diferencia, la verdad. ¿Es que vas a explotar tú las minas de diamante? ¿O quizá vas a venderles los mapas por más dinero, cuando los tengas?

Oliver sonrió ligeramente.

—No, no... Si no dispongo de dinero para una expedición, imagina para hacerme cargo de una mina de diamantes. No, en absoluto. Pero, date cuenta: si consigo financiación para mi grupo, uno realmente mío, que sea «la expedición del explorador Oliver Cartwright», y logro localizar con él exactamente el lugar del hallazgo, cartografiar la zona y regresar con pruebas, podré presentar los resultados al Gobierno británico y a las sociedades científicas. Las presentaría yo, no otro con mis mapas y mi información, que es lo que ocurriría de ir simplemente contratado para guiar y mapear.

—Oh, claro. —Lo entendió de golpe—. Sí, ahora lo comprendo. Ese otro se llevaría los méritos.

—Exacto. Y es importante porque, si consigo hacer las cosas bien, dejaré de ser un explorador relativamente desconocido y pasaré a ser el hombre que ha localizado una de las grandes riquezas minerales de África. ¿Te das cuenta?

Annabelle tardó unos segundos en responder. Se sentía extraña, como al borde de un descubrimiento importante.

—Quieres hacerte un nombre.

—Sí. Exactamente, eso quiero. Eso es lo que me impulsa a volver a África, lady Annabelle Sanders. —Oliver le clavó una mirada intensa antes de añadir, con una sinceridad tan evidente como dolorosa—: Porque, cuando vuelva, quiero estar en una posición diferente. No quiero presentarme ante tu padre como tendría que hacerlo ahora, en que no soy más que el hombre que ha conseguido que su hija se enamore de él sin que le importen ni ella ni las consecuencias.

—Sí que te importo. Te importa todo, por eso estás como paralizado en el tiempo.

—Es un buen modo de decirlo. Pero él no lo vería así, sabes que, de enterarse, se indignará. No. Así no. Por eso todo esto, por eso quiero volver a África. Deseo pararme ante él y poder decirle que tengo una carrera, una fortuna propia y un futuro próspero que ofrecerte. Quiero que, cuando le pida tu mano, tenga alguna posibilidad de que me diga que sí. Por mínima que sea.

Ella lo miró aturdida. Así que por eso lo hacía. Por ella. Por estar en mejor posición a la hora de presentarse ante lord Caltrey. Llena de ternura, Annabelle sintió que algo se le encogía en el pecho. Suspiró.

—¿Y cuánto tiempo pretendes que espere?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, Anna. Hasta que vuelva.

—Eso puede ser mucho tiempo. Años. Y no tienes ninguna garantía de que todo salga como esperas.

—Ninguna, es cierto.

Ella apartó la mirada, algo avergonzada por lo que iba a decir.

—¿Te das cuenta de que podría estar...? Bueno, ya sabes.

—Encinta, sí. —Ambos carraspearon y miraron la chimenea—. Tener relaciones contigo antes de tiempo es una complicación con la que no había contado. Intenté evitarlo, pero... no pude.

Annabelle hizo una mueca, dolida.

—Entonces sí que te arrepientes.

—No, en absoluto. Ni siquiera por eso. —La miró con intensidad—. Y no pienso renunciar a nuestra... intimidad.

Ella sonrió, aliviada.

—Yo tampoco. Con lo cual, volvemos al mismo punto: tenemos que casarnos. No puedes irte a África dejándome sola, a expensas de descubrir dentro de uno o dos meses que espero un hijo. No puedes, Oliver.

—Pero...

—Lo sé. Quieres pedirle mi mano a mi padre. Quieres hacer las cosas bien. —Annabelle hizo una pausa—. Y eso es precisamente lo que me lleva a proponerte otra posibilidad: casarnos de inmediato.

Oliver frunció el ceño.

—¿Qué dices? Eso es imposible.

—No, no lo es. Solo necesitamos una licencia especial.

—¿Una licencia especial?

—Sí. Para casarnos de inmediato. Te lo acabo de decir.

—Anna...

—No, escucha. He estado informándome. Como seguramente sabes, en Inglaterra, si una pareja quiere casarse por la Iglesia, normalmente se anuncian las amonestaciones durante tres

domingos consecutivos. Es una forma de que cualquiera que conozca algún impedimento pueda hacerlo saber antes de la boda.

—Sí, desde luego.

—Pues, aunque no lo creas, existe la posibilidad de obtener una licencia que dispensa de esas amonestaciones. Y hay una todavía más excepcional, la licencia especial, que permite celebrar el matrimonio sin tener que esperar esos plazos y, además, escoger el lugar y el momento de una manera que una boda ordinaria no permite.

Oliver la miró con creciente incredulidad.

—¿Y tú puedes conseguir una de esas?

—Puedo solicitarla. Y mi situación no es precisamente la de una muchacha que intenta casarse a escondidas contra la voluntad de su familia. Soy mayor de edad y soy hija de un conde. —Annabelle se encogió ligeramente de hombros—. No creo que conseguirla vaya a ser el obstáculo que imaginas. Además, contaremos con buena ayuda legal. Seguro que en el despacho de abogados donde trabaja Helen nos echan una mano con la gestión. Puedo hablar con Frederick Fletcher, el vikingo que trabaja allí.

Él la contempló durante unos segundos, encontrándose entre la preocupación y la incredulidad.

—Pero tu padre...

—Mi padre no tiene que darme permiso —lo dijo con tranquilidad, casi con satisfacción—. Tengo veintitrés años, Oliver. Puedo casarme sin su consentimiento.

Él se lo pensó.

—No me gusta, no era lo que tenía planeado, pero... tras lo ocurrido, creo que no va a haber más remedio.

—Eso parece. Hay que amoldarse a los vientos de la vida, como dijo Noailles.

—¿Cuánto tardará eso?

—No lo sé, ni idea. Fred nos lo dirá. Pero espero que sea rápido.

—Se levantó y avanzó lentamente hacia él, hasta detenerse a un escaso paso. Oliver la siguió todo el tiempo con los ojos—. Lo importante es que, si obtenemos la licencia, no tendremos que anunciar nuestro matrimonio con semanas de antelación ni dar tiempo a que toda mi familia descubra lo que estamos haciendo. Y a Lorna le va a encantar ser mi dama de honor. —Rio, al pensar en algo—. ¡Y a Emily peinarme!

Oliver agitó lentamente con la cabeza.

—Has pensado en todo.

—He tenido unas cuantas horas para hacerlo, durante estos años.

Él pareció culpable.

—Y sabiendo eso, sabiendo cómo es mi vida, las separaciones que va a haber... ¿Estás segura de que quieres esto? ¿Compartir tu vida con un hombre que apenas vas a poder ver? ¿Pelearte con tus padres porque no vas a casarte? ¿Dejar que Londres te pueda llegar a considerar una solterona si no llego a tiempo de evitarlo?

Annabelle lo miró fijamente. No quería aquello ni por nada del mundo. No deseaba estar lejos de él ni un solo segundo más en el resto de su existencia. Pero tendría que conformarse, por su felicidad.

—De lo que estoy segura es de que no quiero que te marches a África sin saber qué va a ser de nosotros —se limitó a decir—. Y estoy segura de que, si esperamos a que todo resulte conveniente para mi familia, quizá no lleguemos a casarnos nunca. De modo que lo haremos así, y luego tú partirás a África y yo volveré a casa. Si no se dan circunstancias... excepcionales, nadie de mi familia tendrá por qué saberlo hasta que llegue el momento adecuado. Y, cuando

regreses, podremos celebrar la ceremonia que todos esperan de nosotros.

Oliver se pasó una mano por el cabello, con un gesto de desaliento.

—Yo quería hablar con tu padre.

—Lo sé.

—Quería presentarme ante él como es debido, hacer las cosas bien...

—Y lo harás. Algún día. —Annabelle sonrió—. Pero primero serás mi marido.

Oliver soltó una breve risa.

—Es absurdo, menudo plan. ¿Te das cuenta de que estás proponiendo que nos casemos en secreto y después volvamos a comportarnos como si nada hubiera ocurrido, quizá durante años?

—Sí.

—Y lo dices con una tranquilidad alarmante.

Ella rio.

—Bueno, es que, si lo piensas bien, tu plan de la expedición podría parecer más absurdo aún: reunir financiación para ir a buscar unos diamantes en medio de la jungla del Congo, a ver si así tu apellido adquiere mayor relieve social y consigues que mi padre te conceda mi mano.

—Sabana.

—¿Qué?

—La región del Kasai está en el sur del Congo. Es sabana, no jungla. Por eso hay leones.

—Ah, vale. Gracias por la información, pero yo soy la parte de nuestra familia que va a quedarse en Inglaterra, sentada junto a la chimenea. —Annabelle sonrió, se acercó hasta quedar frente a él y apoyó una mano sobre su pecho—. Ahora, dejemos de discutir. No

quiero marcharme enfadada contigo otra vez.

Oliver cubrió su mano con la suya.

—Yo tampoco.

Ella sonrió.

—Entonces, haz algo por arreglarlo.

El beso fue suave al principio, casi prudente, como si ambos necesitaran comprobar que aquello seguía siendo real. Pero la cautela duró poco. Annabelle se abrazó a él, embriagada por la misma sensación que le producían las burbujas del champán; y Oliver la estrechó contra su cuerpo, besándola cada vez con más y más urgencia.

Cuando se separaron, Annabelle alzó el rostro para mirarlo muy de cerca. Se dijo que ese día se estaban cumpliendo todos los deseos pedidos a lo largo de muchos cumpleaños.

Era feliz.

—Voy a subir al primer piso, a buscar el dormitorio. Tú bajarás a la bodega a por esa botella de vino de la que habló Noailles y conseguirás también un par de copas. Eres un explorador, seguro que encuentras alguna por ahí.

Él soltó una risa.

—Seguro que sí.

Como suponía, no le costó nada encontrar el dormitorio, un espacio de tonos claros, bonito y elegante. Cuando subió Oliver, ella ya estaba desnuda entre las sábanas de seda, esperándolo, y vio cómo los ojos azules de aquel hombre acostumbrado a contemplar las maravillas del mundo se enturbiaban por el deseo. Oliver dejó la botella y las copas a un lado, tomó su mano y la besó.

La casa era encantadora, discreta y completamente ajena a sus respectivos mundos. No estaban las personas que se creían con derecho a decidir qué podían o no podían hacer.

Solo estaban ellos dos y los planes —más o menos locos, más o menos absurdos— con los que conseguirían construir su futuro.

Capítulo 14

Se avecina un escándalo

Durante los días siguientes, Annabelle y Oliver pasaron juntos todo el tiempo que les fue posible.

La pequeña casa que había alquilado Noailles para ellos había dejado de parecerles un escondite provisional y se había convertido, casi sin darse cuenta, en un auténtico hogar. Allí, en el número siete de aquella calle tranquila, Annabelle podía olvidar durante un tiempo que era la hija única de los condes de Caltrey, y Oliver olvidaba constantemente que era un hombre al que la sociedad londinense jamás habría considerado adecuado para ella.

En alguna ocasión pudieron almorzar juntos —todo dependía siempre de las posibilidades de Lorna de cubrirlos—, pero por lo general tomaban el té y hacían el amor, sin importar realmente el orden. Sentados en el sofá o tumbados en la cama, podían hablar de cualquier cosa: discutir sobre los mapas, reírse de sus propias preocupaciones —algo que solo podían hacer si estaban juntos— y, sobre todo, disfrutar de toda aquella felicidad que todavía les parecía un tanto irreal, como si formara parte de un sueño del que podían despertar en cualquier momento.

Un sueño que se hizo más profundo, más intenso, con su boda.

La ceremonia tuvo lugar unos días después, en una pequeña iglesia situada en una zona tranquila de las afueras de Londres que eligieron con mucho cuidado. No había más flores que los sencillos ramilletes de margaritas que llevaban la novia y las dos damas de honor. Tampoco había gran número de carruajes esperando cerca de la puerta, como había ocurrido en la boda de Helen, ni invitados atestando bancos y hasta el último rincón de la nave de la iglesia.

A cambio, había una gran paz, un silencio profundo y una percepción mística casi palpable, algo que producía una extraña sensación de maravilla. Annabelle no había experimentado nunca tan cerca la presencia de Dios.

La iglesia era sencilla y antigua, situada junto a un pequeño cementerio en el que las lápidas —algunas muy antiguas, de piedra oscurecida y recubierta de musgo— se inclinaban entre la hierba, unas hacia las otras, como si se estuviesen susurrando secretos que no querían compartir con los vivos.

Como dedicaron varios días a comprobar la zona, sabían que, a aquella hora de la mañana, apenas había movimiento en los alrededores y, precisamente por eso, les pareció perfecta.

Annabelle llevaba un vestido sencillo, sin nada que hubiese llamado la atención al salir de Caltrey House ni de quien la viera llegar a ninguna parte. Eso sí, al menos era blanco, y muy bonito, pero no era el que habría elegido para su boda. En todo caso, no necesitaba encajes ni joyas ni una larga cola para convertir aquel momento en algo especial.

Y con ver a su lado a las sonrientes Lorna y Emily, que actuaban de damas de honor además de como testigos, sentía la ceremonia completa. Resultaba curioso y divertido verlas tan emocionadas. Emily, que le había hecho un recogido precioso con margaritas formando una especie de redecilla, no había dejado de llorar desde

el día en que le preguntaron si quería formar parte de la ceremonia.

—¿Yo, milady? —había dicho, incrédula, justo un segundo antes de que cayese la primera lágrima—. ¡Oh, cuando se lo cuente a mi madre! ¡Yo, de dama de honor y de testigo en la boda de una lady!

Annabelle se había pasado horas recordándole que la boda era un secreto y que no se lo podía decir ni a su madre ni a nadie, hasta que lo hicieran público. Aun así, no confiaba demasiado en que la muchacha guardase silencio al respecto, pero no había mucho más que pudieran hacer.

También participó como testigo un emocionado Joyce, que llevaba ese día su traje de los domingos y no dejaba de sonreír a la doncella. Lorna y Annabelle intercambiaron más de una mirada, divertidas.

—«De una boda sale otra boda» —le susurró Lorna. El viejo refrán podía tener razón. Al fin y al cabo, fue en la boda de Helen donde ella se decidió a besar a Oliver.

Cuando llegó el momento, ante el altar, casi mareada por tantas emociones, Annabelle miró a su prometido.

Siempre había sabido que terminarían así, que ese era su destino, desde que se habían conocido siendo unos niños, la primera vez que fue a Terrace House a quedarse un tiempo con Helen y Lorna. Desde el momento en que vio a Oliver Cartwright con su traje de lacayo, tan serio, tan servicial con las hermanas Bowler, tan sensato y, a la vez, tan soñador, su corazón le había pertenecido.

Y todo el camino recorrido había sido tan solo una búsqueda de ese momento, de esa unión.

La ceremonia fue muy breve. Sencilla, como habían solicitado al sacerdote, un anciano de sonrisa amable que se había sentido honrado y divertido cuando solicitaron celebrar allí la boda.

Llegado el momento de pronunciar sus votos, Oliver carraspeó.

—Anna, no sé qué nos espera en el camino de la vida ni cuánto tendremos que luchar para conservar lo que hoy empezamos, pero sí tengo una cosa clara: te elegiría una y otra vez como mi compañera para recorrerlo. En cualquier circunstancia y en cualquier existencia que se me pudiera otorgar. Te prometo que, mientras esté a tu lado, nunca tendrás que preguntarte si te quiero, y que, mientras tú me desees a tu lado, los mapas no tendrán sentido, porque solo existirá un lugar en el que quiera estar.

—Oh... —Se oyó el gimoteo de Emily.

Annabelle sintió que la emoción le cerraba durante un instante la garganta. Le costó empezar, pero luego salió sorprendentemente fluido.

—Oliver, tampoco puedo prometerte que nuestro camino vaya a ser fácil. Pero te he elegido libremente a ti para recorrerlo, con todo lo que eres y con todo lo que venga después, y seguiré eligiéndote cada día, estés aquí o al otro lado del mundo. —Le sonrió, viendo que las pupilas de Oliver estaban veladas por lágrimas contenidas—. Mientras dibujas tus mapas, recuerda siempre que yo camino a tu lado, estés donde estés, y que todas las direcciones terminarán reuniéndonos exactamente en el mismo lugar. Es nuestro destino.

El sacerdote terminó la ceremonia y ellos firmaron el registro junto a sus tres testigos. Joyce escribió una J un tanto torpe, lo que hizo que Lorna y Annabelle intercambiaran una mirada y un gesto ligero en el que acordaban que, antes de terminar el año, Joyce sabría leer y escribir correctamente.

Emily firmó con esmero, sacando de la boca la puntita de la lengua.

—Ha estado ensayando durante días para que le quedase bonita —le susurró Lorna a Annabelle—. Cuando llegó a Terrace House tampoco sabía ni leer ni escribir y...

—¡Oh! —exclamó Emily alarmada—. ¡Me ha quedado mal! ¡Ay! —Miró al sacerdote—. ¿Puedo repetirla?

—No, pequeña —dijo el hombre, divertido—. Pero, si te sirve, a lo largo de mi vida he visto auténticos borrones. Y tu firma no está nada mal.

—A mí me parece preciosa —dijo Joyce.

Annabelle miró el libro. La letra de Emily era algo infantil, pero bonita, y tan solo había tenido un problema en el final de la floritura con la que la envolvía.

—Coincido con Joyce, está preciosa —le dijo a la apurada Emily, apoyando una mano en su hombro para animarla, y apretó el contacto con cariño—. Te lo agradezco mucho, querida. Espero poder hacer de testigo en tu boda, algún día.

—¡Oh! —exclamó Emily, olvidando por completo la firma. La miró con ojos brillantes—. ¡Milady! ¡Mi madre se morirá de la emoción!

—Espero que no —dijo Lorna, riendo de buen grado—. ¡Tu boda se convertiría en un funeral!

—Algo que casi pasa en la boda de Helen. —Rio Annabelle al recordarlo. La doncella las miró horrorizada, pero se le pasó nada más salir, por algo que le dijo Joyce al oído.

Fueron a comer a un bonito restaurante que habían visto cerca —Oliver se empeñó en pagar el convite completo— y, después, se dirigieron a la estación, donde Lorna y Emily cogieron el tren a Minstrel Valley. Tanto Lorna como Annabelle habían dicho en sus casas que iban de visita a la escuela y que pasarían la noche en el pueblo. De ese modo, los recién casados podrían contar con una noche de bodas tranquila, en la casita de Noailles.

Joyce los acercó a un par de calles y luego volvió a Terrace House. Ellos preferían dirigirse a la casa por separado, como hacían siempre: ella entraba por la puerta principal y él usando la puerta

trasera que le había indicado Noailles el primer día, cruzando a través del jardín de una pequeña mansión deshabitada. Era un buen modo de entrar, jamás había visto a nadie. No había testigos de que él hubiese estado nunca en la casa.

Una buena precaución —no podía negar que el francés era un hombre muy astuto—, porque ese día Annabelle se cruzó en la acera, justo al llegar a la valla de hierro forjado que delimitaba su jardín, con dos damas que ya había empezado a conocer del vecindario. De hecho, estaba segura de que había coincidido en alguna que otra fiesta con al menos una de ellas, la más fornida —era impensable que semejante mandíbula cuadrada con aire de bulldog o su cuerpo bajo y achaparrado pasasen desapercibidos—, pero no estaba segura. Mejor simular no conocerse de nada.

Las dos mujeres inclinaron la cabeza al paso, en un saludo cortés, pero sus rostros no eran amables, precisamente, y en cuanto se alejaron empezaron a chismorrear entre ellas. Annabelle apretó los labios. Esperaba que ninguna fuera amiga de su madre. Y, de serlo, que no la hubiera reconocido. Eso supondría un desastre.

—No tiene por qué —masculló mientras cruzaba la cancela y se dirigía a la escalinata de entrada—. Ya soy una mujer casada.

La idea la llenó de felicidad, de orgullo. Abrió con su llave y fue al saloncito. Supo al momento que Noailles había estado allí, porque había dejado sobre la mesita de la sala una caja envuelta en un papel muy bonito, de una pastelería francesa, con una tarjeta, según su costumbre. Al lado, había una pluma. Se la habría dejado olvidada, tras escribir la nota.

Aunque solo lo veía en fiestas, en cenas en Caltrey House o en algún que otro evento al que acudía con sus padres, el francés solía pasarse por la casita, sobre todo por las mañanas, para dejar algo en la cocina, en la fresquera, o en la bodega. Era un hombre tan

amable...

Annabelle había estado tentada de invitarlo a la boda, pero ni siquiera había llegado a proponérselo a Oliver. Sabía que se negaría. Desde lo de su amigo de la Royal Geographical Society, el que difundió la historia de los diamantes, estaba muy susceptible con los secretos. Además, ella misma reconocía que era mejor no extender la noticia más de lo necesario.

Ese día, la tarjeta decía:

Lady Annabelle:

Me he permitido traerles unos *marrons glacés*. Acaban de llegarme de París y he pensado que quizá les gustarían.

También les dejo un té nuevo que me han enviado, dicen que es exquisito. Está en la lata de siempre, en la cocina.

Bon appétit.

Noailles

Oyó el sonido de la puerta trasera y miró hacia el pasillo, por donde no tardó en entrar Oliver. Él sonrió y miró la nota.

—¿Qué es eso? ¿Otro detalle de monsieur de Noailles?

—Sí. *Marrons glacés* y té. Dice que es exquisito.

—Y seguro que es verdad. Ese hombre es un auténtico sibarita.

—Sí... —Le sonrió, dejando caer la nota sobre la caja. No tenía ningún hambre ni la tentaban los dulces. Al menos, no en ese momento—. Ya está.

Él se dio cuenta de a qué se refería y le devolvió la sonrisa.

—Ya está.

Annabelle soltó una pequeña carcajada.

—Ahora eres mi marido.

—Y tú mi esposa.

Le tendió la mano y la atrajo cuando Annabelle la tomó, y se fundieron en un abrazo que parecía el final perfecto para aquel largo y arduo camino que habían recorrido hasta llegar a ese momento. Mientras se besaban —su marido, qué maravilla, estaba besando a Oliver, que era su marido, por fin!—, Annabelle pensó que no tenían ninguna razón real para estar tan felices después de una ceremonia tan sencilla y tan secreta. Que todavía estaba todo como cogido con pinzas, y les quedaba por delante una etapa muy dura, con una larga separación.

Y si estaba ya encinta, teniendo que pasar por un escándalo que podría resolver en cierta manera, al demostrar que estaba casada, pero que no dejaría de dejarle muchos sinsabores, sobre todo con sus padres.

Pero tal vez precisamente por eso estaban, felices. Habían conseguido aquello que durante tanto tiempo les había parecido imposible y, por primera vez, no tenían que preguntarse si iban a poder estar juntos.

Y tenían toda una noche por delante. Su primera noche.

—¿Quieres que prepare té, esposo? —le preguntó a Oliver. Él rio.

—No, seré yo quien lo haga. Soy un hombre moderno.

—Eso me gusta. Yo iré a...

El sonido del llamador los sobresaltó. Los dos miraron hacia el pasillo, como si pudiesen ver la puerta de la calle desde allí.

—¿Será Noailles? —preguntó Oliver.

—No, seguro que él tiene llave. Además, imagino que seguirá usando la puerta trasera, como tú.

—Cierto... —Volvieron a llamar—. Abre tú. Si alguien te ha visto, que no sepan que estás aquí con un hombre.

Annabelle asintió, se arregló la ropa, se retocó el cabello y fue a abrir.

En la entrada esperaba una mujer de mediana edad. Sonreía con amplitud.

—Querida, disculpe. Soy la señora Collins, la vecina de al lado. Su marido vino esta mañana a pedirme una pluma, para escribir un poema, al parecer.

—¿Mi marido?

Annabelle se quedó atónita.

—¿Mi marido?

—Sí, bueno, lo supuse. Un hombre moreno, alto, de ojos verdes, que se describió a sí mismo como «tremendamente guapo y muy francés». Vino de aquí, así que supongo que es su esposo, querida.

—La mujer rio, ruborizada—. Deje que le diga que tiene usted mucha suerte, es un hombre encantador. Por eso le dejé la pluma buena de mi difunto Bernard, ¿sabe? Pero se le debe haber olvidado devolvérmela. Antes me pasé, pero no había nadie...

Annabelle recordó la pluma que había visto sobre la mesa, junto a la nota de Noailles. Debió de buscar algo con lo que escribir y, al parecer, al no encontrarlo en la casa, no se le había ocurrido mejor idea que irse a pedirle una pluma a la vecina más próxima.

Pero ¿cómo se le había ocurrido a ese hombre? Había roto la norma de usar la puerta de atrás, la que él mismo había propuesto... Y todo por querer dejarle aquellas pocas frases, qué atolondrado. ¡Muy propio de Noailles! Eso, y también el que luego se le hubiese olvidado devolver la pluma.

Se reiría de no ser porque le molestaba tener tanto trato con nadie, en una casita en la que, se suponía, iban a estar discretamente, sin llamar la atención. Menudo inconveniente.

Daba igual. Mejor no darle más importancia de la que tenía.

—Oh, sí, desde luego —replicó—. Un momento.

Cerró la puerta y volvió a la salita. Cogió la pluma mientras intercambiaba una mirada de circunstancias con Oliver, que estaba en el umbral del pasillo que llevaba a la cocina. Por si tenía que escapar corriendo por su salida trasera, supuso.

—Se irá enseguida, no te preocupes —le susurró.

Oliver asintió, aunque estaba evidentemente preocupado. Annabelle volvió a la puerta de la calle decidida a deshacerse cuanto antes de la señora Collins.

La vecina estaba en el mismo sitio y casi en la misma postura, como si no hubiera pasado el tiempo. La única diferencia estribaba en que no parecía tan simpática como antes, pese a seguir sonriendo. Era algo que se intuía más que otra cosa: quizá no le había gustado que la dejara fuera de aquel modo, sin miramientos y sin invitarla a pasar, como supuso que dictaba la buena educación entre vecinas; al haber vivido siempre en grandes mansiones, no estaba totalmente segura al respecto.

Annabelle no pudo por menos que comprenderla, pero no le era posible hacer otra cosa.

—Aquí tiene —le dijo, entregándole la pluma—. Gracias y...

—De nada, querida, faltaría más, un placer. —Mientras la cogía, más lentamente de lo que hubiera sido de esperar, lanzó un vistazo hacia el interior de la casa—. ¿No está su esposo?

Maldito fuera Noailles. Por su imprudencia, aquella mujer —y quizá todo el dichoso barrio— iba a terminar concluyendo que estaba casada con él. ¿Y ahora, qué hacía? Annabelle valoró a toda prisa qué respuesta exigía más explicaciones y optó por la más simple.

—No, ahora mismo, no.

—¿Y el poema?

Annabelle dudó, hasta recordar la excusa dada por el francés. Suspiró mentalmente.

—Precioso. No rima, pero se nota que le pone voluntad.

La mujer lanzó una risa que a lady Eve le hubiera parecido muy poco apropiada en una dama. Tampoco había sido tan terrible, pero sí un poco ruidosa.

—¡Ah, los hombres! —dijo la señora Collins, y la contempló con amable condescendencia—. Son ustedes recién casados, ¿verdad? —Horror... Annabelle logró esbozar una sonrisa evasiva mientras daba un paso atrás para cerrar la puerta—. ¡Qué época maravillosa! Por supuesto, imagino que su madre la habrá educado para saber llevar una casa, pero si necesita algo, lo que sea —agitó divertida la pluma—, ya sabe que vivo justo al lado.

—Muchas gracias...

—Como le digo, soy la señora Collins, Ada Collins.

Annabelle maldijo para sí. O cerraba la puerta de golpe, con la mala educación que implicaba, o tenía que presentarse de algún modo.

Buscó rápido un nombre que dar, y surgió un compuesto entre su mejor amiga y su marido.

—Encantada. Soy Helen Cartwright.

—Oh, querida, un placer.

Le tendió la mano y Annabelle se vio obligada a estrecharla. Mientras lo hacía, dos figuras atraieron su atención. Las mujeres que había visto antes, yendo por la acera en una dirección, volvían ahora en la otra, y una de ellas, la fornida, cargaba con un perrito de pelo dorado. Era diminuto y hubiera podido resultar encantador, pero tenía mal genio. Miró a Annabelle, decidió que era una criatura hostil y empezó a ladrar con ganas desde varios metros.

Al oírlo, la señora Collins se giró.

—¡Ah, hola, señora Meade, señora Merryweather! ¡Y con el pequeño Cornelius! —saludó, alzando contenta una mano—. ¡Hermoso día! ¿Verdad?

—Así es, señora Collins, muy hermoso —dijo la mujer delgada, la que no llevaba perros ladrones llamados Cornelius. Observó a Annabelle con una expresión que intentaba ser cordial, pero parecía más cotilla que otra cosa—. Veo que está saludando a nuestra encantadora nueva vecina.

—Así es. Dejen que les presente a la señora Helen Cartwright. Ellas son la señora Thelma Meade, esposa del doctor Meade, vive dos casas más abajo.

—También está allí la consulta de mi marido, si necesita algo —se apresuró a decir la mujer.

—Muchas gracias —se obligó a contestar Annabelle—. Encantada.

—Y la señora Margaret Merryweather, viuda de un abogado muy conocido en Londres. Es la propietaria de la casa azul, justo frente a la de la señora Meade, cruzando la calle.

—Mucho gusto —dijo Annabelle, sintiendo que le temblaban las rodillas.

La señora Merryweather —la que le sonaba de haberla visto en algún lado— se quedó mirándola durante un segundo más de lo necesario.

—¿No nos conocemos, señora Cartwright?

—¿Conocernos? —Annabelle trató de parecer sorprendida—. No... no lo creo. —Sonrió, procurando controlar su expresión.

—¿Seguro? No sé, yo diría que sí. —La señora Merryweather frunció ligeramente el ceño—. Aunque quizá me equivoque. ¿No es usted lady...?

Annabelle lanzó una carcajada que cortó limpiamente la frase de

la otra.

—¡Lady! Por Dios, qué más quisiera yo que ser noble. Pero solo soy la señora Cartwright, y desde hace muy poquito.

—¿Es usted recién casada? —La señora Meade sonrió con repentina ternura—. Mi esposo puede atenderla. Tiene mucha experiencia tratando a las damas y trayendo niños al mundo. ¡Y le puedo asegurar que no encontrará hombre más atento en toda Inglaterra!

—Oh... —dijo Annabelle ruborizándose—. Muchas gracias una vez más. Lo tendré en cuenta.

—Pues se parece sorprendentemente a alguien que conozco —insistió la señora Merryweather. Como el perrito pataleaba inquieto, harto de sentirse aplastado contra su pecho generoso, lo dejó en el suelo, aunque sujeto por la correa—. Pero lo cierto es que no es la primera vez que me pasa, no voy a negarlo. Supongo que la edad se cobra su tributo.

—Yo diría que más bien se debe a su innegable éxito social, querida amiga —corrigió la señora Meade—. ¡Bien sabe Dios que conoce usted a demasiada gente en esta ciudad enorme!

La señora Merryweather asintió con firmeza.

—Es cierto, señora Meade. Suelo acudir de vez en cuando a alguna cena o recepción, invitada por amigos de mi difunto esposo —le explicó a Annabelle, pese a que ella no había preguntado al respecto—, y es fácil acabar reconociendo caras sin llegar a conocer a las personas.

No había nada especialmente hostil en su tono, pero sí aquella curiosidad que Annabelle empezaba a reconocer demasiado bien. Debía irse cuanto antes o el asunto podía complicarse.

—Me pasa también, no se preocupe —atinó a decir.

—Es que la señora Meade tiene razón, Londres está lleno de

gente —comentó la señora Collins.

Entonces el perrito volvió a ladrar —bendito fuera—, como si considerase que la conversación estaba durando demasiado, y su dueña tiró suavemente de la correa.

—Bueno, no queremos entretenerla, señora Cartwright. Seguro que tendrá muchas cosas que hacer.

—Desde luego. Buenas...

—Aunque —añadió la señora Meade, echando un vistazo a la fachada—, ahora que lo pienso, ¿no había alquilado la casa un francés?

—¡Es cierto! —afirmó la señora Collins y la miró sorprendida—. No había caído en ello. ¿Su esposo se apellida Cartwright?

Annabelle notó que se le helaba la sonrisa.

—No, no... —Se le escapó la risilla de cuando estaba nerviosa. Las tres mujeres la observaban con intriga—. Mi marido se apellida... —Buscó y lo primero que se le ocurrió fue el apellido de Noailles—. Villeneuve. Pero es que he decidido quedarme con mi nombre de soltera. Por... por mi padre. No le gustan los franceses.

—Ah. —Las tres mujeres intercambiaron una mirada. Fue un gesto breve. Apenas duró un instante—. No sé... Aunque sea por complacer a su padre, no me parece bien hacerle ese feo a su marido —dijo la señora Meade, con algo de censura.

—Pues a mí sí. Eso dice mucho de usted como hija, y es muy valiente por su parte —aprobó la señora Collins.

La señora Meade siguió mostrando disconformidad.

—Pero ¿qué ocurrirá cuando tengan hijos? ¿Qué sinsentido es ese en el que el padre tiene un apellido y la madre otro, como si fueran de familias distintas?

—Así lo hacen en el continente, tengo entendido —alegó la señora Collins—. Y que yo sepa, no han caído en la barbarie.

—Esa, señora Collins, es una opinión que no compartimos para nada en mi casa. Mi esposo dice que por eso el continente está cada vez más aislado. Al final, todo lo volverán a cubrir esas selvas africanas que tienen y se volverán salvajes, como cuando empezaron.

—¡Qué cosas dice! —Rio la señora Collins.

Parecían capaces de seguir con aquella absurda discusión toda la semana, incluso todo el mes, de darse el caso.

Mientras, la señora Merryweather seguía mirándola con fijeza.

Annabelle carraspeó. Era el momento de escapar, antes de meter la pata más todavía.

—Encantada de conocerlas, señoras. Perdón, tengo unas pastas en el horno. Buenas tardes a todas —dijo rápidamente. Cerró la puerta antes de que pudieran añadir una sola palabra y se quedó apoyada contra ella, respirando hondo—. Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...

Oliver se asomó por la puerta de la salita con expresión preocupada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que creo que acabo de convertirme en la señora Cartwright delante de tres de las personas menos convenientes de todo Londres.

Capítulo 15

Le corbeau ne chante qu'une fois: El cuervo solo canta una vez

La noche de bodas fue maravillosa. Quizá por eso, volver a la rutina, con su secreto, resultó especialmente difícil.

—¿Qué tal en Minstrel Valley, querida? —le preguntó su madre, al día siguiente, nada más entrar en Caltrey House.

—Muy bien, mamá —replicó ella tratando de simular normalidad, algo que le resultaba muy difícil, con el corazón al galope en su pecho.

Intercambiaron sendos besos y su madre la estrechó con cariño.

—Espero que le dieras recuerdos de mi parte a la señorita Lypton —le dijo.

—Por supuesto... —replicó, intentando mantener el aplomo. Odiaba mentir, pero se recordó que no le quedaba otro remedio—. Anoche estuvimos charlando hasta tarde. Voy a descansar un poco.

—Bien. Por cierto —la oyó añadir, cuando ya empezaba a subir la escalera—, esta noche viene a cenar monsieur de Noailles.

—¿Otra vez? —se le escapó, girándose. Su madre la miró sorprendida.

—Yo... Sales mucho con él últimamente. Pensé que estabas

contenta con la situación, y que podíamos contar con el cortejo en firme.

—Sí, bueno... claro.

Volvió a darle la espalda y subió todo lo deprisa que podía hacerlo una dama sin llamar demasiado la atención. ¿Por qué se alteraba? Mejor que pensaran que la estaba cortejando Noailles a que empezaran a buscarle otra pareja, ¿no? Qué infierno era todo aquel asunto.

Unos días después, Annabelle acudió con sus padres a The Source Soirée, la gran velada benéfica anual de la Royal Society of Arts, Letters and Science, que ese año se celebraba en el elegante Salón Selecto, muy vinculado a la Escuela de Señoritas de lady Acton de Minstrel Valley. A diferencia de lo que le ocurría con otros eventos, iba contenta porque esperaba encontrar allí a muchas viejas amigas de la escuela y, por supuesto, a Oliver.

La llamaban The Source Soirée porque, según los miembros de la sociedad, todo conocimiento nacía de una misma fuente; aquella noche, cada año, se reunían con el mayor esplendor de la sociedad londinense para asegurarse de que nunca se secara. Era, en definitiva, una fiesta situada entre lo opulento y lo formativo, pensada para establecer contactos entre diversas ramas culturales, pero, sobre todo, para la recaudación de fondos destinados a toda clase de proyectos, entre los que estaban incluidos varios de la Royal Geographical Society.

Por eso, cuando Oliver recibió una invitación, ambos se alegraron. Iban a coincidir allí y ese día se verían dos veces: en la casita y, luego, en la fiesta. Todo un lujo.

The Source Soirée era una de esas reuniones en las que Annabelle estaba acostumbrada a desenvolverse con facilidad. Había música, conversaciones eruditas o sociales que se mezclaban unas

con otras y grupos de invitados que iban moviéndose ociosamente de sala en sala para saludar al mayor número de conocidos posible.

Las damas, por lo general —solo unas pocas mantenían conversaciones de otro tipo en grupos de varones que las aceptaban con condescendencia—, formaban corrillos en los que se hablaba de los vestidos más elegantes o de las novedades románticas de la temporada, y los caballeros se repartían entre quienes hablaban de política, quienes discutían sobre negocios y quienes parecían mucho más interesados en saber quién había ido acompañado de quién.

Oliver llegó poco después que Annabelle. En cuanto entró en el salón, ella advirtió que varias jóvenes volvían discretamente la mirada hacia él, y no pudo evitar sentirse orgullosa. Era su marido, el hombre que la amaba, y resultaba evidente que no pasaba desapercibido.

Esa noche vestía un traje oscuro absolutamente impecable, con una camisa blanca y una corbata de seda anudada de aquel modo moderno y elegante que le había enseñado ella. El excelente corte del traje marcaba sus hombros y su figura esbelta, y llevaba el cabello peinado a la perfección, aunque los mechones rebeldes de siempre parecían empeñados en recordarle al mundo que aquel hombre estaba mucho más acostumbrado a los caminos de África que a los salones de Londres.

Annabelle lo contempló durante unos segundos, satisfecha. Sí, Oliver Cartwright estaba muy atractivo aquella noche. Y, por alguna razón que no quiso analizar demasiado, le agradaba comprobar que las demás damas presentes en aquella fiesta tan selecta también lo habían descubierto.

Se encontraron en las mesas para refrigerio y él se ofreció gentil a servirle una copa, como hubiera hecho con cualquier otra dama. Se sonrieron y Annabelle pensó que resultaba difícil comportarse

como si aquella tarde no hubieran estado tres horas haciendo el amor y tomando té con pastas en la cama.

Oliver se inclinó ligeramente hacia ella.

—Esto es un infierno. —Así que le estaba pasando lo mismo—. Toda esa gente por aquí rondando, hablando de cosas muy científicas y muy serias, y yo solo soy capaz de pensar que estoy deseando besarte y quitarte la ropa.

—¡Oliver! —exclamó ella escandalizada. Miró alrededor. No, nadie más que ella lo había oído.

—¿Qué? Es la pura verdad... —Chocó su copa de champán con la de ella con un tintineo casi inaudible en medio del barullo de conversaciones y música—. Eres mi esposa y no puedo tocarte. Eso me vuelve loco. No sé si ha sido tan buena idea lo de casarnos en secreto.

Annabelle lo miró, divertida.

—Esta tarde no decías eso.

—Tú tampoco.

—No soy yo la que se arrepiente de nada, amado esposo.

—No me arrepiento. Pero estás bellísima y me queman tanto los dedos que creo que el champán va a entrar en ebullición.

Ella rio.

—Pues será mejor que no ocurra, esto está lleno de científicos que querrían estudiar de inmediato el fenómeno. —Se inclinó hacia él para añadir, con tono insinuante—: Tendrás que esperar a mañana.

—Ya... —Oliver se quedó unos instantes en silencio—. Ahora en serio, tengo algo que contarte.

Aquello hizo que Annabelle dejara de sonreír.

—Eso no suena demasiado bien.

Era la financiación, seguro. Había conseguido el dichoso dinero y

se marchaba. Y pasaría otra vez años sin verlo, eso para el caso de que la vida fuera amable con ellos y no murieran, él en la jungla — bueno, en la sabana, comido por ese odioso león que ya no podía olvidar— o ella en el sofisticado Londres.

—No, ciertamente. —Oliver contempló su copa y suspiró—. Estoy casi convencido de que han entrado en mis habitaciones.

—¿Que han entrado? ¿A robar, quieres decir?

—De eso no estoy seguro. En realidad, no he echado nada en falta, y eso que guardo una buena cantidad de libras en uno de los armarios, sin mayor seguridad. No han tocado el dinero, pero han revisado mis papeles. Mis documentos, mis mapas...

—¿Estás seguro?

Lo vio vacilar.

—Casi. Verás, cuando trabajo, tengo ciertas costumbres adquiridas con los años. No necesito recordar dónde he colocado cada dato porque los ordeno siempre de una manera concreta, según el territorio, la fecha y el origen de la información. Esta mañana he encontrado uno de los mapas ligeramente desplazado y una hoja colocada debajo de otra que debía estar encima. Y es la segunda vez que me ocurre, como poco. Hace un par de semanas me di cuenta también de algo así. Es muy posible que haya habido más registros sin que yo me haya percatado.

Annabelle frunció ligeramente el ceño.

—¿Podrías haberte equivocado tú? —sugirió, como posible explicación.

Él asintió.

—Podría.

—Y, sin embargo, no lo crees.

Oliver negó con la cabeza.

—No. Más bien creo que alguien ha estado buscando algo.

Alguien que ha sido muy cuidadoso, pero al que se le han escapado un par de detalles.

Annabelle lo miró con atención.

—¿Y crees que está relacionado con los diamantes?

Oliver se encogió de hombros.

—Es la conclusión más lógica. Es lo único de valor que tengo, y lo sabe demasiada gente.

Ella asintió, pensativa. Permanecieron un par de minutos en silencio, cada cual en sus reflexiones.

—*Le corbeau ne chante qu'une fois* —murmuró Annabelle, recordando otros tiempos.

—El cuervo solo canta una vez —tradujo Oliver, con una sonrisa que bailaba en las comisuras de sus labios. Aquella frase se había convertido en el santo y seña de su grupo de agentes de la Corona, el Ministerio del Cuervo Silencioso. Él llegó a la conclusión esperada—. ¿Crees que es un caso de espionaje? ¿Por los diamantes?

—Helen te hubiera dicho que sí.

—Ya. —Agitó la cabeza—. La quiero mucho, pero está un poco loca.

—¡Oliver! —protestó ella siguiendo la broma—. De eso nada. No te metas con mi amiga o pediré el divorcio. Y ella es mi abogada, te lo advierto.

Él se echó a reír.

—Lo tendré en cuenta. —La orquesta del Salón Selecto empezó a tocar las notas de un vals. Oliver le quitó la copa con delicadeza, la dejó a un lado junto con la suya y le ofreció la mano—. ¿Bailas conmigo, milady? —preguntó. Annabelle dudó apenas un instante antes de aceptarla sonriente. Juntos fueron hacia la pista y se unieron a las parejas que ya habían empezado a girar.

—Veo que sigues siendo un excelente bailarín —le dijo

Annabelle.

Oliver sonrió.

—Tuve las mejores maestras.

Eso no era totalmente cierto, pero Annabelle lanzó una carcajada al recordar las veces que Helen, Lorna y ella lo habían utilizado para ensayar los distintos bailes, en los tiempos en que soñaban con su primera temporada. A él y a Peter, cuando apareció en sus vidas.

—No creo que aprendieras mucho de Helen.

—No —reconoció él con sencillez—. Y no puedes divorciarte de mí por eso, ella hubiera respondido lo mismo.

Ambos rieron y se dejaron llevar por la música y el momento. Oliver apretó con discreción la mano con la que la sujetaba por la cintura, y ella sintió que le ardía la piel en esa zona. En respuesta, hizo más presión con la mano que sostenía la de él, un gesto delicado pero que dejó claro de algún modo que estaban entrelazados, unidos para siempre.

Mantuvieron la distancia adecuada y siguieron los pasos con naturalidad. No hicieron nada que pudiera considerarse impropio, a no ser que el mirarse fijamente a los ojos pudiera considerarse así.

El problema era que ninguno de los dos podía dejar de sonreír.

Se miraban y parecía bastarles ese contacto para recordar lo ocurrido unas horas antes y lo que ocurriría al día siguiente, lo que sucedería por siempre, mientras siguieran respirando. Cada vez que sus ojos se encontraban, Annabelle sentía que una alegría absurda burbujeaba en sus venas, una emoción intensa que no conseguía ni quería ocultar. Oliver parecía encontrarse en una situación muy parecida.

Fue un error.

Cuando terminó la pieza, estaba tan feliz, se sentía tan fuerte gracias a todo aquel amor que compartía con Oliver, que Annabelle

pensó en proponerle seguir bailando, y seguir así toda la noche, sin importar lo que pudieran decir los rumores. Pero apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento cuando vio aparecer a su madre.

Lady Eve se acercó con una expresión perfectamente serena. Una lástima que su sonrisa no alcanzase sus ojos.

—Milady... —la saludó Oliver con una reverencia impecable. Lady Eve apenas le dedicó una mirada con aquellos ojos serios.

—Annabelle... —Aquella sola palabra hubiera bastado para que su hija supiera que algo no iba bien. No por el nombre en sí, sino por el tono empleado—. Ven conmigo, por favor.

Annabelle miró a Oliver. Él permanecía quieto e inexpresivo, pero lo conocía lo suficiente para saber lo mortificado que se sentía por aquel desprecio.

—Voy en seguida, mamá —se atrevió a decir, tratando de disimular lo furiosa que se sentía con ella. ¿Cómo osaba tratar así a un hombre tan bueno y tan noble como Oliver? Ninguno de sus títulos, ninguno de sus nobles amigos, toda la ralea de aristócratas que llenaban en esos momentos el Salón Selecto le llegaban a la suela del zapato—. En unos minutos.

—No. Despídete ya, por favor —replicó lady Eve, intransigente—. Seguro que el señor Cartwright tiene asuntos propios que tratar en esta fiesta. Asuntos muy importantes que no tienen *nada* que ver contigo.

—Pero...

Nada, imposible. Lady Eve ya había comenzado a alejarse. Annabelle no tuvo más remedio que despedirse con una mirada de Oliver. Él seguía en el mismo sitio, inmóvil e inexpresivo, perdida toda alegría.

Annabelle se detuvo.

—No —dijo, rotunda.

No pensaba irse. No iba a dejarlo allí, solo y despreciado.

Su madre notó en su tono que no iba a salirse con la suya. Se volvió y la miró, entre el enfado y el desconcierto.

De pronto, de entre un grupo de eruditos barbudos que discutían en corro, apareció su padre con una copa de champán en la mano. Ese día no debía dolerle mucho la rodilla, porque parecía estar de buen humor.

—Oh, querida, qué bien que estás aquí —le dijo a su esposa, mientras le daba la copa. Y a ella le acarició la mejilla. Annabelle le sonrió. Su padre era un hombre dominante y estricto en las formas, pero cariñoso en el fondo—. ¿Dónde os habíais metido?

—Perdona, Caltrey, estábamos charlando de moda —replicó lady Eve. De pronto se mostraba algo nerviosa, y se sobresaltó más cuando lord Caltrey vio a Oliver.

—¡Ah! ¡El joven Cartwright! —Le tendió la mano, que Oliver estrechó al momento—. Me alegra mucho volver a verlo.

—Lo mismo digo, milord.

—Hace tiempo que quería preguntarle por sus viajes, ¿verdad, querida? —preguntó a su esposa, que se limitó a sonreír en respuesta—. He oído algunas cosas bastante interesantes sobre su trabajo en África.

—Desde luego. Estaré encantado de hablarle de ello.

—Tiene que venir a almorzar o, mejor incluso, a cenar un día a Caltrey House, porque la charla será larga. —Rio con buen humor—. Yo pasé bastante tiempo en África, como sin duda sabe, aunque más al sur. Me encantará saber cuánto tiempo ha pasado en el Congo y qué dificultades ha encontrado. ¡Yo recuerdo muchas! En África aprende uno muy pronto que un mapa puede ser una cosa, y el terreno, otra muy distinta. Claro que para eso va usted allí, ¿no? Para ordenarlo todo como es debido.

—Así es, milord —replicó Oliver educadamente.

—Bien, bien... Debe de ser un trabajo extraordinario —comentó el conde—. Supongo que hace falta una enorme preparación.

Oliver intercambió una mirada discreta con Annabelle.

—Y bastante paciencia —dijo, por decir algo. Ella estuvo a punto de echarse a reír. Su padre sí que soltó una pequeña risa.

—Eso siempre es útil. Me gustaría conocer alguno de sus mapas algún día. Siempre me han interesado esas cosas.

—Será un placer enseñárselos.

—Por cierto, ¿cuándo piensa regresar a África?

—Dentro de poco. Unos días, unas semanas...

—¿Tan pronto?

—Hay trabajo que terminar. Y debo reunir financiación.

El conde asintió con cierta admiración.

—Eso sí que es tener vocación. Y dígame, ¿qué hay de cierto en eso de que los belgas han encontrado diamantes?

Annabelle sufrió un sobresalto. Oliver palideció a ojos vistas.

—¿Perdón? —dijo, con voz ahogada.

—Sí, ¿no se ha enterado? Pronto se hará público, pero ya se sabe en los corrillos que se ha confirmado que aquella piedra encontrada por una empresa belga hace un par de años era en realidad un diamante de buen tamaño. Al parecer, eso abre excelentes perspectivas sobre la posibilidad de que haya un buen yacimiento en el Congo y...

Se interrumpió al ver que Oliver se ponía en marcha hacia la salida. Hizo unas reverencias en general y lanzó una mirada de entendimiento a Annabelle con la mayor cautela posible.

—Perdón, milord, debo comprobar esa información. Gracias por todo. Me alegro de haberlo visto. Miladies...

Annabelle lo vio alejarse a buen paso. Tuvo que hacer un

esfuerzo increíble para no salir corriendo tras él.

—Qué gente más excéntrica, estos... exploradores —comentó su padre, sorprendido—. Aunque supongo que no se puede pedir mucha más educación. Cartwright tiene por momentos maneras de caballero, pero es un criado, al fin y al cabo; y luego se ha pasado años en la jungla, en estado salvaje.

Annabelle vio por el rabillo del ojo cómo su madre la miraba preocupada. Lady Eve intentó cogerle una mano en apoyo, pero ella se apartó. No podía soportar la idea de que la tocaran.

Todo su mundo se estaba derrumbando. Si el asunto de los diamantes se había frustrado antes de empezar, ¿qué haría Oliver? ¿Seguiría queriendo irse, aunque fuera sin esa pequeña esperanza de un triunfo cercano?

¿Y qué sería de ella, en ese caso?

Capítulo 16

Me temo que es el escándalo equivocado

—Oh, mirad, ahí llega monsieur de Noailles —dijo de pronto su padre.

Annabelle apenas lo oyó. Su voz venía de muy lejos, de más allá del barullo de la charla y la música. Antes, envuelta en aquel algodón luminoso de la felicidad, le había parecido hermoso, un sonido lleno de armonía: ya no. Ahora todo formaba parte del caos, del estruendo, del mundo que odiaba...

Respiró con dificultad, con la sensación de que iba a escindirse en dos en cualquier momento. Su cuerpo estaba inmovilizado, clavado en aquel salón de baile y paralizado por la costumbre, por el deber estricto de comportarse como le habían enseñado; pero, en su interior, se sentía sacudida por una urgencia terrible que la impulsaba a romper con todo y ayudar a Oliver, de inmediato. Quería salir corriendo tras él para poder consolarlo y darle fuerzas.

Pobre Oliver... Sabía cómo debía sentirse, estaría destrozado. Su gran idea, aquella iniciativa algo loca, pero que le ofrecía la esperanza de una oportunidad con la que poder romper por fin las trabas sociales que siempre le habían impuesto, se había ido al infierno.

—Cariño... —susurró su madre, aprovechando que su padre había ido a recibir a Noailles—. Reacciona. Vamos. No sé qué pasa, pero todo se arreglará.

Si ella supiera... Annabelle miró un momento más hacia el punto donde Oliver había desaparecido entre la multitud. Quería seguirlo, pero sabía que no era prudente provocar una confrontación con su padre. ¿Y si luego Oliver lograba encontrar una solución y ella había provocado una ruptura? Mejor esperar.

Se giró hacia donde indicaba su madre, con un suspiro. El conde francés se estaba disculpando con algunos invitados por su retraso y llegó por fin hasta ellos. Estrechó con gran efusividad la mano de lord Caltrey y besó la mano de lady Eve, que lo recibió con una calidez que no había mostrado con Oliver.

Annabelle la odió por ello.

—Monsieur de Noailles, qué bien verlo por fin —dijo lady Eve. Quizá él se dio cuenta de la tensión que flotaba en el ambiente, porque pasó una mirada de la madre a la hija antes de inclinarse gallardo a besar sus manos.

—Miladies, merezco sus reproches y lamento mucho haber llegado tarde. Dado que ustedes son ingleses y se preocupan tanto por la puntualidad, me gustaría poder alegar algo fascinante al respecto, como que he estado salvando a la humanidad de sí misma, o al menos a su encantadora reina, pero me temo que no ha habido nada tan heroico. Simplemente, me quedé dormido. No tenía nada que hacer hasta la hora de la fiesta y tanto tedio me abruma.

Lady Eve rio algo más animada.

—No tiene importancia, monsieur. Pero precisamente estaba a punto de comentarle a Annabelle que me extrañaba su ausencia. La otra noche, durante la cena, dijo que mi hija le debe un vals desde la boda de lady Helen y lord Peter. Seguro que todos estamos de

acuerdo en que esta noche sería la ocasión ideal de saldar deudas.

Annabelle abrió mucho los ojos. ¡Como si tuviera ninguna gana de bailar ni vals ni polcas!

—Mamá...

—Vamos, querida. No seas descortés.

Noailles sonrió.

—A mí me parece una idea estupenda. Lady Annabelle, ¿qué opina? ¿Bailamos por fin ese vals? Le aseguro, por si guarda alguna duda al respecto, que soy un bailarín excelente.

Ella titubeó un momento. Su padre, que seguramente había esperado mayor entusiasmo, la miró sorprendido; su madre, preocupada. Pero si Annabelle dijo lo que dijo no fue por ellos, sino porque se planteó que quizá Noailles pudiera echarles una mano.

—Será un placer, monsieur de Noailles.

Lord Caltrey miró a ambos con satisfacción.

—Vaya, vayan a bailar, mi hija también es una excelente bailarina. Y luego tomen champán y diviértanse, que son jóvenes.

—Desde luego. —La sonrisa de lady Eve resplandeció sobre Annabelle. Le decía a su hija, sin palabras, que olvidara el percance con Oliver. Que no había ocurrido nada malo y que debía aprovechar al máximo la situación y disfrutar de la noche y el champán en compañía del hombre adecuado—. ¡Y hacen una pareja estupenda! Creo que tienen muchas cosas en común de las que hablar. Mi hija siempre disfruta de sus conversaciones, monsieur. Diviértanse.

Annabelle y Noailles se alejaron hacia la zona de baile. No hablaron hasta estar seguros de que no podrían oírles, ya dando vueltas por la pista. Al menos, eso fue en el caso de ella. Quizá el francés tuvo otras razones.

En cualquier caso, los dos empezaron a hacerlo justo a la vez.

—Es cierto que baila usted muy...

—Es horrible, lamento lo que ha...

Se miraron y él rio. Annabelle casi llegó a sonreír.

—Adelante —dijo Noailles—. Usted primero. Creo que lo necesita. Está muy pálida.

—No era nada, solo disculparme por el comportamiento de mis padres —le dijo Annabelle, abochornada—. Lo siento. Tiene que entenderlo, tengo ya veintitrés años y temen que me quede solterona. Han intentado emparejarme con muchos caballeros, pero no han tenido mayor éxito y cada vez están más desesperados.

—Y no saben que usted no ha querido ningún cortejo por causa del señor Cartwright, ¿no?

Annabelle apretó los labios.

—Mi padre, no. Mi madre lo sospecha, en realidad incluso lo sabe, pero no quiere aceptarlo. La mayor parte del tiempo se lo pasa ignorando el asunto y el resto se dedica a presionarme para que no haga tonterías... y así no me quede solterona. La posibilidad de que me case con Oliver le resulta completamente impensable.

—Ya lo imagino —replicó Noailles con amabilidad. Tardó un poco en continuar, con expresión reflexiva—. En cuanto a lo de quedarse solterona, no se preocupe. Algo así solo podría ocurrir si se lo toma usted con mucho empeño. Es demasiado hermosa e inteligente, milady, además de cariñosa y muy leal. Yo... Puedo asegurarle que son virtudes que cualquier caballero, cualquier hombre, estaría deseando encontrar en la mujer que pueda convertirse en su esposa.

Ella agitó la cabeza, algo abrumada.

—Me ve usted con buenos ojos.

—Veo los suyos. —Noailles sonrió—. Con chispas doradas.

El vals terminó. Las otras parejas empezaron a dispersarse, pero ellos se quedaron mirándose. Sí, de no haber existido Oliver, quizá

hubiera podido enamorarse de ese hombre, cada vez lo tenía más claro. Qué curiosa vida esa, qué mundo extraño, en el que el corazón podía encontrar cobijo en distintos lugares.

Pero ella ya tenía el suyo.

—Es usted un buen amigo, monsieur. —Algo titiló en las pupilas del conde francés. Quizá lamentaba ser tan buen amigo y no poder ser otra cosa. Annabelle tomó aire. Esperaba estar haciendo bien, porque iba a confiar plenamente en él—. Por eso quería comentarle un asunto, de Oliver, que...

—¡Señora Cartwright! —Se oyó una voz.

Sobresaltada, Annabelle se volvió justo a tiempo de ver llegar a una mujerona vestida de seda negra y perlas de mediana calidad, armada con un abanico horroroso que se extendía varios centímetros con plumas negras. La reconoció al momento: era la que había conocido el día de su boda, en la puerta de la casita que tenían alquilada. ¿Merryweather? Sí, eso era, la señora Merryweather. Y con ella iba la señora Meade, la esposa del médico —también de negro, pero sin perlas ni abanico—, además de un grupito de damas, dos de ellas buenas amigas de su madre, para su desdicha.

Y la miraban entre alarmadas y ansiosas, como si olieran un escándalo...

—¡Mi querida señora Cartwright, qué suerte haberla encontrado! —siguió diciendo la señora Merryweather—. Deje que le diga que está usted encantadora esta noche, niña.

—Aunque siempre va preciosa, la verdad —aportó la señora Meade—. Tiene usted muy buen gusto.

—Sí, la señora Meade y yo lo comentamos cada vez que la vemos entrar o salir del número siete. Siempre va impecable.

—¿Y este es su esposo? —La señora Meade miró a Noailles con

cierta censura, como hacía siempre con todo y con todos—. ¿Cómo era? ¿*Villenuf*?

—¿Mi apellido? —preguntó Noailles, desconcertado—. Villeneuve.

—Eso he dicho. Joven, es muy negligente de su parte permitir que su esposa no use su apellido. ¿Qué van a pensar sus hijos, el día en que los tengan? ¡Menuda situación absurda!

—¿Perdone? —dijo Noailles, cada vez más confuso.

—Que su esposa debería llevar su apellido, señor, como Dios manda.

—No sé, señora Meade, yo no creo que Dios mande llevar apellidos franceses. —Rio la señora Merryweather—. Si le digo lo que pienso, creo que opina que siempre es mejor un buen apellido inglés.

La otra arqueó ambas cejas.

—Cierto. Pero estoy segura de que tiene una razón clara para permitir tal desatino, porque no me parece bien. Es...

—Les digo que no es la señora Cartwright ni la señora Villeneuve —protestó una de las amigas de su madre, lady Gobbels—. Es lady Annabelle Sanders, la hija del conde de Caltrey. Lady Annabelle, dígaselo, por favor. Y él es el conde de Noailles, un amigo de la familia que...

—¡Sí! —exclamó la señora Merryweather, victoriosa, con los ojos clavados en Annabelle—. ¡Eso es! ¡Lo sabía! ¡Claro que era una lady! ¡Y casada con un conde francés! ¡Oh, querida, qué honor que hayan venido a vivir a nuestra calle!

—Pero ¿qué dice? —dijo otra de las amigas de lady Eve. Lady Gobbels agitó la cabeza, escandalizada, y se fue. Annabelle empezó a temerse lo peor. Aunque... ¿podía haber algo peor?—. ¡Lady Annabelle no está casada!

—¿Que no está casada? —La señora Merryweather y la señora

Meade intercambiaron una mirada. Luego la miraron a ella y, finalmente, a Noailles—. Eso no es posible.

—Se lo aseguro. Verdad, ¿milady?

—Eh... —Fue todo lo que pudo aportar Annabelle.

—No está casada —insistió la amiga de su madre.

La señora Merryweather frunció el ceño.

—Pero... Viven en el número siete...

—Espera... Dijo que se llamaba Helen. Helen Cartwright —recordó la señora Meade.

—¿Qué ocurre aquí? —Para horror de Annabelle, el primero en llegar fue su padre. Iba seguido de su madre, que venía hablando con la amiga desaparecida, las dos con cara de escándalo—. ¿Qué tonterías están diciendo, señoras?

—Ha habido un error... —dijo la señora Gobbels.

—Eso parece —declaró la señora Merryweather con el ceño cada vez más fruncido—. Pero no por nuestra parte. ¿Nos vamos, señora Meade? Creo que ya he oído todo lo que me quedaba por oír en este mundo.

—De aquí no se va nadie hasta que me expliquen qué pasa —bramó lord Caltrey. Nunca había sido tanto el coronel Sanders—. Y por qué miran con censura a mi hija. ¿Cómo se atreven, señoras?

—Caltrey, baja el tono —pidió su esposa. Al final, iba a organizarse otro escándalo con la trifulca en el sitio.

—Mi esposo era abogado, milord —le dijo la señora Merryweather a lord Caltrey, y como era tan fornida, dio realmente miedo, no por sus palabras, sino por la posibilidad de un ataque con su abanico—. De modo que, si pretende intimidarme, se equivoca de mujer. Que le explique su hija el asunto. Es tan escandaloso que no quiero tener nada que...

—Su hija nos dijo que estaba casada —intervino la señora Meade

—. Que era la señora Helen Cartwright. Y tiene una casita alquilada en nuestra calle con este hombre. —Señaló a Noailles con un dedo justiciero—. ¡Se ven allí, se hacen pasar por matrimonio! ¡Qué vergüenza! ¡Si la pobre señora Talbot levantara la cabeza...!

—Vámonos, señora Meade —dijo la otra.

Se alejaron, muy tiesas, del brazo. Con ellas se fueron las supuestas amigas de su madre, que las miraron con cierto desdén y algo de regocijo. Por supuesto, los rumores no tardarían en correr por todas partes, y con la peor intención.

Lord Caltrey tardó unos momentos en reaccionar. Entonces, los miró alternativamente con el ceño fruncido.

—¿Es cierto lo que han dicho?

Annabelle apretó los labios. Noailles suspiró.

—*Oh, d'accord*. Tendremos que admitirlo y asumir las consecuencias, *chérie*. —Se irguió cuan alto era—. Su hija y yo nos amamos. Tenemos una relación desde hace unas semanas. Y hemos alquilado una casita...

Annabelle lo miró con horror.

—¡Noailles! Pero ¿qué dice? ¡Eso no es cierto!

Por toda réplica, el francés la cogió con firmeza por el codo. Hizo un gesto a los desconcertados condes.

—Un momento, por favor. —Se llevó a Annabelle un par de metros, lo justo para hablar en susurros—. Es lo mejor, ¿no se da cuenta, *ma petite*? Sea como sea se va a organizar un buen escándalo con este asunto y debemos proteger en lo posible al señor Cartwright...

—¿Protegerlo? —Annabelle lo miró asustada—. ¿Qué quiere decir?

—Cartwright es un gran hombre, pero un hombre sin título ni linaje. Y, peor, un hombre pobre. Depende de su reputación para

conseguir financiación para sus expediciones. O, al menos, para que lo contraten. Ya tiene suficientes problemas, ¿cree que alguien querrá colaborar con él si llega a saberse que ha deshonrado a la hija de un conde?

—¡No me ha deshonrado!

—Es lo que dirán. Y lo sabe bien.

Annabelle apretó los labios. Sí, claro que lo sabía. La alta sociedad no perdonaría jamás algo así. A ella le harían mucho daño con sus rumores y su ostracismo, pero a él... A él lo destrozarían. Los hombres que sufragaban las expediciones en las que trabajaban los cartógrafos como Oliver eran en buen número aristócratas o personas de gran fortuna, y muchos de ellos tenían hijas. Nadie volvería a contratarlo y nadie le confiaría su dinero para una expedición.

Noailles observaba su rostro desde muy cerca. Seguramente vio que sus argumentos iban abriéndose paso, porque asintió con lentitud.

—*Exactement*, milady. Todo eso, por no hablar de lo que pueda hacer su padre. ¿O cree que no hará nada?

Ella lo miró inquieta.

—¿A qué se refiere?

—Su padre fue militar. ¿No se le ha pasado por la cabeza que lo rete a duelo? ¿A ese atrevido, petulante e imprudente nieto de un criado, que ha tenido la osadía de convertir a la hija del coronel Sanders en su amante? Le aseguro que querrá matarlo con sus propias manos.

—Él no haría eso.

—Al tiempo. Seguramente hasta me retará a duelo a mí antes de que abandonemos este sitio. ¿Qué se apuesta?

—Qué tontería. Sabe usted que tiene mal una rodilla.

—Eso no impedirá que dispare, solo que no acierte. O sí. ¿Quiere provocar una situación de esa gravedad? ¿Quiere ver cómo se matan el uno al otro?

Ella titubeó.

—No...

—Pues sígame el juego. Cuando hablemos con Cartwright, decidiremos qué hacer. Pero no lo lancemos a los cascos de los caballos antes de tenerlo claro. Ganemos tiempo hasta hablar con él.

—Pero...

No dio tiempo a más. Su padre se acercó enfadado y tiró de un brazo del francés, forzándolo a girarse en su dirección.

—¡Noailles! ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es lo que están conspirando ahí? —No contento con el primer zarandeo, lo cogió por la pechera—. Lo que han dicho esas mujeres es cierto, ¿verdad? Maldito canalla...

—¡Padre! —exclamó Annabelle, intentando interponerse. Su madre también trató de sujetar a su esposo. Lo hizo con la mayor discreción posible, pero cada vez había más gente pendiente de lo que estaba sucediendo.

—¡Caltrey! —exclamó lady Eve—. ¡Por favor! Nos están mirando.

—¿Y qué? En pocas horas el escándalo habrá llegado a cada rincón de Londres. —Annabelle se cubrió el rostro con las manos. ¡Por Dios! ¡Todo Londres iba a pensar que era amante de Noailles! ¿Cómo podía haberse metido en tal lío?—. ¡Maldito canalla...! ¡Le he abierto las puertas de mi casa, le he ofrecido entrar en mi familia, y a cambio pone en entredicho la reputación de mi hija! —Lo zarandéo con más fuerza todavía, pese a no tener mucha estabilidad. No contento con eso, le dio un bastonazo—. ¡Debería retarlo a duelo!

—¡No digas locuras! —gimió su esposa—. ¡Y para ya, Caltrey, por favor! Vamos a una salita. Vamos... Por favor...

Lord Caltrey miró alrededor, enrojeció furiosamente al ver a los más cercanos, todos mirando y cuchicheando entre ellos, y entró un poco en razón. Empujó a Noailles hacia la salida más cercana y, seguidos de lady Eve y Annabelle, abandonaron el salón de baile. Avanzaron por un pasillo transitado por poca gente y se metieron en una habitación pequeña, con un sofá y un par de sillones frente a la chimenea.

Un par de cuadros, una estantería con libros y algunos objetos de adorno completaban su decoración.

—Y, ahora... —Annabelle vio horrorizada cómo su padre daba otro par de golpes a Noailles con su bastón—. ¡Más le vale tener una explicación en condiciones, maldito cabrón! ¡Si ya sabía yo que todos los franceses eran unos pervertidos!

—¡Ay! —El conde alzó las manos, como si se sometiera a un atracador que le apuntase con una pistola—. ¡Ay! *Allons*, milord, le juro por mi honor que mis intenciones siempre han sido las más nobles, las más puras e inefables...!

—¿Cómo se atreve a decirme eso, después de lo que ha hecho?

—*Pardon!* Yo... Solo puedo alegar que estoy tan enamorado de su hija que no vi otra forma de sobrellevar mis sentimientos. Pero le juro que estoy dispuesto a cumplir con honor para solucionar del mejor modo esta situación. Haré lo que digan, estoy dispuesto a casarme con ella en cuanto lo consideren oportuno.

—¡Deja de golpearlo, Caltrey! —pidió lady Eve—. ¡Por favor, te lo ruego! ¡Basta! ¡Seamos civilizados!

No fue buena idea. El iracundo coronel Sanders la apartó a un lado y descargó dos bastonazos más sobre el francés, que se protegió como pudo con los brazos.

—¡Seremos civilizados cuando yo lo diga! —Su esposa se mordió los labios y guardó silencio mientras él apuntaba a Noailles con la

punta del bastón bajo la barbilla, como si fuera una espada—. Debería matarlo ahora mismo, pese a todas sus promesas de rectificación. Al menos me quedaría la satisfacción de haberlo hecho.

—Oh, por Dios... —gimió lady Eve.

Hubo un momento de tenso silencio en el que Annabelle hasta llegó a pensar que quizá podría hacerlo, que podría matar a Noailles de un mal golpe en la garganta o algo así. Pero, por suerte, la tensión disminuyó poco a poco.

El coronel bajó el bastón. Miró a Annabelle.

—Niña egoísta e insensata. Ni siquiera entiendes la magnitud del daño que le has hecho a nuestro apellido. Pese a todo, aunque haya boda y todo se solucione del mejor modo posible, habrá comentarios.

—Pero...

—¡Cállate! No quiero volver a oír tu voz. —Annabelle tragó saliva. El coronel Sanders se volvió hacia Noailles—. Estoy seguro de que hablo en nombre de mi esposa cuando le digo que no podemos negar lo mucho que nos ha decepcionado, Noailles. Nada de lo que haga restaurará nuestro buen nombre. Del mismo modo, nada de lo que haga logrará que yo vuelva a considerarlo un amigo.

Noailles inclinó la cabeza.

—*Oui*. Lo comprendo, milord.

El coronel hizo una mueca. Su pierna mala tembló. Debía dolerle mucho.

—Iniciaré las gestiones de inmediato. Se casará con mi hija o lo mataré yo mismo, ¿está claro?

—*Très bien*, milord. Perfectamente claro.

—Bien. Nada de más salidas, nada de confianzas. Se acabó todo eso. Si quiere ver a mi hija, desde hoy hasta el día de la boda, será cuando yo diga y bajo mi estricta supervisión. Y llevará una pistola,

se lo advierto.

Noailles asintió.

—Lo entiendo, milord.

—Eso espero. Jamás voy a olvidar lo ocurrido. Pero si está dispuesto a corregir su comportamiento, estoy seguro de que podremos llegar a convivir. Ahora, a casa. —Miró a lady Eve y a su hija—. Las dos. De inmediato.

Trastabilló al dar un paso. La condesa fue a ayudarlo, pero él la apartó con un manotazo al aire y salió por sí mismo, aunque fuera cojeando de un modo alarmante. Ella se limitó a seguirlo. Annabelle también.

Desde el umbral echó un vistazo hacia atrás.

Solo, en medio de la salita, Noailles le dedicó una sonrisa.

No parecía un hombre derrotado.

Capítulo 17

Conociendo un poco más a mamá

Los primeros días de encierro fueron terribles.

Annabelle se sentía prisionera en su propia casa. De la mañana a la noche estaba acompañada por su madre y por alguna de las numerosas doncellas de Caltrey House, nunca sola —excepto en las horas de sueño, en las que permanecía bajo llave—, y las comidas las hizo también en su dormitorio, totalmente incomunicada.

Así fue hasta que, tal como le contó su madre, su padre y Noailles llegaron a un acuerdo satisfactorio sobre la dote y otros asuntos económicos.

—Monsieur de Noailles vendrá esta noche a cenar —le dijo lady Eve, mientras las doncellas entraban en tromba para prepararle el baño—. Así podréis hablar de la boda. Es un hombre encantador, seguro que escucha tus propuestas.

—Es una suerte que alguien lo haga.

Su madre ignoró la impertinencia.

—Hay que reconocer que está muy enamorado —siguió diciendo mientras estudiaba los vestidos de Annabelle que le iban mostrando las doncellas. Apartó con un gesto uno de seda azul, desdeñó otro de terciopelo verde... Acabó señalando uno en suaves tonos marfil

que combinaban muy bien con el cabello y los ojos de su hija. Aprobó los botines a juego—. Él quería una boda inmediata, en un par de meses como mucho, pero nos hemos opuesto por completo. Eso daría más pie a los rumores.

—Por supuesto.

—Necesitamos dar un poco de margen a lo ocurrido y evitar tanto escándalo. —Lady Eve dudó entre varios collares y eligió las perlas. También para los pendientes—. Por eso, la boda tendrá lugar en seis meses y nuestra estrategia va a ser negarlo todo, por completo. Tú nunca fuiste por esa casa, nunca has tenido nada que ver con esa gente y, desde luego, nunca has tenido relaciones de ese tipo... íntimo con tu prometido.

—No es mi prometido.

—No seas testaruda, Annabelle —la riñó su madre, enfadada—. No tienes más opciones ni las vas a tener. Ahora mismo tu nombre corre de boca en boca por todos los salones de Londres. Los únicos matrimonios a los que podrías acceder son los que pudiera pagar tu padre, con lo que no sería gran solución, porque sabes cómo es la gente, nos miraría todavía con más desprecio. Monsieur de Noailles, sin embargo, era antes una opción maravillosa, por nobleza y fortuna; ahora, resulta un auténtico milagro. El que crea esa fea historia pensará que te valora lo bastante como para, pese a todo, casarse contigo. Y el que no... —Se encogió de hombros—. En todo caso intentaremos que todos piensen así, que fue un rumor malicioso.

—No me importa, nada. No me estás escuchando...

—Basta de niñerías, Annabelle. Os casaréis en seis meses. Eso nos dará tiempo a organizar la ceremonia en condiciones y, si todo va bien, como no habrá evidencias del escándalo, la mayor parte de la alta sociedad comprenderá que lo que se cuenta por ahí no eran

más que difamaciones de gente que nos odia. —La miró inquieta—. Y si surgen problemas... problemas que obliguen a adelantarla...

—Si estoy encinta, quieres decir.

—Ni lo menciones. —Lady Eve se cubrió los oídos con las manos y cerró los ojos—. Ni siquiera pienses en ello. No atraigas la mala suerte. Pero, para el caso de que surjan problemas, hemos pensado decir que reclaman a Noailles desde Francia, de modo que os casaréis rápido y te irás con él. —Sonrió con un gesto algo forzado—. No te preocupes, yo iré contigo al continente.

—No voy a casarme con él.

—Te he dicho que basta de niñerías. Estás así por tu mala cabeza, de modo que no te quejes ahora. Ponte en pie y desvístete. Date un baño y se te pasarán todos los males. —Su madre se dirigió hacia la puerta—. La cena es a las ocho, procura...

—¡No tenía la casa con Noailles! —le dijo, antes de pensar siquiera en contarlo. La actividad de las doncellas se detuvo bruscamente. Su madre se quedó paralizada en el sitio—. No es con él con quien tuve una aventura. Solo fue quien nos ayudó.

Su madre giró sobre sí misma y la miró. Tenía los ojos muy abiertos, como si estuvieran viendo algo espantoso.

—Annabelle...

—Tú sabes con quién estuve.

—Calla. —Lanzó una mirada a las doncellas, que dejaron todo de golpe y salieron apresuradamente del dormitorio. Lady Eve comprobó el pasillo y luego la puerta, asegurándose de que estaba bien cerrada, y caminó hacia ella, bajando la voz—. Si de verdad quieres a ese muchacho, calla la boca. ¿Estás loca? ¿Crees que siento antipatía por Oliver Cartwright? No, en absoluto. Pero sé que en esto no tiene nada que hacer. Tu padre jamás consentirá en vuestra relación.

—No puede impedirla. Soy mayor de edad.

—Y él es tu padre, un hombre muy poderoso y... —Lady Eve se frotó las manos, nerviosa—. Tú sabes que puede hacerle las cosas muy difíciles a Oliver.

—Si lo hace, no volveré a hablarle jamás.

—Annabelle...

—Lo digo muy en serio. Si lo perjudica de algún modo, perderá a su hija. Y tú también, mamá, por consentirlo.

Lady Eve la miró dolida.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—No lo sé. ¿Algo? —Annabelle se puso en pie y se le enfrentó, soltando aquello que siempre la había carcomido por dentro—. Siempre te has sometido a él. Padre toma las decisiones, en todo. Nunca lo entendí. Ni siquiera el hecho de que te lleve más de diez años lo justifica. Lady Beth y lady Deelright eligieron esposos que las respetaban y las consideraban de igual a igual. ¿Por qué tú no? Las tres erais amigas. Recibisteis la misma educación en Minstrel Valley. ¿Crees de verdad que eres una Dama Selecta?

Lady Eve captó el desprecio en su tono, enrojeció y apretó los labios. Durante un momento, Annabelle pensó que iba a irse, pero no. Volvió junto a ella, la tomó del brazo y la llevó al diván que tenía al pie de la cama, donde se sentó a su lado.

No parecía enfadada. Más bien triste.

—No, supongo que no lo soy —susurró—. Supongo que eso también lo perdí.

—¿Qué quieres decir?

Lady Eve le lanzó una mirada profunda.

—Ya eres una mujer, Annabelle, creo que podemos hablar de eso. —Dudó un momento, frotándose las manos—. Yo no lo elegí, cariño. Mi padre me casó con él. Fue un acuerdo... necesario.

Annabelle parpadeó.

—¿Un matrimonio de compromiso? —Su madre asintió—. Oh, mamá...

—No, no lo lamentes. No siempre ha sido fácil, bien lo sabes, pero en el fondo es un hombre cariñoso. Sabes que nos quiere, a las dos. Y nosotras lo queremos a él.

—No digo que no. Pero raramente te ha consultado una decisión, mamá. Tú y yo no somos más que... adornos de lord Caltrey. O soldados rasos a las órdenes del coronel Sanders, en su otra versión. Esta es su casa, no la tuya ni, mucho menos, la mía. Yo no quiero eso.

Lady Eve se miró los dedos.

—Yo tampoco lo quería.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que ocurrió, mamá? ¿Cómo permitiste que te anulara, que todo llegara a este punto?

—Tú.

—¿Qué?

—*Ocurriste tú* —repitió su madre en un susurro—. Me planteé muchas veces dejarlo, enfrentarme a él, luchar. Yo era distinta entonces, más como Beth o como Juliet. Más ilusionada, segura de que había algo solo para mí esperándome en el mundo. Pese a todo, pese a sentirme... así, seguía teniendo fuerza.

Sus ojos brillaban. Annabelle sintió un miedo profundo. Su madre no lloraba, su madre nunca lloraba.

—Mamá...

—Pero entonces llegaste tú —siguió ella, como si no la hubiera oído—. Creciste en mi interior y lo llenaste todo de amor. Podría haberme divorciado, lo pensé una vez, incluso se lo planteé a tu padre cuando... cuando conocí a alguien a quien amé mucho... — Annabelle la miró boquiabierta. ¿Su madre había amado a otro

hombre? Estaba cada vez más asombrada—. Pero me lo dejó muy claro: podía irme, pero con las manos vacías. Tú te quedarías aquí. Y no pude dejarte...

Tras esa declaración final, se hizo un silencio tan profundo que el tictac del reloj se volvió atronador.

—¿Quién era ese hombre? —musitó Annabelle, al cabo de unos momentos—. El que amaste...

Lady Eve se encogió de hombros.

—Ya no importa, querida. Murió hace muchos años...

—Oh, mamá... —Llevada por un impulso, la abrazó con fuerza—. Perdóname. No lo sabía.

—Por supuesto que no, querida.

Permanecieron unos segundos en silencio. Hacía mucho tiempo que no se sentían tan cerca la una de la otra. Desde que era muy niña. Lo echaba de menos.

—Solo quiero un hombre que me quiera y me considere una compañera, una igual, mamá —musitó Annabelle—. Alguien con quien caminar hombro con hombro, no a quien seguir sumisamente. Alguien como los esposos de tus amigas, o como Peter. O como Oliver.

Su madre hizo una mueca.

—Sí, por supuesto. No me cabe duda de que el señor Cartwright está deseando ser tu igual.

Annabelle se apartó bruscamente, de nuevo en guardia.

—No lo digas así. Oliver no es ningún advenedizo.

—Pero tampoco es tu igual. Y pretende serlo.

—Oh, cómo odio todo eso. ¿Qué culpa tiene Oliver de la posición en la que ha nacido en el mundo?

—No es una cuestión de culpas, querida, es que el mundo es como es. En todo caso, el escándalo es con monsieur de Noailles, y

es tu matrimonio con él lo que se está anunciando. ¿Sabes lo que ocurriría si ahora dejamos que cambies de opción? ¿Si de pronto se hace público que te casas con el nieto de un mayordomo?

Ella apretó los labios.

—Que dirían que papá le ha pagado para salvar el honor de su hija.

—Exactamente. Oliver Cartwright nunca ha sido una opción, y ahora lo es menos que nunca. Y tú debes lealtad a tu familia. ¡Por favor, si eres una mujer afortunada! Monsieur de Noailles es muy atractivo, de una familia excelente, muy rico, y parece justo la clase de hombre que buscas: galante, valeroso, hasta heroico...

—Oh, mamá...

—¡Es cierto! Si lo que dices es verdad, si os ayudó y ahora está dispuesto a casarse por salvar tu honor, mejor me lo pones. Eso significa que es un gran hombre, alguien muy noble, y que está muy enamorado de ti, querida. ¿Te das cuenta? Y si un hombre te ama de verdad, puedes llegar a amarlo, por muchos defectos que tenga, te lo aseguro. Es justo lo que me pasó a mí. Al final, no te lo voy a negar y me consta que lo sabes, hace ya tiempo que quiero a tu padre.

—¿Qué dices, mamá? No, en absoluto, yo no quiero ni voy a querer a Noailles. Además, da igual. Aunque fuera el mejor hombre del mundo. Yo amo a Oliver, siempre lo he amado. ¿Lo entiendes?

Lady Eve frunció el ceño.

—Entiendo que siempre has estado encaprichada con él. Maldigo el día en que te mandé a Terrace House las primeras vacaciones, y ese año casi completo que pasaste allí cuando llegó Juliet.

—¿Qué dices? ¡Helen y Lorna han sido un regalo! Son mis hermanas.

—Eso pensaba yo, pero ya no lo tengo tan claro. Y que Oliver

Cartwright viviera en esa casa es lo peor que nos ha podido pasar. ¡Qué locura has cometido por su culpa! Por suerte, monsieur de Noailles ha aparecido para solucionar tu situación y es lo bastante generoso como para primar su interés por ti sobre..., bueno, la terrible locura que has cometido.

—Por más veces que lo repitas, no será cierto. No ha sido una locura, ha sido una elección. Y puedo asegurarte que no me casaré con ningún otro, porque... —Iba a contarle que ya estaba casada, pero tuvo miedo. ¿Y si su padre hacía funcionar sus contactos y desaparecía toda evidencia de la boda? Una página rasgada en un libro de registro, y solucionado. ¿Serviría solo con eso? No estaba segura.

Pensó en la J de Joyce, en la firma de Emily, en el modo en que sacaba la puntita de la lengua, centrada en el esfuerzo de hacerla lo más bonita posible tras ensayar toda la semana.

En el modo en que la miró Oliver, justo antes de firmar...

Todo aquello podría desaparecer. O no. Le daba auténtico miedo abrir esa puerta, sin conocer las consecuencias. Mejor preguntarle antes a Oliver qué era lo mejor. Además, era su secreto, de ambos. Romperlo por su cuenta, sin haberlo consultado, le parecía una deslealtad.

Claro que, para consultarlo, debía verlo...

Pero ¿cómo conseguirlo? ¡Por Dios, odiaba aquel encierro! No se le permitía salir si no era acompañada de sus padres, ni siquiera le habían permitido todavía ver a Noailles, qué decir de plantear un encuentro con Oliver.

Ver a Noailles... ¡Esa noche iba a ir a cenar! Estaba tan obcecada en dejar claro que no se iba a casar con él que no había caído en la cuenta de que era su amigo, y que podría pedirle ayuda. Quizá lograría pasarle una nota para Oliver, o incluso podía buscar el modo

de organizar un encuentro. Era un francés muy astuto.

El reloj dio repentinamente las siete y media y su madre se sobresaltó.

—¡Qué tarde! ¡Apenas queda tiempo para prepararnos! Te mandaré las doncellas, date prisa. —Le dio un beso en la mejilla—. Por favor, compórtate. No llegues tarde. No hagas que tu padre se enfade todavía más.

Aquella noche, Noailles se presentó cargado de flores para las damas y con un elegante bastón de ébano para el coronel Sanders, en cuya empuñadura de plata había hecho grabar el lema de los Royal Dragoons en los que había servido: *Spectemur agendo*, «Seamos juzgados por nuestros actos».

—¿Es una indirecta? —gruñó el padre de Annabelle, aunque se notaba que le había encantado el regalo—. Porque le aseguro que no dudaré en usarlo para volver a juzgarlo a usted por los suyos.

—*Bien sûr*, milord! —replicó Noailles de buen humor—. Solo he procurado asegurarme de que la próxima vez tenga el bastón adecuado.

La conversación transcurrió de forma bastante fluida, aunque Annabelle tuvo la impresión de que Noailles intentaba evitarla. Quizá estaba avergonzado por lo ocurrido, o no quería arriesgar su pantomima frente a sus padres.

En cualquier caso, los ánimos estaban lo bastante tranquilos como para que Annabelle se atreviese a decir:

—Papá, mamá, ¿podemos monsieur de Noailles y yo dar un paseo por el jardín? Podéis vernos en la distancia.

Noailles agitó las manos en el aire.

—*Oh, non, ma chère milady*, sería mejor seguir las instrucciones de su padre. Yo entiendo que estamos cumpliendo una penitencia.

Annabelle lo miró desconcertada. ¿Por qué hacía eso? El francés

se había mantenido distante toda la cena. Había evitado todos sus intentos de pedirle indicaciones por gestos, algo. Parecía empeñado en cumplir con su papel de pretendiente perfecto. Nada más.

—Oh, por favor... —insistió—. Quisiera charlar un momento con mi prometido. ¿Es tanto pedir?

Sus padres intercambiaron una mirada. Lady Eve pidió con un gesto que fuera comprensivo. Lord Caltrey carraspeó.

—Supongo que con la fecha puesta y habiendo establecido las cuestiones económicas, no hay ninguna pega. —¿Fecha? Más allá de un «seis meses», a ella no le habían dicho nada. Annabelle los miró a los tres. Ninguno le mantuvo la mirada—. Tu madre y yo estaremos sentados en el porche tomando un té, no os alejéis. No quiero perderos de vista ni un solo momento.

—Pero... —empezó Noailles.

—Vamos —dijo ella, y se puso en pie. Empezó a caminar decidida hacia la puerta.

—Pronto descubrirá por qué de pequeña la llamaban «la coronela». —Rio su padre, que había recuperado cierta cordialidad con el francés. Ya ninguno de los dos parecía recordar los gritos y los bastonazos.

En cualquier otro momento, habría reído la broma, porque había disfrutado mucho de aquellos tiempos de su infancia, pero Annabelle no tenía ganas de reír. Ni siquiera miró hacia atrás. Salió al exterior, bajó la amplia escalinata de piedra blanca que conducía al jardín y se internó por sus senderos.

Segundos después, oyó los pasos de Noailles siguiéndola, aunque le costó. Era muy sigiloso. Se detuvo a esperarlo.

—*Bon sang!* —dijo él al verle la cara—. ¿Está enfadada conmigo, milady?

—¿No debería?

—No lo sé... —Noailles se detuvo a un par de pasos—. Creo que ya nos conocemos lo bastante bien como para que tenga claro que solo he actuado para ayudarla. *Je vous assure*, esa ha sido toda mi motivación.

—De eso ya no estoy tan segura. —Se cruzó de brazos y lo encaró—. Creo que está llevando este asunto más allá de todo lo admisible. No me voy a casar con usted, Noailles. ¿Lo tiene en cuenta?

Pasó un segundo. Pasaron dos. Media docena.

El corazón de Annabelle empezó a palpar cada vez más rápido. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué seguía allí, mirándola inexpresivo?

—Yo... —Le oyó decir por fin. Se mostró apesadumbrado—. *Ah, nom d'un chien!* Lo siento, milady, pero me temo que no va a tener más remedio.

—¿Qué? —Abrió mucho los ojos—. ¿Es una broma?

—Jamás bromearía con algo así. Pero vamos a tener que dar el paso para poder salvar su reputación. —Su voz se volvió más suave, comprensiva—. Verá... contacté hace días con el señor Cartwright. Pensé que querría usted que lo hiciera, que desearía que le trajera noticias.

Annabelle se sobresaltó y tuvo un instante de alegría.

—Desde luego. Pero ¿qué...?

—*Je crains que* el señor Cartwright tiene por fin su financiación y va a marcharse a África en los próximos días.

—¿Qué?

—Lo lamento. No me ha explicado los detalles, solo que todos sabemos que su reputación, milady, solo se salvará casándose conmigo. No es un mal hombre, el señor Cartwright. Algo sombrío, pero interesante. Por eso, por su generosidad, me ha pedido que le diga que casarnos usted y yo es la mejor solución y que le desea

toda la felicidad del mundo. —Noailles adelantó un brazo y, con un dedo, apartó un rizo. Annabelle recordó un momento así, con Oliver—. *Vous êtes adorable, Annabelle...* —siguió el francés con una voz más aterciopelada. Se diría que estaba más pensando en la posibilidad de besarla que en lo que estaba diciendo—. No se preocupe, todo se arreglará.

Ella no conseguía salir de su asombro.

—¿Oliver le ha dicho que me case con usted? —repitió—. ¿De verdad?

—*Bien sûr!* Sabe que puede confiar en mí.

Seguía y seguía hablando, pero ya no lo escuchaba. Estaba mintiendo. Noailles le estaba mintiendo. Oliver jamás podría haberle dicho eso porque sabía que ella no podía casarse con nadie.

Pero ¿por qué? ¿Por ella? ¿Por Oliver? ¿Por sus padres...?

En realidad, no le importaba. El conato de amistad que había sentido por él se estaba deshaciendo a toda velocidad, como un trozo de hielo al sol. De pronto lo odiaba, la sola idea de seguir allí con él, en la penumbra del jardín, le resultaba insoportable. Y qué decir del propósito de casarse con aquel hombre. Si nunca le había parecido posible, ahora que sabía que le estaba mintiendo, que quizá le había mentado antes, preferiría morir antes que permitir que la tocara.

Tenía que irse. Se marcharía con Oliver, quisiera él o no, pero no pensaba quedarse allí. Su lugar estaba junto a su esposo.

—Volvamos —le dijo a Noailles con voz ahogada.

El francés la miró sorprendido.

—¿No quiere seguir paseando?

—No. Solo quiero irme.

—Milady... ¿Es por él? No se disguste. No la merece. Yo le prometo que haré lo que sea necesario para que no tarde en

olvidarlo. Voy a convertirla en la reina de París, a rodearla de lujo y esplendor y...

No debía decir nada, no debía dejar salir la rabia y descubrirse ante él, no estaba segura de cómo podría utilizarlo ese hombre retorcido y falso. Mejor que siguiera pensando que todo era por su decepción por culpa de Oliver. Le dio la espalda, dispuesta a no volver a hablar jamás con él, y volvió a la mansión, acelerando más y más en cada paso, hasta que convertirlos en una carrera que solo terminó tras encerrarse en su dormitorio.

Cuando fue su madre con la doncella para ayudarla a desvestirse, no quiso hablar del asunto. Estaba demasiado noqueada por lo ocurrido. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¡Se sentía tan ridícula, tan estúpida! Tenía la sensación de haber caído en una trampa de la manera más burda.

Pero esa conversación con Noailles, el haber detectado su mentira, lo había decidido todo.

Capítulo 18

Esta sí que es una fuga como Dios manda

Al día siguiente, se le permitió enviar una nota a Lorna, para invitarla a tomar el té.

Estaba leyendo junto a su madre en el dormitorio cuando llamaron a la puerta y se asomó una doncella.

—Milady, lady Lorna está abajo —le dijo a lady Eve—. ¿Le digo que espere en la salita?

Annabelle vio que la expresión de su madre se ensombrecía.

—Sí. Dígale que ahora bajamos y...

No podía consentirlo. Si no conseguía estar a solas con Lorna, no lograría organizar su huida ni avisar a Oliver de la situación.

Le cogió una mano.

—Por favor, mamá. Por favor. Llevo muchos días sin verla. Deja que hablemos un ratito.

La expresión de lady Eve se endureció todavía un poco más antes de empezar a suavizarse. Suspiró y le hizo un gesto afirmativo a la doncella.

—Tráela aquí —ordenó. La chica se fue. Annabelle se frotó el rostro con las manos. Iba a conseguirlo, iba a poder hablar con Lorna. Quizá incluso trajera un mensaje de Oliver. Ojalá fuera así.

—Gracias, mamá —susurró.

—No me las des —replicó su madre—. A cambio quiero que seas sensata con todo este asunto. Te lo pido por favor. No entiendo por qué no quisiste despedirte de monsieur de Noailles. No te creas que no me di cuenta. Vendrá otra vez mañana y pasado iremos al teatro para que os vean juntos y felices. Quiero que seas amable y considerada con él. Que le des una oportunidad. Te conviene. Vas a casarte con él.

No quería hacerlo, ni siquiera quería ya volver a ver a Noailles en lo que le quedaba de vida, pero si se lo decía, quizá no la dejara hablar con Lorna. Iba a tener que volver a mentir.

—Está bien. Lo haré.

Lady Eve sonrió contenta y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, hija. Te aseguro que es lo mejor para ti. Tu padre y yo solo pensamos en eso.

Una nueva llamada a la puerta, más urgente, dio paso a Lorna. Venía seguida de una ansiosa Emily.

—¡Annabelle! —exclamó Lorna, y se lanzaron una hacia la otra para abrazarse con fuerza. Emily se quedó a un lado, sin atreverse a unirse al gesto, pero Annabelle sintió su mano, acariciando tímidamente su manga. De no haber estado presente su madre, la habría atraído con ellas, pero no quería ponerla en un compromiso.

—Oh, querida, cómo lo siento —gimió Lorna. Oyó el sollozo de Emily.

—Lo sé...

Se separaron, con los rostros cubiertos de lágrimas. Lady Eve estaba a su lado, con los brazos cruzados, y las miró con disgusto. Las tres muchachas se colocaron en fila, con las cabezas gachas.

—No creas que no tengo claro que Annabelle no hubiera podido hacer esa locura sin tu ayuda, Lorna —dijo lady Eve, enfadada—. Y

no pienses que no tendrás tu castigo. Hablaré con tu madre de todo esto en cuanto pueda. Estoy segura de que se te van a quitar las ganas de colaborar en semejantes proezas.

—Lo siento mucho, lady Eve.

Annabelle vio que su madre se ablandaba. Quería mucho a Lorna. De pequeña pensaba que la quería incluso más que a ella. No era verdad, pero sí parecido.

—Está bien. No debería dejaros solas, pero voy a confiar en vosotras. —Se dirigió hacia la puerta—. Bajad cuando os avisen del té. Hoy lo tomarás abajo con todos, Annabelle.

—Sí, mamá —dijo ella.

—Sí, lady Eve —respondieron Lorna y Emily. La condesa arqueó una ceja a Emily, que se apresuró a añadir una reverencia con un precipitado «lady Caltrey», y se fue.

—Oh, qué terrible situación —exclamó Lorna—. No llores más, Emily. No solucionamos nada con eso.

—Es que no puedo evitarlo —sollozó la doncella—. No soporto que me riñan.

—Ay, pobrecita. —Annabelle le pasó un brazo por los hombros y la condujo a los sofás. Se sentaron allí las tres, con Emily en medio, y hablaron de lo ocurrido y de lo espantoso de aquel encierro.

—Oliver está intentando ponerse en contacto contigo —le dijo Lorna, bajando el tono—. Pero no se lo permiten. Ni siquiera me lo permitían a mí. Viene cada día a Terrace House, para saber si sé algo. Quiere que organicéis una reunión.

¡Por fin! Annabelle se sintió exultante de felicidad.

—Gracias, Lorna...

—¿Y monsieur de Noailles? ¿Lo has visto?

Sintió la rigidez que le producía ahora ese nombre. En cuanto lo pensaba, su cuerpo reaccionaba con indignación. Oírlo era todavía

peor.

—Sí, anoche. Y me ha mentido.

—¿Qué? —Lorna y Emily abrieron progresivamente los ojos al escuchar el modo en el que el francés se había delatado a sí mismo sin saberlo—. ¡Oh, qué ser infame! Ya decía yo que no me inspiraba confianza. Es una pena. Estos días parecía el prometido perfecto.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te lo ha dicho tu madre? Ahora mismo, pese al escándalo, eres la joven más envidiada de todo Londres. Noailles ha empezado a aparecer en todas las fiestas y cuenta a todo el mundo que se va a casar contigo por todo lo alto. Que eres la mujer más maravillosa y que ahora entiende que Inglaterra sea el faro del mundo, ya que él por fin ha visto la luz.

—Oh, por Dios... —Annabelle bufó, lamentando no poder cegarlo de una bofetada—. Nadie puede negar, ahora mismo, que sea el hombre más histriónico de Londres.

—¡Y guapísimo! —suspiró Emily, que seguramente no sabía qué significaba histriónico y lo había supuesto sinónimo de «amabilidad» o algo así. Annabelle y Lorna la miraron, y se alarmó—. ¡Pero también lo es el señor Cartwright! ¡Mucho!

Lorna rio.

—No sigas, que al final vas a poner celosa a lady Annabelle.

—¡Oh, no pretendía...! —exclamó Emily, cada vez más horrorizada por lo que iba diciendo. Eso al menos las hizo reír un poquito. Luego se abrazaron las tres y lloraron un rato más.

—¿Qué le digo a Oliver, entonces? No sabe si debe presentarse aquí por las bravas para contarles la verdad a tus padres o cómo prefieres hacer.

—Tengo un plan —admitió Annabelle—. Pero no estoy segura de que quieras ayudarme...

Lorna dudó.

—No sé... Miedo me das.

—Tengo que irme de Caltrey House, y lo antes posible. Quiero reunirme con Oliver y, a su lado, anunciar nuestra unión. Quiero evitar que mi padre pueda hacer algo para... hacer desaparecer mi matrimonio. Sé que si hay alguna posibilidad, lo hará. Lo que sea, antes de que su hija haga lo que considera una boda inconveniente.

Lorna y Emily la miraron pálidas.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó su amiga.

—Tengo que irme de noche. Necesito que me vengáis a buscar con el coche, y me llevéis a The Albany.

—Pero... Si me descubren ayudándote a escapar así, me matan.

—Al ver la tristeza de Annabelle, claudicó—. Oh, está bien. Qué importa un escándalo más. Hablaremos con Joyce, desde luego. ¿Cuándo quieres ir? Ah, Oliver hoy estaba ocupado —añadió al recordarlo—. Algo de la Royal Geographical Society, creo. Le he dicho que tenía cara de cansado y me ha contestado que, encima, hoy iba a tener un compromiso hasta tarde.

—Bueno... —dijo decepcionada. No era cosa de estar esperando a las tantas con su equipaje en la calle, a ver si volvía—. Pues esperaré a mañana.

Emily puso cara de disculpa.

—Tiene que ser hoy, milady. Me temo que, mañana por la mañana, Joyce se va con el grupo que viaja a Escocia con lord Terrace. ¿No se acuerda, milady?

Lorna puso cara de circunstancias.

—Claro que sí. Pero no sabía que iba Joyce.

—Sí... —suspiró—. Van en tren, pero el señor marqués siempre lleva el coche en su vagón —le explicó a Annabelle—, para moverse cómodamente donde sea; y como el señor Burton está con ciática,

va a ir Joyce en su lugar. Él está contento porque dice que supone una gran oportunidad, pero yo no. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Vamos a estar muchos días sin vernos.

—Pues vaya... —dijo Lorna—. No sabía eso, pero sí que mi padre se va mañana. Yo cogeré el tren con mamá la semana que viene. Vamos al castillo de lady Gormlaith. Es por lo del testamento. Tengo que ir a meter los pies en el arroyo.

—Ah, sí...

—Lo siento, querida.

—Bueno, pues tendrá que ser esta noche.

—Pero recuerda que Oliver tenía un compromiso hasta tarde...

—No importa. Yo tengo que ir a última hora. Cuando ya se hayan dormido todos. Quizá ya haya vuelto. Hasta prefiero esperar sentada en la escalera. —Recordó el armarito de las llaves, en la garita del portero—. Y si no, quizá haya alguna solución... ¿Quedamos a medianoche?

Emily apoyó la propuesta, igual que Lorna, pese a la expresión de susto que la siguió toda la tarde.

Una vez que hubo acuerdo, bajaron a tomar el té.

El resto del día, cena incluida, permaneció en su dormitorio, tratando de no mirar el reloj; al menos, mientras su madre estuvo a su lado, bordando. Cuando, llegadas las diez, se retiró, le dio un beso en la frente.

—Que descanses, hija. Y no te preocupes. Vas a ser muy feliz, lo sé.

Ella también lo sabía. Iba a serlo porque iba a irse con Oliver. Se sintió un poco culpable por las mentiras, pero no era error suyo, sino de sus padres. En cuanto estuviera todo bien atado, les avisaría y trataría de retomar la relación. Con su madre no sería difícil; con su padre...

Las doncellas la prepararon para dormir y se metió en la cama. Esperó a que la casa quedara completamente en silencio.

En realidad, no era un silencio absoluto, eso era algo imposible en una casa grande y antigua como Caltrey House ni siquiera a horas tan tardías. Pero daba igual, se conformaba con que todo el mundo se hubiese retirado a sus habitaciones, ya estuviera durmiendo o no. Que no anduviera rondando por los pasillos, apagando lámparas o cerrando contraventanas.

Pasadas las once y media, Annabelle se levantó y se vistió. Incluso se puso el abrigo y los botines antes de empezar a preparar sus cosas. No había hecho nada antes porque no necesitaba demasiado. Un vestido adecuado para viajar, otro de repuesto, ropa interior, algunas prendas más por si acaso; un poco de dinero, documentación... Lo imprescindible.

Y, por supuesto, no pensaba marcharse sin su arco. Por si acaso terminaba en África, enfrentándose al famoso león de la sabana.

Comprobó las flechas y, cuando el reloj marcó las doce menos cinco, se echó el carcaj al hombro, cogió su bolsa de viaje y salió del dormitorio. Procuró ser muy sigilosa mientras bajaba, aunque oyó más de una vez cómo se quejaba alguna madera bajo sus pies. Por suerte, no llegó a llamar la atención y nadie la detuvo.

Ni siquiera la puerta trasera que utilizó hizo demasiado ruido. Annabelle salió al exterior y la recibió una brisa fresca y agradable. Sentía una pena extraña: aquella había sido su casa —aunque a ratos sentía también como tal a Terrace House— y se iba como un ladrón en la noche. Volvió a recordarse que ya solucionaría las cosas con sus padres. Tarde o temprano...

Eso esperaba, al menos.

Lorna y Emily la esperaban en el punto acordado, fuera de la verja principal. Joyce estaba en su pescante. El pobre tenía cara de

cansado, pero sonrió.

—¿Todo listo? —preguntó Lorna en voz baja. Annabelle asintió. Su amiga la miró preocupada—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Annabelle se quedó pensativa un instante.

—No. Ni siquiera estoy segura de que vaya a salir bien.

Lorna soltó un suspiro.

—Eso es exactamente lo que una persona sensata quiere oír antes de ayudar a alguien a escapar de su casa.

Annabelle sonrió.

—Gracias por tu confianza.

Subieron al coche. En pocos minutos estaban en The Albany. Annabelle, Lorna y Emily estudiaron la entrada por la ventanilla.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lorna.

Annabelle suspiró.

—Tenéis que distraer al portero.

—Vale, ya me imaginaba tanto como eso, pero ¿cómo?

—No sé... Pero os lo tenéis que llevar por el pasillo de la derecha. Debo tener tiempo para ir por la izquierda. Si veo que su llave está en el armarito, será que no ha vuelto, así que la cogeré y lo esperaré dentro.

—También podemos esperarlo aquí, si quieres —ofreció Lorna, aunque se la veía preocupada. Annabelle lo comprendía bien. Cada segundo fuera de Terrace House podía suponer que descubrieran la escapada y conducir al desastre.

—No, ni hablar, ya os he complicado demasiado. No puedo teneros aquí durante ni sé cuánto tiempo. Me conformo con que despistéis un par de minutos al portero. Luego, os vais.

—Muy bien. —Lorna la abrazó con fuerza—. Avísame con lo que sea, ¿vale?

—Descuida. —Oyeron un gemido. Emily estaba llorando. La atrajeron y la abrazaron también. A saber cuándo volverían a verse.

Luego, Lorna adoptó una expresión determinada. O casi.

—Vamos a ello, Emily.

—Sí, milady...

Fueron las dos delante y Annabelle se quedó a una distancia, cargada con sus cosas y escondida en las sombras. Vio cómo Lorna y Emily se dirigían con paso firme al portero, que las miró sorprendido.

—¿Señoritas? ¿Qué hacen aquí a estas horas? ¿Puedo ayudarlas en algo?

—Eso espero. Soy la señorita Kitty Proust. Mi hermano Chesterton se aloja aquí. Necesito verlo urgentemente.

El portero parpadeó.

—¿Chesterton Proust?

—El mismo. Es una urgencia.

—Desde luego. Pero me temo que aquí no se aloja ningún caballero con ese nombre.

—¿Qué me dice? Yo misma estuve en sus habitaciones cuando se instaló. —Lorna empezó a caminar hacia la derecha—. Estaban por aquí.

—¡Eh! —El portero salió de la garita—. Por favor, señorita, no puede pasar. Le aseguro que no hay nadie con ese nombre.

—¿Cómo que no? —Le lanzó una mirada entre la sospecha y la acusación directa—. ¿Dónde está mi hermano?

—¡Señorito Chester! —gritó Emily, casi llorando—. ¡Ay Dios, milady, que nos lo han secuestrado!

—Eso parece, pero no soy milady. Solo señorita.

—Oh, perdón, milady.

—¡Señoritas, por favor! —exclamaba el portero, tras ellas. Se

oyeron protestas y sonido de puertas, gente a la que habían despertado y preguntaba enfadada qué estaba ocurriendo.

En cuanto desaparecieron por el pasillo, Annabelle salió de las sombras y se dirigió al pequeño armario donde sabía que se guardaban las llaves.

Estaba la de Oliver.

La cogió y corrió hacia el pasillo de la izquierda. Subió por escaleras y se movió por aquellos laberínticos corredores hasta llegar al sitio.

Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando oyó un ruido dentro. Algo muy ligero, pero evidente. ¿Estaba ya Oliver? Pero... imposible, ella tenía la llave. ¿O quizá había más de una? No tenía ni idea.

Recordó lo que le había contado, que habían entrado de algún modo. Sacó una flecha del carcaj para tenerla a mano, preparó el arco y terminó de girar la llave en la cerradura.

Por suerte ni eso ni la puerta al abrirse hicieron ningún ruido.

Estaba siendo una noche muy silenciosa.

Capítulo 19

¡O mía o de nadie, hermosa mademoiselle
Blythe!

Las habitaciones de Oliver estaban a oscuras y parecían vacías.

Annabelle cerró la puerta y permaneció inmóvil unos segundos.

Había imaginado aquel momento varias veces durante el trayecto. En todas las versiones, entrar en The Albany era el final de la parte peligrosa. Después solo tendría que esperar a Oliver cómodamente instalada en el sofá. Incluso, hasta se había planteado que se preparararía una buena taza de té para celebrar el éxito de su fuga.

Y cuando él apareciera, se besarían y le explicaría que no podía quedarse en Caltrey House ni un minuto más. Que tenía que marcharse y debían reivindicar su matrimonio de inmediato, para evitar que su padre hiciese algo terrible y definitivo al respecto. Que si el joven iba a algún lugar, ella iría con él.

Sencillo. Al menos en teoría.

Pero, en la práctica, volvió a oír un ruido.

Annabelle dejó la bolsa en el suelo, colocó la flecha en el arco y entró con cuidado, intentando distinguir algo en la penumbra. Apenas había tenido tiempo de cerrar y avanzar un par de metros,

cuando vio la luz de una linterna, y una forma oscura que salía de una de las puertas del fondo, la del dormitorio.

Annabelle tensó la flecha en el arco y retrocedió con cuidado un paso. No hizo ruido, aunque el corazón empezó a golpearle con fuerza en el pecho, retumbando en sus oídos.

La figura pasó a pocos metros sin verla, en dirección a la mesa de comedor. La luz de su linterna mostró a Annabelle que había papeles por todas partes, cajones abiertos y libros desplazados.

Aquel hombre estaba registrando el sitio a fondo.

Annabelle tensó el arco y disparó. La flecha pasó junto a la cabeza del desconocido y clavó el sombrero en la pared.

—No se mueva —le advirtió, colocando rápido otra flecha—. Ni siquiera se atreva a respirar.

El hombre se quedó inmóvil... pero solo un momento. De pronto, movió la linterna para apuntarla con el potente haz de luz y la cegó.

Annabelle parpadeó, intentando recuperarse, pero antes de que le fuera posible, el individuo la sujetó, le arrebató el arco con un tirón seco y la arrastró sin miramientos hasta una de las sillas, donde la obligó a sentarse.

Entonces, la soltó. Y, casi al momento, se oyó el clic de la luz.

Annabelle volvió a parpadear. Cuando por fin recuperó la vista, abrió los ojos al máximo.

Armand de Villeneuve, conde de Noailles, la miraba desde su posición junto a la pared. Todavía tenía la mano en el interruptor. En la otra, sostenía su arco.

—¿Noailles?

—Me temo que sí. *Pardon* por la... bueno, la violencia, *ma chérie*. —El francés contempló su sombrero. Estaba limpiamente clavado contra un cuadro que mostraba un tormentoso paisaje marino. Después se volvió hacia ella con un destello de admiración

en la mirada—. Milady, buena puntería... Me quito el sombrero.

Y se echó a reír. Tuvo el valor de hacerlo.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —le preguntó indignada.

Noailles miró la bolsa de viaje y el arco que sostenía en la mano, seguro que sacando unas conclusiones que no le hicieron demasiada gracia. Lo dejó sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Contestaré a su pregunta si me responde antes a otra. —Ella apretó los labios, pero terminó asintiendo—. ¿Cómo lo supo?

—¿El qué?

—Me descubrió la otra noche, en el jardín —replicó él, sin atisbo de su teatralidad habitual. De hecho, parecía una persona distinta: el hombre que había atisbado ocasionalmente en el pasado—. Sé que lo hizo, que supo que le había mentado. ¿Cómo? ¿Qué pasó? ¿Qué hice mal?

Annabelle hizo una mueca.

—Metió la pata —le dijo, alzando la naricilla—. Ni se imagina cuánto. Pero no se merece la respuesta a esas preguntas. No voy a decirle nada, milord.

Él la estudió pensativo. Serio.

—No soy su enemigo, lady Annabelle. De hecho, aunque no lo crea, sigo siendo su mejor baza y mantengo mi propuesta de matrimonio.

Ella arqueó ambas cejas.

—Se ha vuelto loco...

—*Non*. —Noailles avanzó hasta quedar a un par de pasos y la observó con los brazos cruzados. Annabelle se obligó a no retroceder en la silla, aunque se sintió algo intimidada—. Ambos sabemos que su reputación está totalmente rota, milady. Es lamentable, pero es así. Todo el mundo piensa que somos amantes y llevo días sembrando por ahí la idea de que, pese a todo, pese a haber

disfrutado ya de sus encantos, voy a casarme con usted.

—Es un canalla...

—*Allons donc!* Soy un hombre que siempre consigue lo que quiere. —Inclinó la cabeza a un lado—. A estas alturas, ya ni siquiera se salvaría si se casara con Cartwright, ni siquiera con la bendición de su padre. Tiene que casarse conmigo o se convertirá no en el cotilleo del año, sino en el del siglo. ¿Lo entiende? Me necesita.

Annabelle lo miró con amargura.

—No lo comprendo, de verdad que no —le dijo al fin—. ¿Qué consigue usted con todo esto?

—¿No lo sabe? —Ella negó con la cabeza. Las aletas de la nariz de Noailles temblaron ligeramente—. La consigo a usted, por supuesto.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿A mí?

Noailles sonrió.

—¡O mía o de nadie, hermosa *mademoiselle* Blythe! —Se miraron. Annabelle estaba tan aturdida que no sabía ni qué decir—. Me gustó su historia. ¿Sabe? Creo que adoptaré el alias de *Le Spectre*.

¿Alias? ¿Para qué? Su mente anotó aquello, pero no supo darle sentido. Se sentía demasiado confusa por lo que estaba ocurriendo.

—Usted no me ama —atinó a decir.

Noailles hizo un gesto indiferente.

—El amor, milady, es distinto para cada cual. Si no le importa, yo decidiré por mí.

—No, no me ama —insistió ella. Negó también con la cabeza—. Es imposible. Alquiló para nosotros una casita sabiendo que yo iba a... iba a...

Él esperó todavía un momento. Debió darse cuenta de que no

sería capaz de decirlo, porque lo completó por ella.

—Que iba a acostarse allí con otro hombre.

Annabelle enrojeció. Estuvo a punto de decirle que no era necesario hablar con tanta crudeza, pero prefirió que pensase que ya era una mujer de mundo.

—Así es. Si me amara, jamás lo hubiera consentido.

—Verá, soy de la opinión de que la virginidad está sobrevalorada —dijo él, con un elegante encogimiento de hombros. Luego la escrutó con fijeza, divertido por su rubor—. Estoy convencido de que ahora es usted mucho más interesante de lo que lo era el día de la boda de su amiga. Cuando le dio aquel beso tan torpe, pero tan apasionado, a Cartwright.

Annabelle parpadeó. ¿El beso? ¿Cómo podía saberlo? ¡Estaban solos! Pero no... Recordó haber tenido la impresión de que había alguien en el pasillo —más que nada, el movimiento de una sombra —, justo antes de besar a Oliver. Entonces pensó que sus nervios la habían engañado.

Pero no...

—Nos vio... Me siguió y nos vio.

—Así es. —Se inclinó y acercó el rostro al de ella. Qué distinto parecía al Noailles que había creído empezar a conocer... Como un camaleón que hubiese pasado de un árbol a una roca—. Pero no la seguía a usted. Aunque ya había empezado a interesarme.

¿No la seguía a ella? ¿Entonces?

Oliver, claro...

Francia. Los diamantes.

Al final, sí que era un espía. Era *Le Spectre*.

—Ha estado jugando con nosotros... —dijo, empezando a desmoralizarse. Todo empezaba a encajar. Recordó otro detalle y se sobresaltó—. ¡La pluma! ¿Lo hizo aposta? La pidió y la dejó allí

adrede, para provocar un encuentro con las vecinas...

Él rio entre dientes.

—Eso salió especialmente bien, le aseguro que no esperaba un resultado tan rápido y tan eficaz. No fue difícil encontrar un barrio apropiado, donde hubiera gente que podría conocerla, aunque mi intención era ir atrayendo la atención sobre usted poco a poco. Pero ya ve, no fue necesario hacer más. Allí la vieron entrar y salir, y también a mí. A quien no vieron fue a nuestro querido señor Cartwright.

Annabelle asintió lentamente.

—Por eso nos sugirió que entrase por la puerta trasera.

—*Bien sûr!* Resultó bastante fácil de convencer. Yo también usaba esa puerta para salir, casi siempre. A usted la veían llegar y suponían que yo seguía dentro.

El muy maldito se creía muy ingenioso, lo decía su sonrisa. Annabelle agitó la cabeza, perdida entre el enfado y el desconcierto.

—Pero no entiendo... ¿Todo eso para poder dañar mi reputación?

—No, milady. Aunque me ha servido por partida doble, la causa principal era mantener al señor Cartwright lejos de aquí.

Ella lo comprendió al momento.

—Es usted el que ha estado registrando estas habitaciones.

—Sí. —Arqueó una ceja, sorprendido—. ¿Lo sabía Cartwright?

—Sí. Lo dedujo de algunos detalles.

Noailles puso mala cara.

—Vaya. Me molesta que se diera cuenta, es un hombre detallista, no suelo cometer errores.

—Ya... —Lo miró con reproche, sin saber por qué se sentía tan dolida—. Así que todo fue una gran mentira.

Un brillo cruzó los ojos del francés. Abrió la boca para responder.

La puerta principal se abrió, casi sin ruido, y los dos miraron

hacia allí al mismo tiempo.

Oliver se asomó con cautela. Llevaba una carpeta en la mano. Al verlos, se relajó de forma evidente. Miró el sombrero clavado en la pared. Tardó menos de un segundo en comprender lo que estaba sucediendo. O al menos, esa impresión dio.

—Buenas noches —dijo—. ¿Interrumpo algo?

—No —contestó Noailles—. Pero llega tarde al espectáculo. La dama tiene una puntería excelente. —Rio—. *Quelle femme extraordinaire!*

—Ya veo. —Oliver cerró la puerta—. Annabelle, ¿estás bien?

—Sí. Este canalla estaba registrando tus cosas.

—Ya lo suponía. Al parecer todo el mundo entra aquí cuando quiere.

—Yo le cogí la llave al portero —admitió Annabelle.

—Lo sé. Me ha dado la copia de seguridad. ¿Y usted? —Volvió a centrarse en el francés—. ¿Cómo ha entrado?

Noailles sonrió con un gesto de ligera disculpa.

—Oh, yo tengo llave de todas partes.

—Ya me lo imagino. —Oliver tomó aire y lo afrontó directamente—. ¿Qué quiere?

—Eso también lo sabe. Y estoy harto de buscarla, sinceramente. No me haga enfadar.

Se miraron durante un par de segundos, en los que todo quedó claro entre ambos. Al final, Oliver bufó.

—Por Dios, Noailles. ¿Es que no sabe que los belgas han hecho público que han encontrado diamantes?

Noailles frunció el ceño.

—Me consta, sí. Pero a mí me han encomendado conseguir la información y, por lo que sea, todavía la quieren.

—¿Todavía?

—Así es. De hecho, les ha entrado una extraña urgencia, no sé por qué, así que se nos ha acabado el tiempo, este feliz interludio que hemos vivido milady, usted y yo, y tengo que mostrarme menos cortés que en otras ocasiones. —Sacó una pistola y le apuntó—. Por favor, no me haga disparar, monsieur Cartwright. No me apetece nada. O me lo dice o...

—Ah, por Dios. Sabe tan bien como yo que no va a hacerlo. Tendría que asesinar también a Annabelle.

Algo pareció palpar en el verde cristalino de los ojos de Noailles, pero supo controlarlo.

—No le aconsejo que me ponga a prueba —masculó.

—No lo haré, entonces. —Oliver arrojó el sombrero sobre un sofá y avanzó para darle la carpeta—. Tenga. También he hecho una copia para usted. Tanta dedicación merece un premio.

Noailles lo estudió con suspicacia.

—¿Qué es esto?

—Lo que buscaba, por supuesto. Son todos los datos, todas las referencias, que tengo sobre la localización de los diamantes del Congo belga. Cójalo y váyase.

El francés trató de disimular su sorpresa. Movié la pistola en un pequeño círculo.

—No. Ábralo. Muéstreme lo que hay.

Oliver se encogió de hombros y obedeció. Le mostró los mapas que había habido dentro, además de varias hojas con anotaciones de todo tipo. Entre otros, el dibujo de una piedra atrajo la atención de Noailles. ¿Sería el famoso diamante encontrado por monsieur Janot? Annabelle supuso que sí.

Con una ligera agitación, un nerviosismo desconocido en él, el francés le arrebató a Oliver la carpeta y comprobó por sí mismo el contenido.

Hizo una mueca.

—*Merci* —dijo—. Qué amable, monsieur Cartwright. Al parecer debí pedírselos por favor desde el principio.

—No se los hubiera dado.

—Ya... —Noailles chasqueó la lengua contra los dientes, contrariado—. ¿Puedo preguntar dónde los tenía escondidos? Lo he revisado todo a fondo mil veces. Y no tiene usted ningún otro lugar, otro escondite...

—No. Tras la traición del que consideraba un amigo en la Royal Geographical Society, decidí tener un mayor cuidado. Todos los datos estaban aquí. —Se señaló la cabeza; luego, la mano se volvió hacia la mesa, donde abarcó con un gesto los mapas apilados—. Y las referencias que podían conducir hasta ellos estaban dispersas entre otros mapas, simulando formar parte de otras mediciones. Me temo que no tenía usted ninguna posibilidad.

Noailles puso cara de circunstancias.

—*Nom d'un chien!* —Agitó los documentos—. Gracias.

—De nada. Insisto en que dudo de que ya le sirvan de algo —continuó Oliver mientras se quitaba la chaqueta, quizá para indicar que no temía ninguna bala—. La reunión a la que acabo de asistir tenía precisamente ese objetivo. Dar todos los datos disponibles a los gobiernos interesados y a varias instituciones. Que nadie pueda apropiarse de la información antes de que los demás sepan lo que está ocurriendo.

Noailles entrecerró los ojos.

—*C'est entendu*. En todo caso, como le digo, mi misión solo era conseguirlos.

—Pues ya los tiene. Váyase o dispare.

Noailles dejó escapar una pequeña sonrisa.

—*Allons, mon ami*. Eso último sería terriblemente incómodo para

todos. Estaba usted en lo cierto, esperaba no tener que disparar. — La pistola descendió definitivamente. Annabelle respiró aliviada. Noailles se volvió hacia ella—. Pero antes de irme, me gustaría intentar convencerla de que no cometa una estupidez, milady.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella.

—A la locura de marcharse con él, claro está. —Hizo un gesto hacia la bolsa de viaje y luego hacia Oliver—. ¿Se ha parado a pensar de verdad qué le espera? África. Expediciones por tierras salvajes. Caminos que no son caminos. Noches durmiendo donde se pueda. Barro hasta las rodillas. Enfermedades. Peligros. Incertidumbre. Créame, yo lo conozco, he estado allí. Es muy duro. Usted es hija de un conde...

—Noailles...

—No, escuche, yo... —El francés tomó aire y empezó a acelerar mientras hablaba, intentando convencerla—. Milady, lamento mucho lo ocurrido. Es cierto que mi relación con usted empezó por pura necesidad de la misión...

—Usted lleva años utilizando a mi padre, ¿verdad? —lo interrumpió ella sin contemplaciones.

Él titubeó.

—No. No tanto. Sí que tuve cierto... asunto con él en París, donde recibí el encargo de conseguir una copia de unos documentos que estaban bajo su custodia... —Annabelle lo miró con ojos entrecerrados, y él carraspeó antes de seguir—. Pero no había vuelto a verlo. Sin embargo, como quedé en muy buenas relaciones, tanto con él como con lady Caltrey, al comprobar que el señor Cartwright iba a ir a una boda y descubrir el nombre de su padre entre los invitados, encontré un modo de acercarme.

—Entiendo... Y simuló mi cortejo.

—No, en realidad, no. Ni siquiera yo comprendo qué me ha

pasado desde que la conocí, lady Annabelle. —La miró casi enfadado—. Flirtear con usted era parte de un juego necesario, nada más. No hubiera debido ser nada más, Pero el asunto creció y creció como una bola de nieve girando enloquecida, y ha seguido haciéndolo. La tarde que pasamos en el Museo Rutshore, hablando de aquella momia...

—Nefer-Anjet-Ast.

—Eso. Aquella tarde, estuvo usted magnífica y yo solo podía pensar en besarla. Entonces supe que debía parar la maldita bola de nieve, o me aplastaría. Y no podía pararla porque tenía que conseguir la información... —Hizo una mueca—. O eso me decía, pero en realidad, sé que ya no quería que parase. No quería... —Escrutó con cierta censura a Oliver—. Usted lo sabía.

Él asintió.

—Era muy evidente.

—Sí, bueno... Se me fue de las manos, me consta. Y entiendo que resulte difícil creerlo, teniendo en cuenta todo lo ocurrido, pero le aseguro, milady, que lo que siento por usted es real. Y le ofrezco más que Cartwright, mucho más. —Esta vez lo miró con una sonrisa de disculpa—. No es nada personal. De hecho, debo admitir que le tengo a usted una particular simpatía.

—Se lo agradezco.

—Usted y yo podríamos haber sido amigos. Y seguro que está de acuerdo conmigo en que África no es lugar para una dama.

Oliver titubeó, tomado por sorpresa.

—Depende de la dama —dijo, evasivo. Noailles rio entre dientes.

—Veo que no contaré con usted de aliado. Da igual. Soy mejor opción. —Dio un paso hacia Annabelle—. Sabe tan bien como yo que sus padres no le aceptarán, pero estarán encantados de verla casada conmigo. No tendría que renunciar a nada. Seguiría teniendo

su casa, su posición, su familia, su vida. De verdad que me ofrezco a casarme con usted —insistió—. Solucionemos esto del mejor modo.

—Está usted loco.

—Es posible. —Mostró una expresión vulnerable. Annabelle se preguntó si sería auténtica—. La noche en que habló con tanta amabilidad de mi madre, o esa tarde en el museo, cuando me contó esas historias, con aquella flor y aquel primer beso... Perdone que me repita, pero no sé cómo me contuve. Ya le digo que quería besarla, quiero hacerlo ahora mismo. Y creo que usted no es inmune a mis encantos —añadió, con un eco juguetón del antiguo Noailles que resultó algo forzado—. Podemos seguir todo como lo hemos...

—Soy la señora Cartwright —dijo de pronto Annabelle, con tono cortante. Él parpadeó.

—*Pardon?*

—Que soy la señora Cartwright. Oliver y yo nos casamos hace varias semanas. Por eso supe la otra noche que me había mentido. Él no podía haberle pedido que se casara conmigo. Era imposible que pudiera hacerlo.

Él tardó un segundo en comprender.

—Ah. —Agitó la cabeza—. Entonces está claro que he perdido.

—Nunca tuvo opciones —replicó Annabelle con cierta amabilidad.

—Supongo que no. No se puede luchar contra un amor que se ha cultivado durante años, *n'est-ce pas?* —Ella asintió y él apretó la mandíbula—. Me voy con auténtica envidia. Nunca me había pasado. Por si no se dan cuenta, es mi forma de reconocer que he perdido. —Abrió la puerta—. Adiós, lady Annabelle.

Pese a todo, Annabelle no pudo evitar sentir cierta pena. Echaría de menos sus bromas y aquel modo ligero de pasar por la vida.

—Adiós, Noailles.

El francés miró a Oliver.

—Cartwright.

—Noailles.

Y salió.

La puerta se cerró en silencio detrás de él.

Capítulo 20

Ahora... el mundo

Desde primera hora de la mañana, aquel muelle del puerto de Tilbury había sido un hervidero de hombres y mercancías.

Las grúas se elevaban y giraban como enormes esqueletos de hierro y, de cuando en cuando, alguna de ellas chirriaba al levantar una carga que parecía demasiado pesada para sus brazos metálicos. Había carros cargados de cajas, barriles y sacos, marineros dando voces y estibadores que descargaban mercancías sin prestar atención a nada que no fuera su trabajo.

Más allá, el Támesis avanzaba ancho y gris bajo un cielo cubierto. El humo de los vapores se mezclaba con una niebla que parecía aferrarse a la superficie del agua y, a intervalos, una sirena grave hacía vibrar el aire.

Annabelle —con un nuevo traje de viaje de tono tostado, el salacot cubierto por un velo para protegerse el rostro y el cuello, y con el carcaj y el arco a la espalda—contemplaba aquel espectáculo con una extraña sensación de irrealidad.

Hasta hacía muy poco, África había sido para ella poco más que una palabra. Una palabra que aparecía escrita en mapas o en historias de exploradores; una palabra que hablaba de lugares

remotos y que le hacía pensar, sobre todo, en Oliver.

Ahora tenía delante un barco que iba a llevarla hasta allí.

El Meridian permanecía amarrado junto al muelle, oscuro y enorme, con sus chimeneas elevándose por encima de la cubierta y una hilera de pequeñas ventanas que parecían diminutas desde tierra. Del interior del buque llegaban golpes sordos y continuos. Los hombres preparaban todo para la partida.

Annabelle suspiró y caminó por el muelle en dirección a su marido. Oliver se encontraba junto a los baúles.

Iban a viajar con menos equipaje del que Annabelle habría considerado razonable para cualquier otra ocasión, pero aun así parecía que habían conseguido llenar media cubierta. Había arcones de ropa, sombrereras, cajas de libros, mapas, instrumentos de todo tipo, incluido un telescopio, algunas provisiones y todo aquello que Oliver había considerado imprescindible para una expedición que, en realidad, todavía no sabía exactamente cuánto tiempo iba a durar. Años, probablemente...

—No, no. Ese ahora, no —indicó Oliver al estibador que se disponía a cargar uno de los baúles—. El de cuero marrón va encima.

El hombre asintió y volvió a inclinarse sobre la carga.

Annabelle lo observó mientras daba otras instrucciones. Le gustaba verlo así, animado por la emoción del viaje inminente. Del reencuentro con tierras por cartografiar, de sus horizontes por descubrir. Inmerso en toda aquella actividad, parecía distinto. O quizá era más Oliver Cartwright que nunca...

Vio que Lorna y Emily se acercaban por el muelle. La doncella había estado recuperándose de la llorera en el coche. Lorna, por su parte, había intentado no llorar desde que se reunieron por la mañana, y a cada momento daba la impresión de que estaba

perdiendo la batalla.

—No pienso hacerlo, de ningún modo —afirmó, mientras se secaba una lágrima con un pañuelo—. No voy a llorar.

Annabelle sonrió.

—Llevas llorando desde que salimos de Londres, Lorna.

—Un par de lágrimas no cuentan. Sobre todo, teniendo a Emily al lado.

La doncella redobló su llanto. Annabelle soltó una pequeña risa, pero enseguida se le humedecieron también los ojos.

—No llores más, Emily. Y cástate, así tendré una razón para volver. Recuerda que me has prometido que seré tu dama de honor.

—¡Oh, milady! —sollozó la muchacha. Señaló a un lado, a los montones de equipaje, y empezó a alejarse—. Voy a ocuparme de que no le aplasten los sombreros.

La miraron marcharse.

—Ha querido dejarnos solas —susurró Lorna.

—Sí —admitió Annabelle.

Se abrazaron con fuerza.

—Voy a avisar a Helen en cuanto pueda —murmuró Lorna, entre su cuello y su pelo, apretujadas ambas—. Le mandaré un telegrama.

—Lo sé. Hazlo, por favor.

—Pero ya sabes que, si decide que tiene que ir al Congo para comprobar que estás bien, no habrá manera de impedirselo.

—Entonces será mejor que vaya preparándome para recibir visitas. Espero la tuya.

Lorna se separó de ella por fin y la miró fijamente.

—No sabes lo que me gustaría. Te vas tan lejos...

Annabelle sonrió. Siempre había pensado que su mejor amiga era Helen, pero no: Lorna también lo era. Quería por igual a las dos hermanas. Ambas eran maravillosas.

—Mi hogar siempre será tu hogar, Lorna Bowler —dijo. Una de esas frases que podían sonar grandilocuentes, excepto cuando surgían del corazón.

Las dos entrelazaron las manos. Esta vez, Lorna no pudo borrar una nueva lágrima.

—Mi hogar siempre será tu hogar, Annabelle Sanders —replicó en el mismo tono. No había nada más que decir.

Emily regresó junto a ellas. Había estado ayudando con las últimas cosas y llevaba el rostro enrojecido. Al verlas abrazadas, se echó a llorar otra vez.

—No puedo creer que se vaya —murmuró.

—Yo tampoco —contestó Lorna.

Emily miró a Annabelle.

—Prométame que escribiré. Ahora puedo leer las cartas. Hasta se las puedo leer en voz alta a Joyce.

—Te escribiré, no lo dudes.

—Bien. Aunque sea una carta pequeña.

—Te escribiré cartas enormes. —Rio—. Y recordaré que las va a leer Joyce.

Oliver se acercó a ellas.

—Creo que ya podemos subir, Anna.

Ninguna de las tres respondió. De pronto, Lorna lo abrazó con fuerza. Él pestañeó, emocionado.

—Cuídate mucho —le dijo Lorna—. Y nunca olvides que aquí tienes a una hermana.

—Lorna... —dijo él, acentuando el abrazo—. Gracias por todo. Te has arriesgado mucho por nosotros.

—No hay de qué. Y no te preocupes. No estaba Helen aquí para hacer las locuras, tuve que recoger el testigo.

Todos rieron. Oliver miró el reloj.

—Annabelle...

Ella asintió.

—Ya voy.

Fue entonces cuando se oyó el ruido de un carruaje que se aproximaba por el muelle a buena velocidad.

Al principio no le prestó mayor atención. En aquel lugar llegaban vehículos continuamente. Sin embargo, el coche se detuvo demasiado cerca y el cochero descendió para abrir la puerta.

Annabelle sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Oh, no.

Lorna miró espantada hacia el coche.

—¡Tus padres!

Annabelle asintió.

El primero en aparecer fue su padre.

El coronel Sanders bajó con dificultad, apoyándose en su bastón viejo, y Annabelle se preguntó si habría quemado el que le regaló Noailles, tras su repentina desaparición de Londres. Algo que, por lo que le había contado Lorna, había disparado los rumores a niveles inimaginables. Era poco probable que la buena sociedad se olvidara del asunto, ni siquiera en una década.

A ella no le importaba, pero a su padre, sí. Su expresión era dura y su rostro parecía aún más envejecido que la última vez que Annabelle lo había visto. Lady Eve descendió después.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

Annabelle dio un paso hacia ellos.

—Mamá. Papá...

Su madre la miró y se le llenaron los ojos de lágrimas. Annabelle sintió que se le rompía el corazón. Había discutido mucho con ella, no estaba de acuerdo en algunas de sus decisiones, pero era la mujer que la había criado con amor. Le había dado todo lo que tenía.

Había renunciado a todo por ella.

—Annabelle —dijo, dando un paso en su dirección. No se atrevió a más.

El coronel, en cambio, permaneció inmóvil.

Oliver se acercó a Annabelle, pero ella le hizo un pequeño gesto para indicarle que esperara.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó—. ¿Cómo habéis sabido...?

Su padre respondió con frialdad.

—Tu... *marido* nos envió un aviso.

Annabelle se volvió hacia Oliver. Este le ofreció una expresión de disculpa.

—Lo hice hace unos días. Quería que pudieras despedirte, que pudieran despedirse todos, si así lo deseaban. Yo no tengo familia y me pareció importante. —Su voz denotó un gran pesar—. Pero ya había llegado a pensar que no vendrían.

—No quería venir —dijo lord Caltrey, y miró furioso a su hija—. No tendría por qué haber venido. No tenías que haberte marchado. ¿Cómo te atreves a desafiarme así, Annabelle?

—Papá...

El coronel apretó la mandíbula.

—No voy a discutir contigo aquí. Sube al coche. Volvemos a casa.

—¡Caltrey! —protestó lady Eve.

Se hizo un profundo silencio. Annabelle sintió la inquietud de Oliver. Si lo deseaba, podría irse, él no la retendría. No era como su padre, y eso era bueno. Aunque lo quisiera, no deseaba a su lado un hombre como él.

Respiró hondo.

—No.

La respuesta fue tan tranquila que pareció irritarlo todavía más.

—Annabelle, esto no es un viaje a la casa de una amiga. Vas a África con un hombre al que yo no he autorizado a casarse contigo y que ha decidido arruinar su vida y la tuya al mismo tiempo.

—No me está llevando a ninguna parte. Voy porque quiero.

—No digas tonterías. Eres una niña caprichosa. No sabes ni lo que quieres. No entiendo cómo no creces de una vez.

—No lo soy —replicó ella manteniéndose firme—. No te has dado cuenta, pero he crecido y soy una persona adulta. Y lo que yo no puedo entender es que sigas pensando que puedes decidir por mí.

El coronel miró a Oliver.

—¿Y usted? ¿No tiene nada que decir?

Oliver sostuvo su mirada.

—Solo que la quiero, milord. Amo a su hija y haré cuanto esté en mi mano para mantenerla a salvo.

—¿Llevándosela a una sucia jungla?

—Es la sabana —replicó ella, y al momento lamentó haberlo dicho, preguntándose si su padre sabría que había leones. Habiendo luchado en la guerra de los bóeres, supuso que sí; además, lo vio palidecer. Tomó la mano de Oliver—. Y es mi decisión. Me he casado. ¿No podrías felicitarnos y desearnos lo mejor?

Su padre cerró los ojos durante un instante.

Luego, se volvió hacia su esposa, que había permanecido en silencio todo aquel tiempo, mirando a su hija como si intentara memorizar cada detalle de su rostro.

—Sube al coche —ordenó el coronel Sanders—. Nos vamos.

Lady Eve no se movió.

Seguía con los ojos fijos en Annabelle.

—¿Eve? —llamó su esposo—. ¿Me has oído?

—Perfectamente, Caltrey —replicó ella, y su actitud denotó una firmeza que nunca empleaba con él—. Te he oído, pero no voy a

hacerlo. No hasta que te despidas como es debido de tu hija.

El coronel la miró con incredulidad.

—Yo ya no tengo hija.

Lady Eve palideció. Se enfrentó a él sin ningún miedo. Annabelle no recordaba haberla visto así jamás.

—Entonces, yo ya no tengo marido.

—¿Qué?

—Tienes dos opciones. Perdonar y despedirte, con todo el dolor que eso supone, de esa hija que amas y a la que vas a echar mucho de menos, o darle la espalda y pasar el resto de tu vida llorándola a escondidas.

El coronel dio un bastonazo al suelo.

—¡No voy a hacerlo!

Lady Eve no se arredró. Frunció el ceño y se acercó todavía un paso más.

—Entonces te lo diré de otro modo. Puedes terminar este día teniendo una hija de viaje y una esposa a tu lado, ayudándote a pasar el mal momento. O puedes terminarlo solo, sin hija y sin esposa.

—¿Estás amenazando con dejarme?

—Por supuesto que sí. Si le das la espalda a nuestra hija, es lo que haré.

El coronel la observó como si acabara de descubrir a una desconocida en el lugar de la mujer con la que llevaba tantos años casado.

—¿Y qué vas a hacer?

Lady Eve tragó saliva.

—No lo sé. Irme a África con ella, si me acepta. Viajar por mi cuenta, en caso contrario. Comprar una casita. —Se encogió de hombros—. Cualquier cosa.

—No sabes lo...

Pero ella, que no lo había interrumpido en más de veinte años, lo hizo con una voz tranquila, fría y controlada.

—Lo único que sé es que, si le das la espalda a nuestra hija, ya no eres el hombre que aprendí a amar. Y te aseguro que no quiero vivir con el que ha surgido en su lugar.

El silencio que siguió fue más profundo que cualquier discusión.

El coronel bajó lentamente la mirada hacia las maderas del muelle. Annabelle vio cómo su mano se cerraba alrededor del bastón. Tenía los nudillos muy blancos por la pura tensión.

Cuando volvió a levantar la cabeza, la dureza había desaparecido de sus ojos.

—Ven aquí.

Annabelle no necesitó más.

Corrió hacia él.

Su padre la recibió entre sus brazos y la rodeó con una fuerza que no parecía compatible con su pierna dolorida ni con su edad. Annabelle apoyó la cara contra su hombro y comenzó a llorar.

—No quería perderte —murmuró él—. Y he estado a punto, viejo tonto. Perdóname, pequeña.

—No me vas a perder. Nunca, papá.

—Eso no lo sabes. África está demasiado lejos.

—Es solo un lugar, papá.

—Para una madre y un padre, un lugar tan lejano nunca es solo un lugar. Es un lugar malditamente lejano.

Annabelle rio y se separó de él.

—Volveré. O me encargaré de avisaros cuando tenga todo organizado, para que vengáis con nosotros.

El coronel intentó sonreír.

—Más te vale.

Lady Eve se acercó entonces y abrazó a su hija. Lloraba sin disimulo.

—Escríbeme en cuanto llegues. Quiero saberlo todo de ti. Todo.
Annabelle sonrió entre lágrimas.

—Te lo prometo.

Su madre acarició su rostro. Volvió los ojos hacia Oliver.

—Y usted cuide de ella, señor Cartwright... Oliver.

Oliver inclinó la cabeza.

—Con mi vida.

El coronel bufó.

—No empiece con promesas heroicas, Cartwright. Y le aconsejo que haga el favor de dibujar bien sus mapas. Si mi hija se pierde en una de sus dichosas junglas, iré a buscarlo a usted primero.

Oliver sonrió.

—Lo tendré en cuenta, milord.

El coronel miró a Annabelle.

—Vuelve.

—Volveré.

Esta vez no hubo reproches, solo abrazos.

Lorna lloraba abiertamente. Emily también. Annabelle consiguió separarse de sus padres, aunque tuvo que hacerlo dos veces, porque su madre volvía a abrazarla cada vez que daba un paso hacia el barco.

Más tarde, desde la cubierta, Annabelle vio a Lorna y Emily junto a sus padres. Lorna levantó un pañuelo. Emily hizo lo mismo.

El Meridian comenzó a separarse lentamente del muelle.

El movimiento fue casi imperceptible al principio. Después, poco a poco, el espacio entre el barco y tierra aumentó. Las figuras del muelle fueron haciéndose más y más pequeñas, hasta que ya no distinguió ni siquiera a la gente amada. Las grúas, los almacenes y

los carros empezaron a quedar atrás.

Annabelle permaneció junto a la baranda.

Su madre seguía allí, podía sentirla. Su padre también. Lorna continuaría agitando el pañuelo con fuerza. Emily estaría llorando.

Annabelle levantó una mano. Ya no los veía, pero los sentía. Los sentiría siempre.

El Támesis se abrió delante de ellos. El aire tenía un olor distinto allí, lejos del muelle, y el humo de las chimeneas se extendía por todas partes como una bruma, mientras el barco avanzaba lentamente hacia el estuario.

Oliver se colocó junto a ella. Durante un rato no hablaron.

Annabelle apoyó las manos sobre la baranda y contempló el río. Oliver rozó una mano con la suya. Ella entrelazó los dedos con los de él.

—¿Y ahora?

Oliver miró hacia el horizonte. Sonrió.

—Ahora... el mundo.

Y, esta vez, Annabelle no estaba contra el mundo.

Viajaba con él.

Epílogo

Una mansión que contiene todos los mundos

El calor empezaba a ceder sobre aquella parte de África cuando lady Annabelle salió a la galería con su hijo de la mano.

El pequeño Horatio llevaba un sombrero demasiado grande para su cabeza y caminaba con cuidado de que no se le cayera. Cada poco se detenía para señalar alguna cosa que había llamado su atención: una mariposa, un pájaro entre las ramas o cualquier movimiento entre la vegetación que, en su opinión, mereciera ser investigado. Estaba descubriendo el mundo.

Annabelle lo contemplaba con una sonrisa, aunque sintió una punzada de pena cuando el niño tiró para soltarse y así poder avanzar solo. Algún día lo haría.

—¡No te alejes demasiado! —le dijo ahora, porque todavía estaba a tiempo de hacerlo.

El niño volvió la cabeza.

—¡Papá ha dicho que puedo!

—Tu padre dice muchas cosas.

—Y casi siempre tengo razón —intervino Oliver desde el otro extremo de la galería.

Annabelle se volvió hacia él.

—No estoy yo tan segura. Pero sí que elegiste bien a la hora de casarte.

Oliver se echó a reír.

Hacía ya un par de años que aquella casa se había convertido en el hogar de los Cartwright. Y no estaban solos. Los condes de Caltrey habían terminado instalándose allí también, algo que, en otro tiempo, Annabelle habría considerado absolutamente imposible.

Su padre había descubierto que volver a África, establecerse allí, no había resultado tan terrible como se había temido en un primer momento. O quizá había descubierto algo mucho más importante: que, en realidad, era feliz allí donde estaba su familia.

Y, contra todo pronóstico, el coronel Sanders y Oliver habían acabado convirtiéndose en grandes amigos.

Al principio, su padre había tardado bastante en aceptar aquella amistad. Pero los días compartidos, las expediciones, las largas conversaciones y, sobre todo, la evidencia de que Oliver cuidaba de Annabelle y la quería habían hecho el resto.

Ahora podían pasar horas hablando de mapas, caminos, animales, individuos y lugares que Annabelle apenas sabía situar sobre un papel.

A veces los escuchaba desde la galería y le costaba recordar que había habido un momento en el que aquellos dos hombres habían pensado que jamás se aceptarían el uno al otro. Más bien sonaban como un padre y un hijo.

Se llevó una mano al vientre.

Su segundo hijo estaba creciendo deprisa y, desde hacía semanas, Oliver había desarrollado una certeza absoluta respecto a él. Estaba empeñado en que sería una niña. Ojalá... Annabelle lo estaba deseando, pero no quería hacerse ilusiones.

—Te aseguro que tengo una intuición —le había dicho Oliver justo la noche anterior, cuando charlaban contemplando las estrellas.

—Tu intuición también te dijo que la última tormenta duraría dos días.

—Duró casi dos.

—Duró cuatro.

Oliver sonrió.

—Detalles.

Annabelle se echó a reír sola, al recordarlo. El viento sopló como si quisiera compartir su alegría, y agitó su pelo. Alzó el rostro hacia el cielo e inspiró profundamente.

Era feliz.

Desde la casa llegó entonces la voz de su padre.

—¡Annabelle! ¡Annabelle!

Ella se volvió.

—¿Qué ocurre?

El coronel Sanders apareció en la puerta de la galería apoyándose en su bastón nuevo, uno que se había tallado él mismo con una rama africana. Los años no habían conseguido que caminara mejor, pero sí habían suavizado considerablemente su expresión. Parecía más joven que en Londres.

—Han enviado un hombre desde el puerto. Dice que el barco ha llegado. —El rostro de Annabelle se iluminó—. No tardarán en estar aquí.

—¡Qué bien! ¡Estoy deseando verlos!

Su padre sonrió y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Lo sé.

Annabelle volvió dentro y empezó a dar las últimas órdenes a los criados. Todo debía estar perfecto: iban a tener visitas, y con suerte se quedarían una larga temporada. Helen y Peter habían sido los

primeros en decidirse y Lorna había querido acompañarlos. También llegarían los padres de Helen, y los de Peter. Era la primera vez que todos iban a reunirse allí y Annabelle llevaba semanas imaginando aquel momento. Iba a ser maravilloso.

Aunque, en realidad, la gente que amaba siempre estaba con ella.

Y tenía toda una vida por delante.

Nota de la autora

Antes de que se me vuelva a olvidar: si te interesa conocer lo que ocurrió y lo que podría ocurrir entre lord Waylord y su esposa, personajes del primer libro de esta serie (*Lady Helen frente al mundo*), yo estaría encantada de escribirla. Creo sinceramente que lord Waylord puede ser un gran protagonista y que todavía tiene muchísimas cosas que contar, pero, si nadie me lo pide, esa historia quedará para siempre en los territorios de mi mente.

Lo mismo digo de Noailles, al que adoro, y que aquí ha quedado como secundario, pero que merecería su propio protagonismo. No sé si algún día conseguiré resistirme a la tentación de volver a buscarlo, aunque solo sea por mi cuenta.

Quizá hayas reconocido los nombres de la señora Merryweather y a la señora Meade. No es la primera vez que los utilizo en mis novelas, creo recordar que ya lo hice al menos en otra ocasión. Qué se le va a hacer, surgen en mi memoria por una de las novelas que más veces he leído, *Lo que el viento se llevó*. Allí, también representan la sociedad establecida, y también la señora Meade es la esposa del médico. Esta vez, los puse mientras escribía y luego pensé en cambiarlos, pero me resistí a hacerlo. Me gusta considerarlo un homenaje a una grandísima obra y un guiño intercambiado contigo, si como yo eres una gran admiradora de la historia de Rhett y Scarlett.

Y ahora, una pequeña aclaración sobre los diamantes y el Congo que aparecen en estas páginas.

Aunque Oliver Cartwright sea un personaje de ficción, el mundo en el que se desarrolla su aventura es completamente real. A comienzos del siglo XX, el África Central estaba despertando un enorme interés entre exploradores, geólogos, compañías mineras y gobiernos europeos. Se organizaban expediciones para recorrer territorios todavía muy poco conocidos en Europa, estudiar sus recursos y levantar mapas que permitieran comprender mejor aquellas regiones.

En el Kasai, en el corazón del Congo, las prospecciones mineras ya estaban en marcha cuando Oliver emprende su aventura. La Forminière, una compañía creada en 1906 para la exploración y explotación de los recursos del Congo, realizó su primera misión en el Kasai entre 1907 y 1909. En 1907 sus prospectores encontraron muestras cerca de Tshikapa que acabarían revelando la presencia de diamantes. La identificación de la primera pieza de aquella zona se produjo en 1909 y, unos años después, comenzaría la explotación de los yacimientos aluviales de Tshikapa.

Por eso, los diamantes que llevan a Oliver hasta el Congo no son una invención de la novela. Tampoco lo son las expediciones, las prospecciones geológicas, los mapas o el interés de las compañías europeas por descubrir qué riquezas escondían aquellos territorios. Todo ello formaba parte de una realidad que estaba sucediendo precisamente en los años en los que transcurre esta historia.

He tomado ese momento histórico como punto de partida y he colocado a Oliver dentro de él. La expedición, sus descubrimientos y las personas que Oliver Cartwright encuentra por el camino —excepto el belga Janot, que fue un personaje real— pertenecen a la ficción; el mundo que hace posible su aventura, no.

Por lo demás, ojalá hayas disfrutado de esta nueva entrega de la serie *Más allá del jardín*, con lady Annabelle como protagonista. Es un personaje maravilloso al que espero haberle hecho justicia. Gracias, de verdad, por unirme a nosotras en esta lucha contra un mundo que no siempre nos lo pone fácil, pero que es extraordinario.

Como ya sabrás, puedes contactarme a través de mis redes, o de mi correo:

bethanybells@yolandadiazdetuesta.es

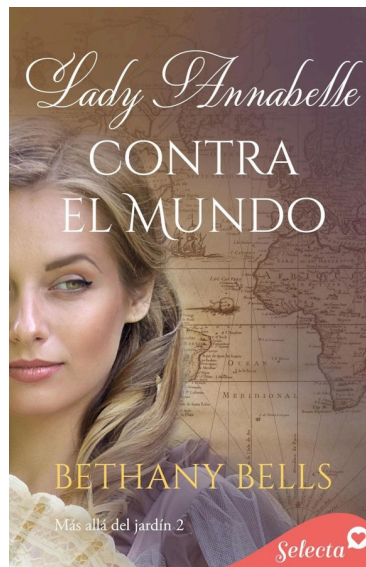
Y, como siempre, gracias de corazón por tu tiempo. Lo valoro muchísimo.

Con cariño,

Bethany Bells (Yolanda Díaz de Tuesta)

Algunas mujeres luchan por un hombre. Ella tuvo que luchar contra el mundo entero.

Cuando era niña, en sus juegos, lady Annabelle saltó desde lo alto de un faro para reunirse con él. Ahora dar ese paso resultaba mucho más difícil.



En su segunda temporada social, **lady Annabelle Sanders**, la hermosa hija de los condes de Caltrey, debería estar centrada en bailes, compromisos y propuestas de matrimonio. Pero ella solo piensa en Oliver Cartwright, el explorador que fue su mejor amigo en la infancia y el hombre al que lleva años intentando olvidar.

Oliver ha regresado a Londres tras una larga expedición. Ha vuelto para presentar sus mapas y conseguir financiación para nuevos viajes. No ha vuelto por ella... aunque quizá desearía lo contrario.

Y ninguno de los dos podía haber previsto lo que sucedió en ese reencuentro.

Entre ellos ya no hay dudas, pero sí algo mucho más peligroso: **sentimientos que se enfrentan a todo lo que son. Ella es una lady. Él, el nieto del antiguo mayordomo de Terrace House.** Y el mundo no perdona ese tipo de diferencias, algo que los padres de Annabelle se encargan de dejar dolorosamente claro.

Cuando el encanto del aristócrata francés Armand de Villeneuve, comte de Noailles, entra en escena, con su sonrisa perfecta y sus contactos diplomáticos, **la situación se complica hasta convertirse en una amenaza real.** Porque no todos los aliados son lo que parecen y no todos los caminos llevan al mismo destino.

Annabelle tendrá que decidir si se queda en el punto en el que está, comportándose como todo el mundo espera... o si, por segunda vez en su vida, se atreve a saltar al vacío.

***Lady Annabelle contra el mundo* es una novela romántica histórica sobre el amor, la libertad y el coraje de elegir tu propio camino, incluso cuando todo parece estar en tu contra.**

Bethany Bells es el seudónimo utilizado en romance por la escritora bilbaína Yolanda Díaz de Tuesta, autora de más de treinta novelas, entre las que destacan *Grados de pasión* (Ediciones B), *Lady Jolie y su arrogante vizconde* (Vergara), *Trazos secretos* (Ediciones B), *El mal causado*, *En aguas extrañas*, *La noche abierta*, las series de regencia agrupadas bajo el título *El mundo del Támesis*, las victorianas *The Rosegarden Family Tree*, *Historias de Little Lake* y otras, además de ideóloga de las series *Minstrel Valley* y *Salón Selecto*, todas ellas con Selecta / Penguin Random House).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Bethany Bells

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-15-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Lady Annabelle contra el mundo

Capítulo 1. Muchos invitados a una boda y un solo reencuentro

Capítulo 2. La inesperada simpatía del francés

Capítulo 3. El señor Cartwright sigue siendo igual de sensato

Capítulo 4. Buscando al señor Cartwright

Capítulo 5. Lady Annabelle va un paso demasiado lejos

Capítulo 6. Milady llega tarde a la cena

Capítulo 7. El conde de Noailles salva una cena muy incómoda

Capítulo 8. No se quite mérito, señor Cartwright

Capítulo 9. El amor se abre paso a través de los tiempos...

Capítulo 10. ¿Hay algo especial entre el señor Cartwright y usted?

Capítulo 11. La pequeña conspiración de monsieur de Noailles

Capítulo 12. Un lugar entre dos mundos

Capítulo 13. Muchos planes locos para unirnos

Capítulo 14. Se avecina un escándalo

Capítulo 15. Le corbeau ne chante qu'une fois: El cuervo solo canta una vez

Capítulo 16. Me temo que es el escándalo equivocado

Capítulo 17. Conociendo un poco más a mamá

Capítulo 18. Esta sí que es una fuga como Dios manda

Capítulo 19. ¡O mía o de nadie, hermosa mademoiselle Blythe!

Capítulo 20. Ahora... el mundo

Epílogo. Una mansión que contiene todos los mundos

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bethany Bells

Créditos